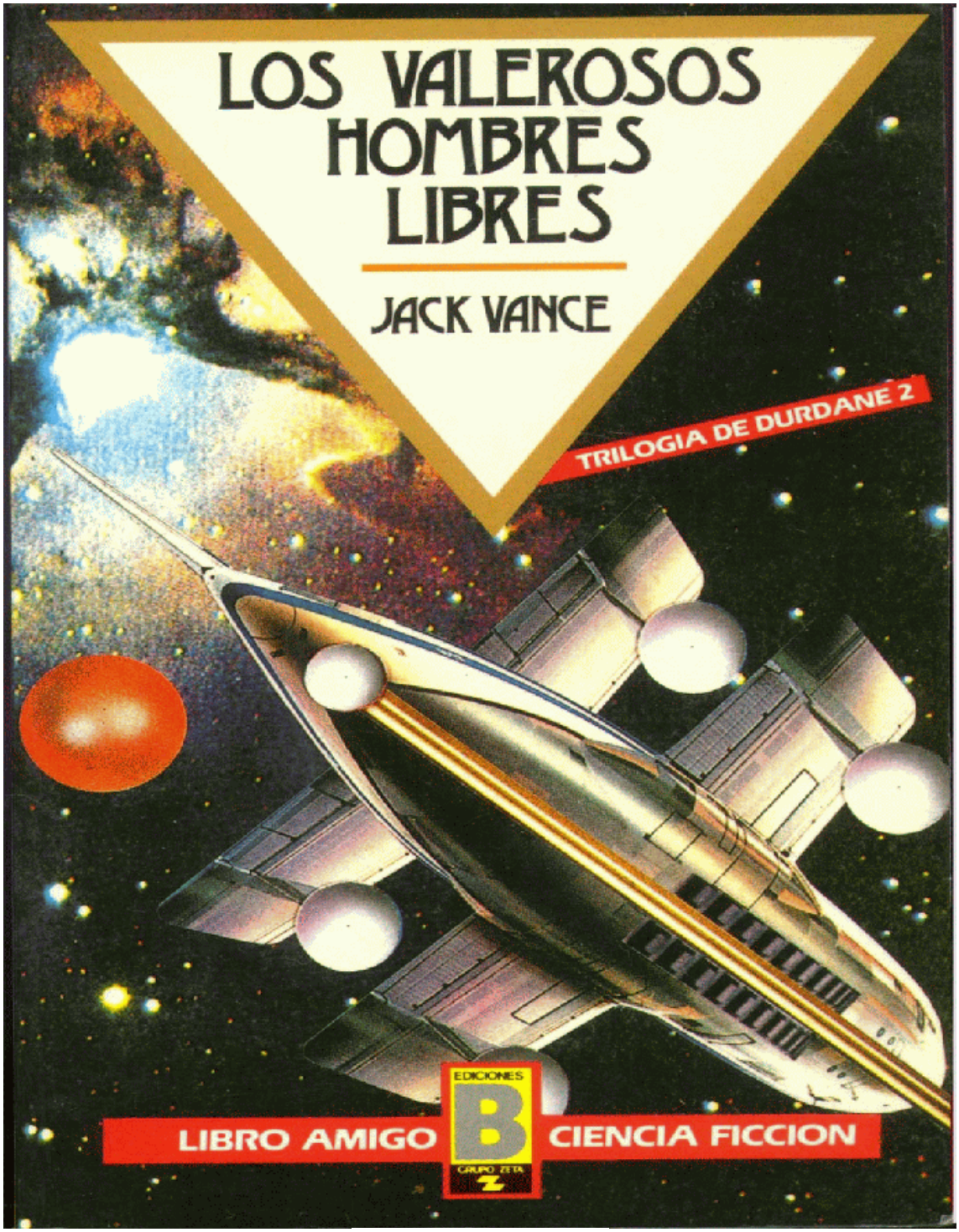
LOS VALEROSOS HOMBRES LIBRES
JACK VANCE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

La famosísima Trilogía de Durdane *apareció en los años setenta, el período de madurez de Vance, y en ella se nos narra una acción que transcurre en un planeta habitado por descendientes de terrestres llegados nueve mil años antes. Los recuerdos de la Tierra se han desvanecido ya y se trata de una cultura y una sociedad nuevas.*

LOS VALEROSOS HOMBRES LIBRES *es el segundo volumen de esta famosa serie. Los libros de la trilogía, concebida como un todo, admiten también una lectura independiente. Para los lectores que no hayan leído el primer volumen de la trilogía:* EL HOMBRE SIN ROSTRO *(Libro Amigo N° 25), la presente novela va precedida de una sinopsis especialmente escrita por el propio Jack Vance. La serie finaliza con* LOS ASUTRA *de próxima publicación en nuestra colección.*

El Planeta Durdane está iluminado por tres soles y en él existe un gran continente habitado por bárbaros, y otro más pequeño en el que se encuentran Shant y Palasedra, separadas por el Gran Pantano de Sal.

La acción de esta segunda novela ocurre en Shant donde el protagonista Etzwane se ha convertido en el nuevo Hombre sin Rostro (el Anomo), con la ayuda de un miembro del Instituto Histórico de la Tierra. El nuevo Anomo emprende la lucha contra los roguskhoi salvajes antropomórficos de casi dos metros y medio de altura que viven en las montañas de Hwan en el centro de Shant.

La escasez de materiales lleva, a Etzwane a suprimir la fabricación de los collares que le garantizaban el dominio sobre sus súbditos para producir una nueva arma de energía que llegue a ser definitiva en la lucha contra los salvajes. Así nace un cuerpo de guerreros formado por hombres sin collar: Los Valerosos Hombres Libres, y también los Voladores que hostigan a los roguskhoi desde planeadores armados.

Junto a la lucha contra los salvajes, la traición y el posible enfrentamiento con los vecinos de Palasedra componen una saga de aventuras e intriga política que se lee de un tirón.

MIQUEL BARCELÓ

Sinopsis del libro I: EL HOMBRE SIN ROSTRO. El planeta Durdane se encuentra al fondo del grupo de los Schiafarilla, y al cabo de nueve mil años, los recuerdos terrestres han desaparecido de la memoria de sus habitantes, para quienes la Tierra sólo es un mito.

El planeta Durdane, iluminado por tres soles de color azul pálido, rosado y blanco perla, refleja una luz de la tonalidad del espliego. El único gran continente es Caraz, una enorme masa habitada por bárbaros. Existe un segundo continente, más pequeño, situado al este, que incluye a Shant y a Palasedra, separadas por el Gran Pantano de Sal. La región más poblada de Durdane es Shant, aglomeración de sesenta y dos cantones, que tienen muy pocas cosas en común, a excepción del lenguaje, la música, la simbología del color y la sumisión a las reglas del Anomo (conocido a veces como el Hombre sin Rostro). La identidad del Anomo es un misterio, incluso para sus auxiliares, sus «benevolentes»; este sistema se revela de una gran eficacia. La autoridad del Anomo deriva de su capacidad para hacer explotar, mediante una señal de radio, el collar codificado que lleva cada adulto de Shant. Este castigo, sin embargo, es raro. En la mayor parte de los casos, el Anomo se limita a poner en práctica la ley cantonal. A lo largo de los tranquilos siglos transcurridos, ha habido muy poca necesidad de proyectar una capacidad de decisión fuerte o personal.

En Bashon, en el cantón de Bastern, se encuentra la comunidad religiosa de los chilitas. Bajo la influencia de la droga galga, los hombres chilitas adoran a Galexis, el sublime principio femenino. Las mujeres ordinarias están excluidas del rito y son consideradas como impuras. Las mujeres jóvenes de la comunidad viven en pequeñas casas situadas a lo largo del Rhododendron Way, copulando con los viajeros que van de paso. Las mujeres viejas trabajan en las curtidurías. A Eathre le ha nacido un niño, Gastel Etzwane, cuyo padre es Dystar, un músico ambulante que posee gran poder. Etzwane, un niño serio y sensible, al conocer la identidad de su padre, se siente estimulado a aprender a tocar el khitan olvidado por otro músico ambulante, siendo ésta una actividad muy poco ortodoxa entre los chilitas. Cuando Osso, el barbudo «padre espiritual de Etzwane, descubre su secreto, castiga airadamente tanto a Etzwane como a su madre Eathre. Etzwane se las arregla para escapar, pero aún es demasiado joven para llevar collar. Eathre, que no tiene tanta suerte como su hijo, debe quedarse, y es enviada a trabajar a las curtidurías.

Etzwane viaja hacia el oeste, pasando penalidades y aventuras. Al no poseer un collar, le falta identidad legal y no puede aspirar a disfrutar de la protección del Anomo. Es detenido por. un capataz de trabajo, contratado como aprendiz para el sistema de globos y enviado a Angwin Junction, una estación de cruce situada en la parte alta del Hwan. Uno de sus compañeros de trabajo es Jerd Finnerack, un muchacho rubio de buena naturaleza, que tiene uno o dos años más que él.

Un globo se desliza entre los cables, guiado por cuerdas enganchadas a una plataforma de rodillo, que se mueve sobre un canalillo. Etzwane suelta el globo y, agarrándose a las cuerdas, es elevado y puede salir de Angwin Junction, mientras Finnerack le observa desde abajo con la boca abierta. El globo se dirige hacia el norte, impulsado por el viento, y finalmente cae en el prado del cantón de Trestevan. Etzwane huye a un bosque donde, durante algún tiempo, lleva una vida libre y salvaje. Roba alguna ropa en una granja cercana, pero es descubierto. Los encolerizados campesinos envían tras sus huellas a los ahulphs, los indígenas semiinteligentes de Durdane. Desesperado, Etzwane implora la ayuda de un caminante, un hombre alto, de cabello blanco y edad incierta. Este hombre, llamado Ifness, declara adustamente ser incapaz de

ayudarle. Cuando los ahulphs están a punto de cazarle, Etzwane es finalmente rescatado por el músico Frolitz, quien le permite unirse a su compañía.

Más adelante, Frolitz lleva a su compañía a la antigua ciudad de cristal de Garwiy, en el cantón de Garwiy. Según se dice, el Anomo vive en uno de los palacios de los estetas, en Ushkadel, en la parte alta de la ciudad, y mantiene una agencia en la plaza de la Corporación, en la que se pueden entregar peticiones. Etzwane dirige al Anomo una petición, que le cuesta cinco florines, y en la que protesta por el duro castigo impuesto a su madre. El Anomo le comunica que, de acuerdo con las leyes del cantón de Bastern, su recurso consiste en pagar la libertad de su madre, que cuesta mil quinientos florines.

Pasan los años. En las zonas centrales de Shant, los roguskhoi salvajes antropomórficos de casi dos metros y medio de altura, se han convertido de pronto en una amenaza. Nadie conoce su origen, aunque se sospecha de Palasedra, el enemigo tradicional de Shant. Los roguskhoi sienten un insaciable deseo de placer, y toman a mujeres humanas de toda edad y condición, obligándolas a participar en frenéticos actos de copulación. El resultado de estos actos es algo antinatural. Al cabo de cuatro meses, las mujeres dan a luz a una docena de diablillos roguskhoi y a partir de entonces sólo pueden engendrar más camadas de Roguskhoi. Inexplicablemente, el Anomo no hace nada contra los roguskhoi a pesar de que todo el mundo desea que se tome alguna medida.

En la ciudad de Brassei, Frolitz entrega a Etzwane (que ahora ya es un excelente músico) una bonificación que completa sus ahorros, hasta el punto de poder liberar a su madre. En una taberna, Etzwane se encuentra con Ifness, quien por casualidad, viaja también hacia el este; los dos navegan en esa dirección en el mismo globo. Cuando llegan a Carbado, en el cantón de Bastern, se encuentra con noticias horribles: los roguskhoi bajados desde el Hwan, han saqueado el cantón.

Etzwane e Ifness se apresuran a acudir a Bashon, donde sólo encuentran devastación. Los chilitas se han protegido amparándose en su templo, similar a una fortaleza; pero las mujeres han sido llevadas hacia las zonas de los salvajes.

A pesar de su actitud reservada, Ifness se siente interesado por los Roguskhoi. Ayuda a Etzwane a envenenar dos barriles de vino, que cargan en un carro, iniciando la persecución. Una vez llegados al prado de Mirk, unos veinticinco kilómetros al sur de Bashon, descubren a los Roguskhoi. Se está haciendo de noche y están acampando.

Etzwane e Ifness se dejan ver para que les persigan y después huyen abandonando el carro con el vino envenenado. Los roguskhoi beben el vino y, al descubrir que han sido envenenados, montan en cólera y asesinan a las mujeres capturadas, incluyendo a Eathre, la madre de Etzwane.

Etzwane e Ifness regresan a Garwiy, donde aquél dirige una petición al Anomo, pidiendo que se tomen medidas enérgicas contra los Roguskhoi. La respuesta del Anomo es suave y casual; parece considerar a los roguskhoi como una simple molestia o poco más. Etzwane queda asombrado; ¿cómo puede el Anomo sostener un punto de vista tan evidentemente equivocado? Etzwane expresa su disentimiento en términos tan amargos y vehementes, que despierta el antagonismo del Anomo. Sin quererlo, Etzwane complica a Ifness en la situación. Ifness apenas si puede hablar de tanta exasperación como siente; ahora, ha quedado comprometido su anonimato. Revela a Etzwane que es miembro del Instituto Histórico de la Tierra, una organización que recoge información perteneciente a la historia de la humanidad, buscando en todas las partes del cosmos humano. Los miembros del Instituto no pueden alterar o influir a propósito en los acontecimientos de los mundos que estudian. Sin embargo, Ifness ya ha violado esta prohibición, por motivos que siguen siendo un misterio para Etzwane; Ifness parece una persona en la que se puede confiar.

Ifness sigue violando las reglas del Instituto. Con ayuda de Etzwane, emprende la tarea de descubrir la identidad del Anomo, pero sólo consigue descubrir nuevos misterios. Garstang, uno de los «benevolentes» del Anomo, se suicida sin ninguna razón aparente. Entre los dos, secuestran a otro benevolente, la hermosa Jurjin de Xhiallinen. La droga de la verdad utilizada por Ifness no provoca una corriente de información, sino un estado de coma casi inmediato. Ifness está estupefacto. ¿Por qué Garstang y Jurjin mantienen una conducta tan extraordinaria? Pero aún más desconcertante es la cuestión básica: ¿por qué el Anomo se niega a luchar contra los roguskhoi?

Etzwane e Ifness logran descubrir la identidad del Anomo: se trata de Sajarano, un esteta de la Casa de Sershan. Antes de que puedan aprovechar su conocimiento sucede algo que conmociona y desilusiona a Etzwane. La poco ortodoxa conducta de Ifness ha atraído la atención de sus superiores, que le obligan a abandonar Durdane. Etzwane se queda solo y enfrentado a toda una serie de responsabilidades desmoralizadoras.

Etzwane se encuentra, sin lugar a dudas, en plena desventaja. Conoce la identidad del Anomo. Ifness le ha enseñado una técnica para eliminar y desarmar los collares que subyugan al pueblo de Shant, colocándolo bajo el poder del Anomo. Por otra parte, está proscrito y es perseguido; su enemigo controla todo el poder de Shant y, mientras tanto, los roguskhoi atacan cada vez con mayor ferocidad.

En un pequeño café, Etzwane se encuentra por casualidad con Sajarano de Sershan, que, aparentemente, es un ciudadano ordinario de Garwiy. Etzwane utiliza una de las drogas coercitivas de Ifness y obliga a Sajarano a ir a la casa de campo de Ifness, donde Jurjin de Xhiallinen aún está en estado de coma. Activa el collar de Sajarano y, en consecuencia, Etzwane adquiere el poder de destruirle.

Ahora, Etzwane puede controlar a Sajarano, pero los problemas y los misterios siguen existiendo.

¿Por qué los roguskhoi atacan Shant? ¿De dónde proceden? ¿Son una raza natural o artificial? Si se trata de esto último, ¿quién les ha enviado contra Shant? Y si ha sido así, ¿con qué propósito? ¿Qué influencia obliga a Sajarano y a sus benevolentes a mantener una conducta tan derrotista? Etzwane no puede solucionar ninguna de estas cuestiones; ni Sajarano, ni Jurjin pueden o quieren proporcionarle ninguna información. Ahora, tiene un enorme poder sobre ellos, por lo que les permite que sigan su camino. El propio Etzwane regresa a la posada de Fontenay para decidir cómo utilizar su enorme y nuevo poder.

1

En una habitación elevada, bajo la buhardilla de la posada de Fontenay, Etzwane se agitó en su cama. Se levantó, se dirigió hacia la ventana y se puso a contemplar las estrellas, cuyo brillo había palidecido a la luz violácea del amanecer. Las lejanas pendientes de Ushkadel sólo mostraban el destello verde de alguna farola. Los palacios de los estetas estaban a oscuras.

En uno de aquellos palacios, pensó Etzwane, el Hombre sin Rostro no habría podido dormir mejor que él mismo.

Se apartó de la ventana y se dirigió hacia el lavabo. Un espejo de humo de carbón le devolvió su imagen; un rostro alterado, tanto por la penumbra del amanecer como por la mala calidad del espejo. Se acercó más. Aquella persona irreal y algo amenazadora podía ser él mismo: el rostro marcado por una expresión sardónica, la boca inclinada, las mejillas hundidas; la piel cetrina, con un brillo plomizo; los ojos, como dos agujeros negros, puntuados por un par de brillantes reflejos. Pensó: «Aquí está Gastel Etzwane, que primero fue un chilita puro, que luego perteneció a una compañía de músicos y que ahora es un hombre de enorme poder. » Habló con la imagen.

-Hoy es un día de acontecimientos importantes; Gastel Etzwane tiene que permitir ser asesinado.

Pero la imagen del espejo no le proporcionó ninguna confianza en sí mismo.

Se vistió y bajó a la calle. En un puesto que había junto al río comió pescado frito con pan y consideró sus proyectos para el día que empezaba.

En el fondo, su tarea era muy simple. Tenía que ir al palacio de Sershan y, una vez allí, obligar a Saja-rano, el Anomo de Shant, a cumplir su orden. Si Sajarano se negaba, todo lo que necesitaba hacer era apretar un botón para hacer explotar su cabeza, pues Sajarano llevaba ahora un collar, y él no. Se trataba de una tarea que requería fortaleza y una brutal simplicidad... a menos que Sajarano adivinara que él estaba solo, que no contaba con ningún aliado o confederado, en cuyo caso su situación podría ser muy precaria.

Una vez finalizado el desayuno, ya no hubo nada que le pudiera disuadir; emprendió el camino por la avenida Galias. Sajarano, reflexionó, trataría desesperadamente de escapar de su intolerable situación. Etzwane se preguntó a sí mismo: si él estuviera en el lugar de Sajarano, ¿cuál sería su propia respuesta?

¿Escapar? Etzwane se detuvo. Aquélla era una contingencia que no había considerado. Sacó de la bolsa el emisor de impulsos, que antes fuera la herramienta básica con la que Sajarano obligaba a cumplir la ley. Etzwane descodificó los colores del collar de Sajarano. Ahora, y si lo creía necesario, podría apretar el botón amarillo, lo que haría detonar el collar, destrozando la cabeza de Sajarano. Pero Etzwane se limitó a apretar el botón rojo de «búsqueda». La caja zumbó y el sonido fluctuó al cambiar de dirección. Cuando el sonido estuvo al máximo, la caja señaló hacia el palacio de Sershan. Etzwane siguió su camino, más pensativo que nunca. Sajarano no había huido. Quizás hubiese desarrollado una estrategia mucho más activa.

La avenida Galias terminaba en la plaza Marmione, donde una fuente de agua blanca como la leche hacía que los chorros jugaran sobre artefactos de cristal purpúreo. Frente a ella, las Escaleras Koronakhe, construidas por el rey Caspar Pandamon, se elevaban hasta las terrazas de Ushkadel. Una vez llegado al Camino Central, Etzwane dejó las escaleras y se dirigió hacia el este, rodeando el Ushkadel. El palacio prismático de Xhiallinen se elevaba sobre él; allí vivía Jurjin, la benevolente del Hombre sin Rostro. Entre otros muchos misterios, se encontraba éste: ¿por qué Sajarano había seleccionado a una mujer tan visiblemente hermosa para este cargo... ? En este caso, el misterio podría ser más aparente que real. Éstas eran, al menos, las especulaciones de Etzwane. El Anomo, como cualquier otro hombre, podía sufrir las punzadas del amor. Quizá Jurjin de Xhiallinen reaccionó con frialdad a las atenciones de Sajarano, que no era ni elegante, ni gallardo, ni distinguido. Quizás ella quedó asombrada cuando el Hombre sin Rostro ordenó que entrara a su servicio y que no tuviera amantes. A continuación, el Hombre sin Rostro podría haberle ordenado que considerara a Sajarano con amabilidad. Éstas eran las conjeturas de Etzwane. Llegó al palacio de Sershan, que no era ni más ni menos espléndido que los otros; allí se detuvo para repasar todas las circunstancias. La siguiente media hora sería decisiva para el futuro de Shant; cada minuto pesaba mucho más que todos los días de la vida normal de un hombre. Observó arriba y abajo la fachada del palacio de Sershan. Columnas de cristal, más lúcidas y transparentes que el mismo aire, y que fragmentaban los rayos de los tres soles; las cúpulas violeta y verde, sobre cámaras protegidas, donde sesenta generaciones de Sershan habían vivido, celebrado sus festivales y dejado de existir.

Etzwane continuó adelante. Cruzó el vestíbulo, aproximándose al pórtico, para detenerse allí. Su camino se vio cortado por seis puertas de grueso cristal, de unos cinco metros de altura cada una. Detrás de ellas no se observaba ninguna luz o movimiento. Etzwane vaciló, sin saber qué hacer. Empezó a considerarse como un tonto, y después se sintió cada vez más irritado. Pasó la mano por el cristal y lo golpeó; pero sus nudillos desnudos produjeron muy poco ruido; golpeó con los puños. Entonces, observó un movimiento en el interior; un momento después, apareció un hombre por la puerta lateral del palacio. Era el propio Sajarano.

-Éstas son las puertas de ceremonial -dijo Sajarano con un suave tono de voz-. Raramente las abrimos; ¿quieres venir por este otro camino?

En un sombrío silencio, Etzwane siguió a Sajarano por una entrada lateral. Sajarano le empujó suavemente para que entrara. Etzwane se detuvo y observó el rostro de Sajarano, que le devolvió una débil sonrisa, como si la cautela que podía observar le resultara divertida. Manteniendo la mano sobre el botón amarillo, Etzwane entró en el palacio.

-Te he estado esperando -dijo Sajarano-. ¿Has desayunado ya? Quizá quieras tomar una taza de té. ¿Te parece bien que subamos a la sala matinal?

Indicó el camino hacia una sala soleada con un suelo de baldosas de jade verde y blancas. La pared de la izquierda estaba cubierta por un emparrado de color verde

oscuro; la de la derecha era de un claro alabastro blanco. Sajarano condujo a Etzwane hacia un sillón de mimbre situado junto a una mesa, también de mimbre; se sirvió unos bocados de comida y después sirvió el té en un par de tazas de madera plateada.

Etzwane tomó asiento con precaución. Sajarano se echó sobre el sofá, frente a él, con la espalda hacia las ventanas del elevado techo. Etzwane estudió su rostro sombríamente y, una vez más, Sajarano le devolvió una débil sonrisa. No era un hombre físicamente imponente; sus rasgos eran menudos; bajo una frente alta y ancha, su nariz y su boca casi parecían las de un niño, y su mentón no era muy pronunciado. El Anomo que se imaginaba la gente vulgar difería mucho de este hombre de aspecto apacible.

Sajarano bebió su té a pequeños sorbos. Etzwane pensó que sería mejor tomar la iniciativa. Habló con un tono de voz cuidadosamente monótono.

-Como ya te he dicho anteriormente, represento a ese sector de público que se siente hondamente preocupado en relación con las actividades de los Roguskhoi. Creemos que si no se toman acciones decisivas, dentro de cinco años ya no quedará nada de Shant... sólo una gran horda de Roguskhoi. Como Anomo, tu obligación consiste en destruir a esas criaturas; ésa es la confianza que la población de Shant ha depositado en ti.

Sajarano asintió con un gesto de cabeza, aunque sin ningún énfasis, y siguió sorbiendo su té. Etzwane dejó intacta su taza.

-Como ya sabes, estas consideraciones -siguió diciendo Etzwane- nos han obligado, a mí y a mis amigos, a llegar muy lejos.

Sajarano volvió a asentir con la cabeza, como para alentarle amablemente, y preguntó:

-¿Quiénes son esos amigos?

-Ciertas personas que se han sentido muy impresionadas por los actos cometidos por los Roguskhoi.

-Comprendo. Y en cuanto a tu posición, ¿eres su líder?

-¿Yo? -Etzwane lanzó una risa de incredulidad-. De ningún modo.

-¿Puedo suponer que conozco personalmente a los demás miembros de tu grupo? -preguntó Sajarano, frunciendo el ceño.

-Ésa es una cuestión que, en el fondo, no tiene ninguna importancia -contestó Etzwane.

-Quizá no, excepto por el hecho de que siempre me gusta saber con quién estoy tratando.

-Sólo necesitas tratar conmigo; sólo necesitas reunir un ejército y arrojar a los roguskhoi a Palasedra.

-Lo planteas de un modo muy simple -observó Sajarano-. Una pregunta más: Jurjin de Xhiallinen habló de un tal Ifness, quien demostró una notable capacidad. Confieso que siento curiosidad con respecto a ese Ifness.

-Ifness es, desde luego, un hombre notable -dijo Etzwane-. Y volviendo al asunto de los roguskhoi ¿qué piensas hacer al respecto?

Sajarano comió lentamente una rodaja de fruta.

-He considerado cuidadosamente esa cuestión. El Anomo es lo que es únicamente porque controla las vidas de todos los habitantes de Shant, sin que él esté sujeto a dicho control. Ésa es la definición del Anomo. Pero ahora, esa definición ya no se me puede aplicar a mí; yo llevo ahora un collar. Por lo tanto, no puedo aceptar responsabilidades propias ni en cuanto a acciones, ni en cuanto a política. En resumen, propongo no hacer nada.

-¿Nada de nada? ¿Y qué ocurre con tus deberes normales?

-Renuncio a ellos y te los paso a ti y a tu grupo. Ahora que tienes el poder, debes

soportar también las cargas -Sajarano se echó a reír ante la abatida expresión de Etzwane-. ¿Por qué debo realizar un histérico esfuerzo político de cuyo acierto dudo? ¡Sería una insensatez!

-¿Quieres decir con eso que ya no te consideras como Anomo?

-Exacto. El Anomo debe actuar anónimamente. Yo ya no puedo hacerlo. Tú, Jurjin de Xhiallinen y otras personas de tu grupo conocéis mi identidad. Ya no soy efectivo.

-En tal caso, ¿quién será el Anomo?

-Tú -contestó Sajarano, encogiéndose de hombros-, o Ifness, o cualquier otro miembro de tu grupo. Tú controlas el poder y, por lo tanto, debes aceptar la responsabilidad.

Etzwane frunció el ceño. Aquélla era una contingencia para la que no se había preparado. Obstinación, amenazas, desdén, ira, sí. Débil renuncia, no. Era demasiado fácil. Ifness le observó con recelo. La sutilidad de Sajarano era muy superior a la suya. Prudentemente, preguntó:

-¿Cooperarás con nosotros?

-Obedeceré tus órdenes, desde luego.

-Muy bien. Primero, se ha de proclamar un estado de emergencia nacional. Identificaremos el peligro y después dejaremos bien claro que se tiene que realizar un esfuerzo de grandes proporciones.

-Eso es relativamente fácil -dijo Sajarano con amabilidad-. Recuerda, sin embargo, que la población de Shant es superior a los treinta millones de personas, y que ponerlas a todas en estado de emergencia es una cuestión muy grave.

-Estoy de acuerdo; pero no hay ninguna discusión al respecto. En segundo lugar, las mujeres tendrán que ser evacuadas de todas las zonas situadas cerca de las áreas de los salvajes.

Sajarano le lanzó una mirada de amable perplejidad.

-Evacuarlas, ¿hacia dónde?

-A los cantones costeros.

-La cuestión no es tan simple -objetó Sajarano, frunciendo su pequeña boca-. ¿Dónde vivirán? ¿Serán acompañadas por sus hijos? ¿Qué ocurrirá con sus hogares, con sus obligaciones normales? Los cantones afectados serán entre veinte y treinta, y eso significa una gran cantidad de mujeres.

-Que es precisamente la razón por la que hay que evacuarlas -dijo Etzwane-. Una cantidad así de mujeres, preñadas por los roguskhoi significaría una vasta horda de Roguskhoi.

-¿Y qué me dices de las otras dificultades que te he mencionado? -preguntó Sajarano encogiéndose de hombros-. Son dificultades muy reales.

-Se trata sólo de una cuestión de tipo administrativo -contestó Etzwane.

-¿Quién se hará cargo de esa tarea? ¿Yo? ¿Tú? ¿Tu grupo? -la voz de Sajarano había adoptado un tono paternalista-. Debes pensar en términos prácticos.

«Su estrategia empieza a aclararse -pensó Etzwane-. No se opondrá, pero tampoco estará dispuesto a ayudar, y hará todo lo que esté en su mano para producir indecisión. »

-En tercer lugar -prosiguió Etzwane-, el Anomo creará, por orden ejecutiva, una milicia nacional.

Etzwane esperó amablemente las objeciones de Sajarano, quien no tardó en confirmar sus pensamientos.

-Siento tener que jugar el papel de derrotista. Sin embargo, debo señalar que una cosa es emitir decretos y otra muy distinta imponerlos. No creo que te des cuenta de toda la complejidad de Shant. Existen sesenta y dos cantones, que únicamente tienen en

común el lenguaje.

-Sin mencionar la música y la ciencia del color. [1] Además, cada ciudadano de Shant, con la excepción de ti mismo, odia y teme a los Roguskhoi. Los cantones están más unidos de lo que te imaginas.

Sajarano sacudió sus pequeños dedos de un modo extraño.

-Permíteme que te enumere las dificultades; quizás entonces comprendas por qué he preferido apartarme de una confusión intolerable. Integrar a sesenta y dos milicias distintas, cada una de las cuales posee una versión propia de la vida, es una tarea realmente formidable. Además, se necesita personal experimentado. Y para eso sólo estamos yo mismo y mi único benevolente..., una mujer.

-Si consideras improcedentes mis proposiciones -observó Etzwane-, ¿cuáles eran entonces tus propios planes?

-He llegado a saber -contestó Sajarano-, que no todo problema requiere una solución. Muchos dilemas, aparentemente urgentes, acaban por reducirse y desaparecer si se los ignora... ¿Quieres más té?

Etzwane, que no había bebido aún, hizo un gesto negativo con la cabeza.

Sajarano se sentó entonces en una silla, arrellanándose cómodamente en ella. Habló con un tono de voz meditabundo.

-El ejército que propones crear es impracticable por otra razón..., quizá la más convincente de todas. Sería inútil.

-¿Qué te hace pensar eso?

-Es algo realmente obvio. Cuando se tiene que resolver algún problema, cuando se tiene que realizar alguna tarea molesta, la gente se dirige siempre al Hombre sin Rostro. Cuando la población se queja de los roguskhoi -¿les has escuchado?-, siempre pide acción por parte del Hombre sin Rostro. ¡Como si el Anomo sólo necesitara publicar un decreto para eliminar todos los problemas! Ha conseguido mantener la paz durante mil años, pero se trata simplemente de la paz de un padre sobre una cantidad de hijos.

Etzwane guardó silencio durante largo rato; Sajarano le observaba con una peculiar intensidad. Su mirada se dirigió hacia la taza de té de Etzwane. Un mal pensamiento cruzó por la mente de Etzwane, pero lo rechazó; sin duda alguna, Sajarano no se atrevería a envenenarle.

-Tus opiniones son interesantes -dijo Etzwane-, pero sólo conducen a la pasividad. Mi grupo insiste en que se tomen medidas definitivas: primero, una declaración de emergencia nacional; segundo, evacuación de todas las mujeres de aquellas regiones situadas alrededor de Hwan; tercero, cada cantón debe movilizar y entrenar una milicia. Cuarto, debes designarme como tu primer ayudante, con toda la autoridad que tú mismo ostentes. Si has terminado de desayunar, podemos redactar ahora mismo todos esos decretos.

-¿Qué sucederá si me niego?

Etzwane sacó la caja de metal y dijo:

-Te volaré la cabeza.

Sajarano mordisqueó una galleta.

-Tus argumentos son convincentes -bebió un sorbo más de té e indicó la taza de Etzwane-. ¿Lo has probado? Lo cultivo en mi propia plantación.

Etzwane empujó su taza sobre la mesa, hacia Sajarano.

-Bébetelo.

-Pero si yo ya tengo mi propia taza -observó Sajarano, elevando sus cejas.

-Bébetelo -volvió a decir Etzwane con voz dura-. Si no lo haces, pensaré que has

[1] Más exactamente, se refiere a la simbología del color y a las combinaciones de colores, que en Shant representan un aspecto intensamente significativo de la vida, añadiendo así otra dimensión a la percepción.

tratado de drogarme.

-¿Acaso crees que intentaría un juego tan banal? -preguntó Sajarano con un tono de voz metálico.

-Si crees que puedo considerar ese truco como banal, es porque la cuestión es más sutil. De todos modos, puedes rebatir mis argumentos bebiéndote el contenido de esa taza.

-¡Me niego a ser intimidado con bravatas! -espetó Sajarano.

Tabaleó con los dedos sobre la mesa. Desde el ángulo de uno de sus ojos, Etzwane notó cómo se movía la parra de color verde oscuro. Sacó de la manga el tubo de amplio efecto que le quitara a Sajarano y lo dirigió hacia la parra. Sajarano lanzó un terrible chirrido. Etzwane apretó el botón. Desde detrás de la parra sonó una explosión. Sajarano saltó sobre la mesa hacia Etzwane.

-¡Asesino! ¡Asesino! ¡Oh, qué horror! ¡La sangre de mi querida!

Etzwane golpeó a Sajarano con el puño y el hombre cayó sobre la alfombra, gimiendo. De debajo de la parra comenzó a brotar un charco rojo, que se extendía sobre el jade.

Etzwane hizo esfuerzos para controlar su estómago. Su mente comenzó a dar vueltas y él se tambaleó. Le dio una patada a Sajarano, que le miró con el rostro amarillento y la boca húmeda.

-¡Levántate! -gritó Etzwane ásperamente-. Si Jurjin está muerta, la culpa es tuya. ¡Tú eres el asesino! También eres el asesino de mi madre. Si hubieses controlado a los roguskhoi hace tiempo, no tendríamos ahora este problema -volvió a pegarle una patada-. ¡Levántate! ¿O quieres que te vuele la cabeza?

Sajarano emitió un gemido y se levantó.

-Así es que diste instrucciones a Jurjin para que se ocultara detrás de la parra y me matara a una señal tuya, ¿verdad? -preguntó Etzwane sombríamente.

-¡No! ¡No! Sólo llevaba un arma de ampolla para drogarte.

-¡Estás loco! ¿Acaso te imaginas que no le habría volado la cabeza? Y el té... ¿está envenenado?

-Sólo contiene un soporífero.

-¿De qué te serviría drogarme? ¡Contéstame!

Sajarano sacudió la cabeza. Había perdido su compostura por completo; se golpeó la frente, como si tratara de hacer desaparecer sus pensamientos.

Etzwane le sacudió el hombro.

-¿Qué ganarías con drogarme? ¡Mis amigos te habrían matado!

-Actué tal y como me dictó mi conciencia -murmuró Sajarano.

-¡A partir de ahora, yo soy tu conciencia! Llévame a tu despacho. Quiero saber cómo me puedo poner en contacto con los discriminadores[2] y con los gobiernos cantonales.

Sajarano, con sus redondeados hombros caídos, indicó el camino a través de su estudio privado, hasta llegar a una puerta cerrada. Tocó unas llaves codificadas y la puerta se abrió; subieron por una escalera de caracol hasta una sala desde la que se dominaba toda la ciudad de Garwiy.

En una estantería situada a lo largo de la pared había una serie de cajas de cristal. Sajarano hizo un gesto vago.

-Éste es el equipo de radio. Envía una señal de onda corta hasta una estación transmisora situada en la parte más alta de Ushkadel, sin que pueda ser interceptada. Aprieto este botón para transmitir mensajes a la Oficina de Proclamaciones; éste, para

[2] Avistiol (literalmente, discriminadores amables). Se trata de las fuerzas de policía de la Corporación Estética de Garwiy. Es la única fuerza de policía organizada de Shant.

ponerme en contacto con el discriminador jefe; éste para el ayuntamiento de cantones y este otro para la Oficina de Peticiones. Mi voz se disfraza mediante un equipo de filtrado.

-¿Qué sucedería si hablase yo? -preguntó Etzwane-. ¿Se daría cuenta alguien de la diferencia?

Sajarano parpadeó. Sus ojos estaban llenos de dolor.

-Nadie se daría cuenta. ¿Tienes intención de convertirte en el Anomo?

-No me siento inclinado a hacerlo -contestó Etzwane.

-La realidad es que yo me niego a aceptar cualquier otra responsabilidad.

-¿Cómo contestas las peticiones?

-Ese era el trabajo realizado por Garstang. Yo comprobaba regularmente sus decisiones en el tablero de exposiciones. A veces, creía necesario consultarme, pero no lo hacía muy a menudo.

-Cuando utilizas la radio, ¿cuál es tu rutina? ¿Qué dices?

-Es muy simple. Digo: el Anomo ordena que se realice tal cosa. Eso es todo.

-Muy bien, llama ahora a la Oficina de Proclamaciones y todo lo demás. Esto es lo que tienes que decir: «En respuesta a los ataques de los roguskhoi proclamo el estado de emergencia. A partir de ahora, Shant tiene que movilizar todas sus fuerzas contra esas criaturas y destruirlas. »

-No puedo hacer eso -contestó Sajarano, sacudiendo la cabeza-. Lo tienes que hacer tú mismo.

El hombre parecía estar desorientado. Sus manos temblaban; sus ojos se movían de un lado a otro y su piel mostraba un feo tinte amarillento.

-¿Por qué no lo puedes decir? -preguntó Etzwane.

-Porque es contrario a mi conciencia. No puedo participar en tu aventura. ¡Eso significa el caos!

-Si no destruimos a los roguskhoi eso significará el final de Shant, que es algo mucho peor -observó Etzwane-. Enséñame a utilizar la radio.

La boca de Sajarano tembló; Etzwane pensó por un momento que se negaría, pero finalmente dijo:

-Aprieta ese conmutador. Gira el botón verde hasta que se encienda la luz verde. Aprieta después el botón de la agencia con la que quieras ponerte en contacto. Aprieta el botón púrpura para dar la señal al monitor. Cuando se encienda la luz púrpura ya puedes hablar.

Etzwane se acercó a la instalación. Sajarano retrocedió unos pasos. Etzwane hizo como si estuviera estudiando el equipo. Sajarano se volvió hacia la puerta, la atravesó y empezó a cerrarla. Etzwane se abalanzó entonces hacia la abertura y los dos hombres forcejearon. Etzwane era joven y fuerte; Saja-rano empujó con un frenesí histérico. Las dos cabezas, cada una a un lado de la puerta, estaban sólo a unos pocos centímetros de distancia. Los ojos de Sajarano se hincharon y tenía la boca abierta. Sus pies resbalaron y la puerta se abrió.

-¿Quién vive aquí, además de ti mismo? -preguntó Etzwane con amabilidad.

-Sólo mi personal -murmuró Sajarano.

-La radio puede esperar -decidió Etzwane-. Primero tengo que tratar contigo.

Sajarano estaba ante él, con los hombros temblorosos. Etzwane le dijo:

-Vamos. Deja estas puertas abiertas. Quiero que instruyas a tu personal, diciéndole que yo y mis amigos viviremos aquí a partir de ahora.

Sajarano emitió un suspiro fatalista.

-¿Cuáles son tus planes respecto a mí? -preguntó.

-Si cooperas, puedes llevar la vida que te plazca.

-Haré lo que pueda -dijo Sajarano con voz de viejo-. Tengo que intentar, tengo que intentar... Llamaré a Aganthe, mi mayordomo. ¿Cuántas personas vendrán? Normalmente llevo una vida solitaria.

-Tendré que hablar con mis amigos.

2

Sajarano estaba drogado en su dormitorio. Etzwane se quedó en el vestíbulo. ¿Qué hacer con el cuerpo de Jurjin? No lo sabía. No era conveniente ordenar a los sirvientes que lo sacaran de allí. Que se quedara donde estaba, al menos hasta que hubiese organizado las cosas. ¡Pobre Jurjin! ¡Qué desperdicio de belleza y vitalidad! Ya no podía acumular más furia contra Sajarano; aquella emoción le parecía anticuada. Evidentemente, Sajarano estaba loco.

Y ahora, la proclamación. Etzwane regresó a la sala de radio, donde escribió lo que consideró un mensaje sucinto y enfático. Después, manipuló los mandos tal y como le dijera Sajarano. Apretó el botón correspondiente a la Oficina de Proclamaciones. La luz púrpura se encendió. Etzwane habló.

-El Anomo ordena la difusión de la siguiente proclamación por todo Shant:

»"En respuesta a la peligrosa presencia de los roguskhoi entre nosotros, el Anomo proclama un estado de emergencia que entrará en vigor inmediatamente.

»"Durante varios años, el Anomo ha intentado negociar con los invasores sobre la base de una persuasión pacífica. Tales esfuerzos han fracasado. Ahora, tenemos que actuar con todas las fuerzas de nuestra nación. Los roguskhoi serán exterminados o rechazados hacia Palasedra.

»"Los roguskhoi muestran un deseo antinatural por el placer, a causa del cual han sufrido muchas mujeres. Con objeto de minimizar otros episodios de este tipo, el Anomo ordena a todas las mujeres abandonen los cantones que se encuentran junto a las tierras salvajes. Las mujeres tienen que dirigirse hacia los cantones marítimos, donde las autoridades prepararán alojamientos seguros y cómodos.

»"Al mismo tiempo, las autoridades de cada cantón organizarán una milicia de hombres capaces, hasta alcanzar por lo menos un hombre por cada cien individuos de población. Se enviarán posteriormente más órdenes en relación con este particular. Sin embargo, las autoridades cantonales deben iniciar inmediatamente el reclutamiento. No será tolerado ningún retraso.

»"El Anomo emitirá posteriores proclamaciones en el momento oportuno. Mi ayudante ejecutivo será Gastel Etzwane. Él se encargará de coordinar las fuerzas separadas y hablará con mi voz. Deberá ser obedecido en todos los aspectos. "

Etzwane llamó después al discriminador jefe de Garwiy y leyó la proclamación,

añadiendo:

-Gastel Etzwane deberá ser obedecido como si se tratara del propio Anomo. ¿Está claro?

-Gastel Etzwane -contestó la voz del discriminador jefe-, encontrará una cooperación total. Si se me permite, Excelencia, debo decirte que esta política será muy bien recibida en todo Shant. ¡Nos agrada que pases a la acción!

-No soy yo -declaró Etzwane-, sino el pueblo de Shant el que pasará a la acción. Yo únicamente dirijo los esfuerzos. ¡Yo solo no podría hacer nada!

-Naturalmente, así es -fue la respuesta-. ¿Hay algunas otras instrucciones?

-Sí. Quiero que los técnicos más capaces de Garwiy se reúnan mañana al mediodía en las Oficinas de la Corporación, con objeto de deliberar sobre armas y producción de armamento.

-Me ocuparé de que así sea.

-Eso es todo por el momento.

Etzwane exploró el palacio de Sershan. El personal le observó con recelo, murmurando y haciéndose preguntas. Etzwane nunca se imaginó que pudiera existir tanta elegancia. Descubrió riquezas acumuladas durante miles de años: columnas de cristal, con símbolos de plata incrustados; salas de un azul pálido que se abrían a otras salas de un viejo rosado; paredes enteras trabajadas con vitran, [3] muebles y porcelanas del pasado, magníficas alfombras de Meseach y de Cansume, y un juego de distorsionadas máscaras de oro, robadas con gran riesgo del interior de Caraz.

Aquel palacio, reflexionó Etzwane, podría ser suyo si lo deseaba. Era absurdo que Gastel Etzwane, casualmente engendrado por el músico Dystar y por Eathre, del Rhododendron Way, llegara a ser efectivamente el Anomo de Shant. ¿Pero por qué no admitir la situación?

Etzwane se encogió melancólicamente de hombros. Durante su juventud había conocido las calamidades; cada uno de los florines que podía ahorrar representaba una pequeña parte de los mil quinientos que costaba la libertad de su madre. Y ahora, toda la riqueza de Shant estaba a sus pies. No había nadie que se lo impidiera... ¿Pero qué hacer con el cuerpo que aún estaba en la sala matinal?

Llegó a la biblioteca y se sentó a reflexionar. Sajarano no parecía un malvado, sino una figura de perdición. ¿Por qué no se había podido expresar con toda franqueza? ¿Por qué no habían podido trabajar juntos? Etzwane recordó las circunstancias en que se vio obligado a drogarle. Pero no le podía mantener drogado indefinidamente. Por otra parte, no podía confiar en él en ninguna otra condición... excepto muerto.

Etzwane hizo una mueca. Suspiraba porque Ifness estuviera allí. Al menos a él nunca parecían faltarle los recursos. Durante la ausencia de Ifness, daría la bienvenida a cualquier clase de aliado.

Siempre le quedaban Frolitz y su compañía. Una idea ridícula que Etzwane rechazó inmediatamente... ¿Pero quién más quedaba? Dos nombres surgieron en su mente: Dystar, su padre, y Jerd Finnerack.

En el fondo, sabía muy poco de los dos. Dystar ni siquiera conocía su existencia. A pesar de ello, Etzwane había escuchado la música de su padre y había tenido pruebas

---

[3] Vitran. Se trata de un proceso de representación visual único en Garwiy. El artista y sus aprendices utilizan diminutas barras de cristal de colores, de unos seis milímetros de longitud y de un milímetro y medio de diámetro. Las barras son colocadas a lo largo sobre una plancha de cristal helado. El trabajo, una vez terminado, e iluminado después desde atrás, se convierte en un paisaje, retrato o modelo vital, mucho mejor que cualquier otro proceso de representación en el que se combinan el resplandor, la gama cromática, la flexibilidad, el refinamiento, el detalle y las posibilidades. Se requiere un desmesurado esfuerzo y muchísimo tiempo para producir una pieza incluso pequeña, pues existen aproximadamente sesenta mil barras individuales por cada centímetro cuadrado de superficie acabada.

de cómo era su interior. En cuanto a Finnerack, sólo recordaba a un joven robusto, con un rostro moreno y decidido, y el pelo rubio. Finnerack fue amable con el desesperado y abandonado Gastel Etzwane; le animó a intentar escapar de Angwin Junction, una isla en el aire. ¿Qué habría sido de Jerd Finnerack?

Etzwane regresó a la sala de radio. Llamó a la oficina del discriminador jefe y pidió que se solicitara a la oficina de globos información sobre Jerd Finnerack.

Echó después un vistazo a Sajarano, que se encontraba echado, hundido en el profundo sueño de la droga. Abandonó el dormitorio y pidió un mensajero, al que envió a la posada de Fontenay, donde debía encontrarse con Frolitz para conducirle al palacio de Sershan.

Al cabo de un buen rato, llegó Frolitz, con un aspecto truculento y al mismo tiempo receloso. Al ver a Etzwane, se detuvo y echó la cabeza hacia atrás, con una expresión de sospecha.

-Vamos, vamos -le dijo Etzwane, quien tras despedir al mensajero introdujo a Frolitz en el gran salón-. Siéntate. ¿Quieres tomar una taza de té?

-Desde luego -contestó Frolitz-. ¿Vas a explicarme la razón de tu presencia aquí?

-Se trata de un cúmulo de circunstancias -contestó Etzwane-. Como ya sabes, sometí recientemente una petición de quinientos florines al Anomo.

-Eso ya lo sé. Creo que fue una tontería por tu parte.

-No del todo. El Anomo ha llegado a compartir mis puntos de vista. En consecuencia, me ha pedido que le ayude en lo que será una gran campaña contra los Roguskhoi.

-¿Tú? -preguntó Frolitz, con una expresión de asombro-. ¿Gastel Etzwane, el músico? ¿Qué clase de fantasía es ésa?

-No se trata de ninguna fantasía. Alguien tiene que hacerse cargo de esas tareas. Yo estuve de acuerdo. Además, ofrecí tus servicios, como voluntario, para la misma causa.

El mentón de Frolitz se adelantó aún más. Después, sus ojos adquirieron un brillo sardónico.

-¡Claro! Es precisamente lo que se necesita para barrer por completo a los Roguskhoi: ¡el viejo Frolitz y su salvaje compañía! Yo mismo me tendría que haber dado cuenta de eso.

-Nos encontramos en una situación extraordinaria -dijo Etzwane-. Por eso, sólo necesitas aceptar la evidencia que te proporcionan tus sentidos.

Frolitz hizo una señal de aprobación con la cabeza.

-Estamos sentados como estetas en un palacio extraordinariamente lujoso. ¿Qué sigue después?

-Es todo tal y como te he dicho desde el principio. Tenemos que ayudar al Anomo.

Frolitz examinó el rostro de Etzwane con una expresión de sospecha aún mayor.

-Aquí hay algo que se tiene que aclarar antes de pasar a cualquier otra consideración: yo no soy un guerrero; soy demasiado viejo para luchar.

-Ni tú ni yo tendremos que empuñar una espada -observó Etzwane-. Nuestros deberes van a tener que ser algo así como clandestinos y, naturalmente, provechosos.

-¿En qué sentido y hasta qué punto?

-Nos encontramos ahora en el palacio de Sershan -dijo Etzwane-. Vamos a trasladar aquí nuestra residencia: tú, yo y toda la compañía. Seremos alimentados y alojados como estetas. Nuestras obligaciones son simples, pero antes de seguir, quisiera conocer tu opinión al respecto.

Frolitz se pasó la mano por la cabeza, enmarañándose el poco pelo gris que le

quedaba.

-Has hablado de provecho. Eso no es propio del antiguo Gastel Etzwane, que guardaba cada florín como si se tratara de las reliquias de un santo. Todo lo demás, tiene el aspecto de ser una alucinación.

-Estamos aquí, sentados, en el palacio de Sershan. ¿Es eso una alucinación? Creo que no. La proposición es inesperada, lo sé. Pero, como sabes muy bien, pueden suceder cosas extrañas.

-¡Cierto! El músico lleva una vida asombrosa... Desde luego, no tengo ninguna objeción a habitar en el palacio de Sershan, mientras sus ocupantes lo permitan. Supongo que no será ésta la idea que tienes de una broma..., ver al viejo Frolitz conducido como prisionero a la isla de los Picapedreros, a pesar de mis continuas protestas de inocencia.

-No se trata de nada de eso, te lo juro. ¿Qué me dices de la compañía?

-¿Van a desperdiciar una oportunidad como ésta? ¿Cuáles serían entonces nuestras obligaciones..., suponiendo que la cuestión no sea una trampa?

-Se trata de una situación muy peculiar -observó Etzwane-. El Anomo quiere que Sajarano de Sershan sea mantenido bajo observación continua. Para ser exactos, Sajarano ha de ser mantenido bajo arresto domiciliario. Ésa debe ser nuestra función.

-Ahora me siento acosado por otro temor -gruñó Frolitz-. Si el Anomo empieza a utilizar a los músicos como carceleros, puede llegar un momento en que decida utilizar a los carceleros como músicos.

-El asunto no llegará tan lejos -aseguró Etzwane-. Esencialmente, se me ha ordenado reclutar a unas pocas personas en las que pueda tener plena confianza; en quienes primero pensé fue en los componentes de la compañía. Como ya he dicho, todos nosotros seremos bien pagados. De hecho, puedo requisar nuevos instrumentos para todos: los mejores cuernos, khitanes con bisagras de bronce, boquillas de plata, todo lo que necesitemos o deseemos, sin ningún problema de gastos.

-¿Puedes conseguir todo eso? -preguntó Frolitz, volviendo a adelantar su mandíbula.

-Sí, puedo hacerlo.

-En tal caso, puedes contar con la cooperación de toda la compañía. En realidad, hace tiempo que necesitábamos un largo período de descanso.

Sajarano ocupó unas habitaciones alta situadas en una torre de cristal de perla ubicada en la parte de atrás del palacio. Etzwane le encontró cómodamente sentado sobre un sofá de satén verde, manipulando un maravilloso juego de piezas de marfil pertenecientes a un rompecabezas. Tenía una expresión de cansancio en el rostro; su piel mostraba el color y la textura del papel viejo. Su saludo fue reservado y evitó encontrarse con la mirada de Etzwane.

-Hemos actuado -dijo Etzwane-. Ahora, la fuerza de Shant está empeñada contra los Roguskhoi.

-Espero que puedas resolver los problemas con la misma facilidad con que los creas -observó Sajarano con sequedad.

Etzwane se sentó en una silla de madera blanca, frente a Sajarano, y preguntó:

-¿No has cambiado tus puntos de vista?

-¿Cuando esos puntos de vista son la consecuencia de un profundo estudio durante una serie de años? Claro que no.

-Sin embargo, supongo que estarás de acuerdo en desistir de emprender acciones contrarias.

-El poder es tuyo -contestó Sajarano-. Ahora, yo tengo que obedecer.

-Eso mismo dijiste antes -observó Etzwane-, y después trataste de envenenarme.

-Sólo podía hacer lo que me dictaba mi conciencia -dijo Sajarano, encogiéndose desinteresadamente de hombros.

-Vaya... ¿Y qué te dicta ahora?

-Nada. He conocido la tragedia y mi único deseo es vivir retirado.

-Eso podrás hacerlo -dijo Etzwane-. Durante un breve período de tiempo, mientras se van ordenando los acontecimientos, una compañía de músicos con la que estoy asociado se encargará de asegurar tu retiro. Es la mínima inconveniencia que te puedo imponer. Espero que la aceptes con buen ánimo.

-Mientras no ensayen o den rienda suelta a una destructiva algarabía...

Etzwane se quedó mirando por la ventana, hacia los bosques de Ushkadel.

-¿Cómo podemos eliminar el cuerpo que hay en la habitación matinal?

-Aprieta ese botón -contestó Sajarano en voz baja-. Vendrá Aganthe.

El mayordomo no tardó en aparecer.

-En la sala matinal encontrarás un cuerpo -le dijo Sajarano-. Entiérralo, húndelo en el Sualle, dispón de él como quieras, pero con toda discreción. Después, limpia bien la sala.

Aganthe asintió y se marchó. Sajarano se volvió hacia Etzwane.

-¿Quieres alguna otra cosa?

-Necesitaré disponer del dinero público. ¿Qué procedimiento debo seguir para conseguirlo?

Los labios de Sajarano se apretaron, con una expresión de amargada complacencia. Dejó las piezas de marfil a un lado y dijo:

-Sígueme.

Descendieron al estudio privado de Sajarano, donde él se quedó meditando un instante. Por un momento, Etzwane se preguntó si no estaría intentando tenderle otra trampa, por lo que se metió la mano en la bolsa de modo que el otro se diera cuenta de sus movimientos. Sajarano se encogió ligeramente de hombros, como eliminando con ello cualquier idea que pudiera haber penetrado en su mente. Extrajo un paquete de vales de un armario. Recelosamente, Etzwane se acercó, con un dedo sobre el botón amarillo. Pero la actitud desafiante de Sajarano había desaparecido.

-Tu política es demasiado atrevida para mí -murmuró Sajarano-. Quizá sea correcta. Quizá lo que me ha sucedido es que he enterrado la cabeza en la arena... A veces, me siento como si hubiese estado viviendo un sueño.

Con voz apagada, instruyó a Etzwane sobre la utilización de los vales.

-No quisiera que hubiese ningún malentendido entre nosotros -dijo después Etzwane-. No debes abandonar este palacio, tampoco debes utilizar la radio, enviar a los sirvientes a hacer recados y recibir amigos. No pretendemos causarte ninguna molestia, siempre que no provoques nuestras sospechas.

Después, Etzwane hizo venir a Frolitz y se lo presentó a Sajarano. Frolitz habló con una zumbona cordialidad.

-Para mí, éste es un trabajo con el que estoy muy poco familiarizado. Confío en que nuestras relaciones serán tranquilas.

-Así lo serán por mi parte -dijo Sajarano con un tono de voz amargo-. Bien, ¿qué más necesitáis?

-Por el momento, nada más.

El Banco de Shant pagó la cantidad de veinte mil florines sin plantear ninguna cuestión ni formalidad. Etzwane nunca imaginó poder llegar a controlar tanto dinero.

La función del dinero radicaba en su utilización. En un comercio cercano, Etzwane seleccionó las ropas que le parecían más en consonancia con su nuevo papel: una rica chaqueta de terciopelo púrpura y verde, pantalones de color verde oscuro, una

capa de terciopelo negro con forro de un verde pálido, los botas más elegantes que encontró... Se observó en el gran espejo de humo de carbón del comercio, comparando a este espléndido y joven patricio con el Gastel Etzwane de otros tiempos, que nunca gastaba un florín en nada que no fuera una necesidad urgente.

La Corporación Estética se encontraba en el jurisdiccionario, una vasta construcción de cristal púrpura verde y azul situada en la parte posterior de la plaza de la Corporación. Los dos primeros pisos fueron construidos durante la época del Pandamon Medio; los otros cuatro pisos, las seis torres y las once cúpulas diez años antes de la Cuarta Guerra Palasedra, y, casi por un milagro, se libraron de los grandes bombardeos.

Etzwane se dirigió al despacho de Aun Sharah, discriminador jefe de Garwiy, en el segundo piso del jurisdiccionario.

-Anúnciame, por favor -le dijo a un empleado-. Soy Gastel Etzwane.

El mismo Aun Sharah salió a recibirle. Era un hombre elegante, con una tupida mata de pelo plateado, una nariz delgada y aquilina, y una boca grande y semisonriente. Llevaba una de las túnicas más simples, de color gris oscuro, adornada únicamente con un par de pequeñas charreteras plateadas; unas ropas tan distinguidas, a pesar de todo, que Etzwane se preguntó si sus propias ropas no parecerían demasiado suntuosas en comparación.

El discriminador jefe inspeccionó a Etzwane con una mal disimulada curiosidad.

-Ven a mis habitaciones, si te parece bien.

Penetraron en un gran despacho, de techo elevado, desde el que se dominaba la plaza de la Corporación. Al igual que las ropas de Aun Sharah, los muebles de su despacho eran simples, pero elegantes. Aun Sharah le indicó una silla y él mismo se sentó en un sofá situado en uno de los ángulos del despacho. Etzwane le envidió la facilidad con que sabía comportarse. Aun Sharah no mostraba timidez. Toda su atención, al menos así lo parecía, se fijó en Etzwane, quien no pudo disfrutar de tal ventaja.

-Ya debes conocer la nueva situación -empezó a decir Etzwane-. El Anomo ha decidido dirigir todo el poder de Shant contra los Roguskhoi.

-Algo tardíamente -murmuró Aun Sharah.

Etzwane consideró aquella observación como un tanto despreocupada.

-Sea como fuere -añadió-, ahora tenemos que armarnos. En este aspecto el Anomo me ha nombrado su representante ejecutivo. Hablo con su voz.

-¿No es extraño? -preguntó Aun Sharah reclinándose sobre el sofá-. Hace apenas un día un tal Gastel Etzwane fue objeto de una operación de búsqueda oficial. Supongo que eres la misma persona.

Etzwane observó al discriminador jefe con una estudiada frialdad.

-El Anomo me buscó y me encontró. Puse en su conocimiento ciertos hechos y él ha reaccionado como ya sabes.

-¡Muy bien hecho! Ésa es al menos mi opinión -dijo Aun Sharah-. ¿Me permites que te pregunte cuáles eran esos «hechos»?

-La certidumbre matemática de un desastre a menos que presentáramos batalla inmediata. ¿Has organizado la reunión de técnicos?

-Se están llevando a cabo los arreglos pertinentes. ¿Con cuántas personas deseas consultar?

Etzwane observó fijamente al discriminador jefe, que parecía sentirse muy tranquilo y relajado. El rostro de Etzwane reflejó una expresión de perplejidad.

-¿Acaso el Anomo no te ha enviado una orden específica?

-Creo que dejó el número como algo indefinido.

-En tal caso, reúne a las autoridades más experimentadas y consideradas; de entre ellas, podremos elegir a un presidente o director de investigación. También quisiera que tú estuvieses cerca. Nuestro primer objetivo consiste en reunir un cuerpo de hombres capaces, que tendrá la misión de poner en práctica la política del Anomo.

Aun Sharah asintió con un lento y pensativo movimiento de cabeza.

-¿Qué progreso se ha hecho ya en ese sentido? -preguntó.

Etzwane empezó a sentir que aquella mirada casual conocía u ocultaba demasiadas cosas, pero contestó:

-No demasiado. Aún se están discutiendo los nombres... En relación con Jerd Finnerack, ¿cuál es la información que poseemos de él?

Aun Sharah cogió una hoja de papel y leyó:

-Jerd Finnerack: un empleado contratado en el sistema de globos. Nacido en el pueblo de Isperio, en la región oriental de Morningshore. Su padre, un cultivador de bayas, utilizó la persona del niño como garantía contra un préstamo; al no poder cumplir con sus obligaciones, el niño fue incautado. Finnerack ha demostrado ser un trabajador reacio. En cierta ocasión, soltó criminalmente un globo de la estación de Angwin Junction, lo que provocó grandes daños a la empresa. Estos costes fueron añadidos al importe de su rescate. Ahora trabaja en el Campo Tres, en el cantón de Glaiy; una instalación para trabajadores recalcitrantes. Su rescate es actualmente de algo más de dos mil florines -extendió el papel a Etzwane y preguntó-: ¿Puedo preguntarte por qué estás interesado en Jerd Finnerack?

-Comprendo tu natural interés -contestó Etzwane, aún más rígidamente-. Sin embargo, el Anomo insiste en que mantenga la mayor discreción. Y pasando a otra cuestión: el Anomo ha ordenado la evacuación de las mujeres hacia los cantones marítimos. Se deben minimizar los incidentes desagradables. Deben nombrarse por lo menos seis monitores en cada cantón, con objeto de tomar nota de las quejas y de los detalles de la operación, para acciones subsiguientes. Quiero que nombres oficiales competentes y los instales cuanto antes en los lugares adecuados.

-La medida es esencial -observó Aun Sharah, mostrándose de acuerdo-. Enviaré a hombres de mi propio equipo para que organicen los grupos.

-En ese caso, dejo el asunto en tus manos.

Etzwane abandonó el despacho del discriminador jefe. En general, las cosas habían ido bastante bien. Sin duda alguna, la serena expresión de Aun Sharah ocultaba toda una serie de inteligentes preguntas, que podían o no hacerle llegar a desconfiar. Más que nunca, Etzwane sintió la necesidad de contar con un aliado en quien pudiera tener completa confianza. Estando solo, su posición resultaba bastante precaria.

Regresó al palacio de Sershan dando un rodeo. Por un momento, pensó que alguien podría seguirle, pero cuando pasó por el portal de Pomegranate y esperó en la penumbra, detrás de una columna, nadie apareció tras él; y cuando continuó su camino, el trayecto que había recorrido parecía estar solitario.

3

Exactamente al mediodía, Etzwane penetró en la sala principal de conferencias del jurisdiccionario. Sin mirar ni a derecha ni a izquierda, se dirigió directamente hacia la plataforma desde la que se pronunciaban los discursos. Después, colocando las manos sobre la sólida barandilla de plata, observó los atentos rostros que le miraban.

-Caballeros -empezó diciendo-, el Anomo ha preparado un mensaje que, por orden suya, os voy a leer -sacó unas hojas de papel y añadió-: He aquí las palabras del Anomo:

»"¡Saludos a la aristocracia técnica de Garwiy! Hoy solicito vuestro consejo en relación con los roguskhoi. Había confiado desde hace tiempo en rechazar a esas criaturas sin necesidad de utilizar la violencia, pero mis esfuerzos han sido inútiles. Ahora, tenemos que luchar.

»"He ordenado la formación de un ejército, pero es sólo la mitad del trabajo a realizar. Se necesitan armas efectivas.

»"He aquí el problema exacto: el ejército de los roguskhoi es masivo, salvaje, y no siente temor alguno. Sus armas principales son una porra de metal y una cimitarra, siendo esta última un arma tanto arrojadiza como de defensa y ataque, que resulta efectiva a una distancia de unos cincuenta metros o más. De entablarse el combate cuerpo a cuerpo, un hombre se vería desamparado. Por lo tanto, nuestros soldados deben ser dotados de armas útiles hasta una distancia de cien metros, y preferiblemente más.

»"Pongo este problema en vuestras manos y pido que concentréis inmediatamente todos vuestros esfuerzos en esta única tarea. Todos los recursos de Shant estarán a vuestra disposición.

«"Naturalmente, es necesario organizar el esfuerzo. Así es que, ahora mismo, deseo que entre vosotros mismos elijáis a un presidente que supervisará los esfuerzos de todos.

»"En cuanto a mi propia representación ejecutiva, he nombrado a la persona que en estos momentos os está leyendo mi mensaje: a Gastel Etzwane. El habla con mi voz. Le informaréis a él y seguiréis todas sus recomendaciones.

»"Insisto en la urgencia de esta cuestión. Nuestra milicia se está reuniendo y no tardará en necesitar armas. "

Etzwane dejó los papeles a un lado y observó los rostros de los presentes.

-¿Hay alguna pregunta? -inquirió.

Un hombre de constitución robusta y algo rojizo se levantó pesadamente.

-Las peticiones no están muy claras. ¿En qué clase de armas está pensando el Anomo?

-En armas capaces de matar a los roguskhoi y de rechazarles con un riesgo mínimo para quien las utilice -contestó Etzwane.

-Eso está muy bien -replicó el hombre fornido-, pero con ello no se nos explica nada. El Anomo debería proporcionarnos toda una serie de especificaciones o al menos unos diseños básicos. ¿Es que vamos a tener que trabajar a tientas?

-El Anomo no es un técnico -dijo Etzwane-. ¡Vosotros sois los técnicos! ¡Desarrollad vosotros mismos vuestras propias especificaciones y diseños! Si se pueden producir armas energéticas, tanto mejor. En caso contrario, idead cualquier cosa que sea práctica y factible. Los ejércitos se están formando ya en todo Shant. Necesitan las armas de la guerra. El Anomo no puede crearlas de la nada. ¡Tienen que ser diseñadas y producidas por vosotros, los técnicos!

El hombre rojizo miró con incertidumbre a derecha e izquierda, y después se sentó. Al fondo de la sala, Etzwane notó la presencia de Aun Sharah, que permanecía sentado con una sonrisa meditabunda en el rostro. Delante de él, se levantó un hombre de ojos negros sobre un rostro de cera.

-Tus observaciones son correctas y haremos lo que podamos, pero recuerda que somos técnicos y no innovadores. Nosotros nos dedicaremos a refinar los procesos antes que a crear los conceptos.

-Si no podéis realizar el trabajo, encontrad a alguien que pueda hacerlo -dijo Etzwane-. Delego en ti la responsabilidad de esta tarea. Llevadla a cabo, o moriréis.

-Una de las cuestiones importantes que puede afectar a nuestro pensamiento -dijo otro hombre-, es el tamaño del ejército a crear. De ello depende el número de armas necesarias. La elegancia puede ser menos importante que la manejabilidad y la efectividad.

-Correcto -admitió Etzwane-. El ejército estará compuesto por veinte mil o cien mil soldados, número que dependerá de las dificultades de la campaña. Debo añadir que las armas son la necesidad más urgente, pero también necesitaremos equipos de comunicaciones, de modo que los comandantes de los diversos grupos de combate puedan coordinar sus esfuerzos con rapidez. Vuestro presidente deberá nombrar un equipo que se encargue de desarrollar esa clase de instrumentos.

Etzwane se quedó de pie, esperando más preguntas, pero por toda la sala se extendió un silencio sombrío y sospechoso.

-Os dejaré hacer vuestro trabajo. Elegid un presidente, un hombre de reconocida competencia, con capacidad de decisión y que, en caso necesario, pueda ser duro. Él se encargará de designar los grupos de trabajo que le parezcan más prácticos. Las preguntas y las recomendaciones se me pueden hacer llegar a través del discriminador jefe, Aun Sharah.

Etzwane hizo una inclinación de cabeza hacia los presentes y se marchó por el mismo sitio por donde había venido.

Tomó un vehículo para ir al palacio de Sershan. Ya en la sala de radio, ajustó el filtro para que su voz se pareciera a la suya propia, y llamó a Aun Sharah.

-Aquí Gastel Etzwane. He consultado con el Anomo. Ha ordenado que tú y yo recorramos todas las regiones de Shant como plenipotenciarios. Tendrás que visitar los cantones situados al este del Jardeen y al norte de las tierras salvajes, incluyendo Shkoriy, Lor-Aphen, Haghead y Morningshore. A mí me ha asignado los del oeste y del sur. Nuestra misión consistirá en estimular y, si es necesario, presionar para que la movilización y el entrenamiento de las diversas milicias se lleven a cabo lo más rápidamente posible. ¿Alguna pregunta que hacer?

Se produjo un breve silencio.

-Has utilizado la palabra «presionar». ¿Cómo se debe llevar a efecto?

-Debemos tomar nota de los detalles de personas que se muestran recalcitrantes. El Anomo infligirá castigo. Las condiciones pueden variar. No puedo darte instrucciones explícitas. Debes utilizar tu mejor capacidad de juicio.

-¿Cuándo debo partir? -preguntó la voz de Aun Sharah con cierta crudeza.

-Mañana. Quizá fuese mejor que visitaras primero los cantones de Wale, Purple Fan, Anglesiy, Jardeen y Conduce. Después, puedes utilizar el sistema de globos de Brassei Junction para desplazarte hacia el oeste. Yo iré primero a Wild Rose, Maiy, Erevan y Shade, y después utilizaré el sistema de globos para dirigirme hacia el este. En cuanto a los gastos, debemos extender letras contra el banco de Shant y, naturalmente, no pagaremos nada de nuestro propio bolsillo -concluyó Etzwane.

-Muy bien -dijo Aun Sharah sin mucho entusiasmo-. Tenemos que hacer lo que se nos pide.

4

El globo *Iridixn*, requisado por Etzwane, se balanceó en la plataforma de despegue, formada por un bloque segmentado de mimbre, cuerda y película brillante. Casallo atendía su manejo, un joven gracioso y de aire simpático, que realizaba las acciones más importantes de su trabajo con un aburrido desdén. Etzwane subió a la góndola. Casallo, que ya se encontraba en su compartimiento, preguntó:

-¿Cuáles son tus órdenes, señor?

-Deseo visitar Jjamili, Vervei y la Colina Sagrada, en Erevan, así como Lanteen, en Shade. Después nos dirigiremos directamente a través de Shant hacia el este.

-Como quieras, señor -dijo Casallo, lanzando un bostezo.

Sobre su oreja llevaba una ramita de arasma púrpura, recuerdo de la fiesta de la noche anterior. Etzwane le observó recelosamente mientras Casallo comprobaba la acción de las cabestrantes, las válvulas de gas y el mecanismo para soltar lastre; después, soltó el semáforo y dijo:

-Allá vamos.

La entrada de la estación se abrió, dejando al descubierto una ranura. El globo se elevó un poco. Negligentemente, Casallo ajustó la inclinación para situarlo en una posición favorable al viento. Las guías de dirección se separaron de los soportes y después se soltó el cable de sujeción. El globo se deslizó en el aire, hacia arriba,

pasando por la abertura. Casallo ajustó las guías, con la actitud del hombre que está inventando un nuevo proceso. El globo aceleró notablemente su marcha y navegó hacia el este, pasando sobre Jardeen Gap. La zona de Ushkadel se convirtió en una mancha borrosa, aún visible por la parte de atrás, y no tardaron en encontrarse sobre Wild Rose, donde entre altozanos boscosos, valles, estanques y plácidos prados, se encontraban las propiedades campesinas de los estetas de Garwiy.

Así comenzó para Etzwane la inspección de los cantones del sur. Su primera parada se hizo en la ciudad de mercado de Jamilo, en la zona central de la proclamación de emergencia. En Vervei, en el cantón de Maiy, los negociantes declararon ser incapaces de reconocer la emergencia hasta no haber cumplido con su cuota anual de producción de juguetes, candelabros, cuencos de madera y bandejas. En Conduce, Etzwane se encontró simplemente con la mayor confusión. En Shade, donde los roguskhoi eran conocidos y temidos, los aristócratas habían organizado una milicia a base de hombres contratados, muy poco práctica.

Etzwane organizó, presionó, aconsejó y amenazó, y se preguntó si sesenta y dos cantones dispersos podrían ser convencidos de la necesidad de actuar unidos.

La ruta de los globos se introducía después en las zonas salvajes. El *Iridixn* navegaba ahora a gran altura, captando directamente las ráfagas de viento. En Angwin, un cable sin fin condujo al *Iridixn* a través de Angwin Gorge hasta Angwin Junction, una isla en el cielo, de la que hacía ya mucho tiempo escapara Etzwane con la ayuda inconsciente de Jerd Finnerack.

El *Iridixn* continuó su viaje hacia el sudeste, cruzando las zonas más dramáticas de las regiones salvajes. Casallo observaba el paisaje con ayuda de unos binoculares. Al cabo de un rato, señaló hacia un valle montañés.

-¿Estás preocupado por los Roguskhoi? ¡Mira allá abajo! Tienes a toda una tribu ante tus ojos.

Tomando los binoculares, Etzwane observó un gran número de puntos oscuros junto a una empalizada hecha con arbustos. Eran quizás unos cuatrocientos. De debajo de una docena de grandes calderos salía humo, que se alejaba por el valle. Etzwane examinó la zona situada en el interior de la empalizada. Observó unos bultos que le parecieron imprecisos, pero que, según pudo descubrir al fin, era un grupo de mujeres que posiblemente llegaba al centenar. En la parte trasera de la empalizada, bajo el abrigo de una tosca barraca, había posiblemente otras... Etzwane examinó otras zonas del campamento. Cada roguskhoi iba solo, con toda tranquilidad; unos cuantos remendaban pieles, otros se extendían grasa sobre el cuerpo y otros se encargaban de echar leña al fuego, bajo los calderos. Por lo que pudo observar Etzwane, ninguno de ellos levantó la mirada hacia el globo mientras éste pasaba, ni tampoco hacia el cable, que rodaba, chirriando sobre la polea, a unos cuatrocientos metros de distancia... El *Iridixn* pasó sobre un saliente de roca y ya no se pudo divisar el valle. Etzwane colocó los binoculares sobre la estantería.

-¿De dónde sacan sus espadas? Esos calderos también son de metal... Se necesitaría una verdadera fortuna para comprarlos.

-Calderos de metal -dijo Casallo echándose a reír-, y cocinan hierbas, hojas, escarabajos negros, ahulphs muertos y vivos y todo lo que pueden pasar por sus gargantas. Los he observado muchas veces con los binoculares.

-¿Han mostrado alguna vez interés por el globo? Causarían muchos problemas si dañaran el cable.

-Nunca se han preocupado lo más mínimo por el cable -dijo Casallo-. Parece que no se dan cuenta de muchas cosas. Cuando no están comiendo o copulando, se pasan todo el tiempo sentados. ¿Piensan en algo? No lo sé. Una vez hablé con un montañero

que pasó junto a una veintena de ellos tranquilamente sentados en una sombra. «¿Estaban durmiendo?», le pregunté, y me contestó que no. Al parecer, no sintieron ninguna necesidad de matarle. Hay una cosa cierta: nunca atacan a un hombre a menos que él intente mantenerles alejados de una mujer, o a menos que estén hambrientos... En tal caso, el hombre en cuestión irá a parar al caldero, junto con todo lo demás.

-De haber llevado una bomba -dijo Etzwane-, habríamos matado a quinientos Roguskhoi.

-No es una buena idea -dijo Casallo, que tendía a contestar o contradecir cada una de las observaciones de Etzwane-. Si las bombas fueran arrojadas desde los globos, acabarían por cortar el cable.

-A menos que utilizásemos globos de desplazamiento libre.

-¿Sí? En un globo sólo se puede bombardear lo que está directamente debajo. No es frecuente que el viento le arrastre a uno sobre un campamento. Si tuviéramos motores para impulsar los globos, sería diferente; pero no se pueden construir motores con mimbre y cristal, aun cuando alguien recordara las antiguas habilidades.

-Un planeador -dijo Etzwane- puede volar allí donde un globo sólo es impulsado por el viento.

-Por otra parte -observó Casallo con aspecto preocupado, y al parecer interesado en objetar-, un planeador tiene que aterrizar, mientras que un globo será llevado por el viento a lugar seguro.

-Nuestra misión es matar roguskhoi -espetó Etzwane-, y no ir de un lado para otro con garantías de seguridad.

Casallo se limitó a sonreír y se metió en su compartimiento, para tocar allí el khitan, una habilidad de la que él se sentía muy orgulloso.

Habían llegado al corazón de las zonas salvajes. Riscos de roca gris se elevaban por todas partes hacia el cielo. El cable seguía un camino y después doblaba por otro, y más adelante por otro, oscilando entre variaciones horizontales y verticales, la primera de las cuales exigía un manejo nada fácil de la aeronave, mientras que la segunda exigía toda la habilidad del conductor. Siempre que era posible, los cables seguían la dirección de los vientos predominantes para permitir que los globos pudiesen viajar en ambas direcciones. En las montañas, los vientos cambiaban y se arremolinaban, soplando a veces en dirección contraria al avance del cable. Entonces, el conductor podía orzar y ponerse de lado, torciendo el globo hacia un lado y hacia abajo, minimizando así el vector inverso de la corriente. Ante malas condiciones atmosféricas, se podía estirar del cable de frenado, calzando las ruedas que giraban sobre él. En condiciones aún peores, cuando el viento soplaba con fuerza excesiva y aullaba por todas partes, se podía abandonar la idea de seguir adelante y regresar por el cable hasta la estación o el apartadero más próximo.

Cuando se hallaban sobre el circo Conceil, el *Iridixn* se encontró con una de aquellas tormentas de viento. Volaban entre una gran hondonada llena de nieve, de la que surgía más adelante el río Mirk. La mañana mostraba una neblina de color rosado hacia el sur y, a una considerable altura, hacia el este, se veía una buena combinación de cirros, a través de los cuales asomaban débilmente los tres soles, creando zonas de color rosa, blanco y azul. Casallo predijo que tendrían viento y poco después las ráfagas se desataron sobre ellos. Casallo utilizó todos los elementos que tenía a su disposición: orzó, elevó el globo y lo hizo bajar, lo frenó, lo hizo avanzar dando un gran rodeo en forma de arco y después soltó el freno en un momento preciso para permitir que el globo avanzara unos pocos cientos de metros más, con la esperanza de alcanzar, a un kilómetro y medio de distancia, una curva donde había una estación. A unos trescientos

metros de su objetivo, el viento sopló con gran fuerza, haciendo crujir la estructura del *Iridixn.* Casallo volvió a soltar el freno, situó el globo frente al viento y lo dejó deslizar por el cable.

Una vez en la estación de Conceil, el personal hizo bajar el globo y lo aseguró con cables. Casallo y Etzwane descansaron aquella noche en la estación, fortificada mediante un muro de piedra y unas torres situadas en las esquinas. Etzwane se enteró allí de que los roguskhoi se mostraban cada vez con mayor frecuencia. El tamaño de los grupos había aumentado notablemente durante el último año, según le informó el superintendente de la estación.

-Antes, podíamos ver a veinte o treinta en un grupo; pero ahora aparecen en bandas de doscientos o trescientos y a veces llegan a rodear el muro. Sólo nos atacaron en una ocasión, cuando un grupo de monjas Whearn se vieron obligadas a bajar a causa del viento. No había ningún roguskhoi a la vista y, de pronto, surgió un grupo de unos trescientos que intentaron escalar el muro. Estábamos preparados para recibirles... Toda la zona había sido minada. Matamos por lo menos a doscientos de ellos, a veces en grupos de veinte o treinta. A la mañana siguiente nos apresuramos a meter a las monjas en el globo, las alejamos de aquí y no volvimos a tener problemas. Ven, te enseñaré algo.

En una de las esquinas del muro habían construido una especie de corral con palos de madera-hierro; dos pequeñas criaturas de un color bronce rojizo miraban con ojos muy abiertos por entre los huecos.

-Los cogimos la semana pasada. Habían estado rondando nuestros cubos de basura. Echamos una red sobre ellos y les atrapamos, aunque tres pudieron escapar. Sólo pudimos retener a estos dos, que ya son tan fuertes como hombres adultos.

Etzwane estudió a los dos diablillos, que le miraron fijamente, con los ojos en blanco. ¿Eran humanos? ¿Procedían del género humano? ¿Eran organismos nuevos y extraños? Estas preguntas se las había planteado muchas veces, sin haber hallado respuestas satisfactorias. La estructura ósea de los roguskhoi se parecía, en general, a la del ser humano, aunque era algo más simplificada en el pie, la muñeca y las costillas.

-¿Son amables? -preguntó Etzwane al superintendente.

-Al contrario. Si extiendes el dedo hacia ellos, te lo arrancarán de un mordisco.

-¿Hablan o producen algún sonido?

-Por la noche se quejan y gimotean, pero el resto del día lo pasan en silencio. Parecen ser poca cosa más que animales. Supongo que habría sido mejor matarlos, antes de que cometan alguna diablura.

-No, mantenlos sanos y salvos. El Anomo querrá que se les estudie. Quizá podamos aprender a controlarlos.

-Supongo que con ellos es posible cualquier cosa -dijo el superintendente, mirando recelosamente a los dos diablillos.

-En cuanto regrese a Garwiy, enviaré a buscarles y, desde luego, serás gratificado por tus esfuerzos.

-Eso es muy amable por tu parte. Espero poder mantenerles sujetos. A cada día que pasa crecen más.

-Trátalos con amabilidad e intenta enseñarles unas pocas palabras.

-Haré todo lo que pueda.

El *Iridixn* continuó su viaje a través de las tierras salvajes hasta llegar a los espléndidos bosques del cantón de Whearn. Durante algún tiempo, el viento se detuvo por completo; con objeto de pasar el tiempo, Etzwane se dedicó a observar las aves del bosque con los binoculares; ondulantes anémonas aéreas, vibradores de un verde pálido, aves-dragón de color negro y lavanda... A últimas horas de la tarde se levantó de nuevo

el viento con una repentina ráfaga, y el *Iridixn* siguió su camino por el cable hacia la ciudad de Pelmonte, centro de comunicaciones.

En Pelmonte, el agua del río Fahalusra proporcionaba energía para seis enormes aserraderos. Los troncos, que bajaban flotando por el Fahalusra procedentes de los bosques eran limpiados, aserrados y cortados finalmente en tablones mediante grandes sierras de acero. Después, la madera era puesta a secar y pasaba por los procesos de pulido, impregnación con aceites, pinturas y ungüentos; más tarde, era cargada en barcazas o bien era cortada en piezas que después podían ser ensambladas. Etzwane había visitado Pelmonte cuando trabajaba en la compañía de músicos y recordaba muy bien la fragancia de la madera cortada, de la resina, el barniz y el humo que impregnaban el aire. El superintendente del cantón recibió muy amablemente a Etzwane.

Los roguskhoi eran muy bien conocidos en el norte de Whearn; desde hacía años, los hombres de los aserraderos habían vigilado el Fahalusra, rechazando docenas de pequeñas incursiones mediante la utilización de ballestas y picas, que en los bosques resultaban armas mucho más ventajosas que las cimitarras arrojadizas de los Roguskhoi.

Recientemente, los roguskhoi habían empezado a atacar de noche y en grandes bandas. Los habitantes de Whearn fueron empujados mucho más allá del Fahalusra, lo que perturbó todo su trabajo. Etzwane no había encontrado mayor entusiasmo en todo Shant. Las mujeres ya habían sido enviadas hacia el sur, mientras que la milicia se entrenaba diariamente.

-¡Lleva este mensaje al Anomo! -le dijo el superintendente-. ¡Dile que nos envíe armas! Nuestras picas y ballestas son inútiles en campo abierto. Necesitamos dardos de energía, luces relámpago, cuernos de la muerte y todo tipo de artilugios efectivos. Si el Anomo, con su poder, nos proporciona las armas, las utilizaremos.

-Los mejores técnicos de Shant están trabajando en Garwiy con ese propósito -dijo Etzwane-. Mientras tanto, si vuestras ballestas matan roguskhoi construidlas más grandes y con mayor alcance -recordó entonces el campamento de roguskhoi situado en la parte alta del Hwan y añadió-: Construid planeadores capaces de transportar a uno, dos y seis hombres; entrenad a los pilotos. Acudid a Haghead y Azume, y pedidles sus mejores planeadores. Desmontadlos y utilizad sus piezas como modelos para construir otros. En cuanto a la fabricación y película, acudid en demanda de ayuda a Hinthe, Marestiy y Purple Stone; pedidles lo mejor que tengan, en nombre del Anomo. En cuanto a cuerdas, conseguid las más finas en Cathriy y en Frill. Los obreros del acero de Ferriy deben construir nuevos tanques; aunque pierdan su secreto, tendrán que entrenar a nuevos hombres... Solicitad todos los recursos de Shant, en nombre del Anomo.

Desde Pelmonte, el *Iridixn* se dirigió a Luthe y a los cantones del sudeste: Bleke, Esterland, Morningshore e Ilwiy. Después, el *Iridixn* regresó a Pelmonte y, a través de la Gran Línea del Sur, pasó por aquellos cantones salvajes situados frente al Pantano de Sal. En cada cantón, Etzwane se encontró con una situación diferente y con un punto de vista distinto. En Dithibel, por ejemplo, las mujeres, que eran las propietarias y directoras de todas las tiendas y comercios se negaron a abandonar las zonas montañosas, pues tenían la completa seguridad de que los hombres saquearían sus existencias. En la ciudad de Houvannah, Etzwane explotó, lleno de ira, y gritó:

-¿Estáis fomentando la violación? ¿Es que no tenéis ningún sentido de la acción a largo plazo?

-Una violación se olvida pronto, pero una pérdida de bienes dura mucho tiempo -contestó la matriarca-. No temas, conocemos remedios contundentes contra cualquier molestia.

Sin embargo, se negó a especificar cuáles eran aquellos remedios, indicando

simplemente que «los malos se arrepentirán del día en que han nacido y los ladrones, por ejemplo, se encontrarán con que han perdido los dedos».

En Burazhesq, Etzwane se encontró con una secta pacifista, la de los aglústidos, cuyos miembros sólo llevaban adornos y vestidos hechos con su propio pelo, del que decían que era natural, orgánico e inofensivo para cualquier otro organismo viviente. Los aglústidos respetaban la vitalidad en todos sus aspectos, y no comían carne animal, legumbres, almendras, ni nueces; se alimentaban de frutas, siempre y cuando la semilla hubiese sido plantada y se le hubiera ofrecido una oportunidad para existir. Los aglústidos afirmaban que los roguskhoi al ser más fecundos que el hombre, producían más vida y que, en consecuencia, se les debía preferir a ellos. A causa de esto, proclamaron una resistencia pasiva a «la guerra del Anomo». «Si el Anomo quiere guerra, que la haga él», era su eslogan, y con sus vestidos de pelo trenzado se manifestaron por las calles de Manfred, cantando y protestando.

Etzwane no sabía cómo tratarles. El contemporizar iba en contra de su propio temperamento. Sin embargo, ¿qué debía hacer? Hacer desaparecer las cabezas de tantos desgraciados le resultaba una idea intolerable. Por otra parte, ¿por qué a ellos se les iba a permitir ciertas indulgencias mientras que otros hombres sufrían por el bien común?

Al final, Etzwane se llevó las manos a la cabeza en un gesto de disgusto y se marchó a Shker, donde encontró una situación nueva y distinta que, a pesar de todo, tenía cierta semejanza con la de Burazhesq. Los shker eran diabolistas y adoraban a un panteón de demonios conocido con el nombre de *golse.* Estaban adheridos a una intrincada y saturnina cosmología, cuyos preceptos se basaban en el siguiente silogismo.

«La maldad prevalece ante todo Durdane.

»Los *golse* son evidentemente más poderosos que sus adversarios de la bondad.

»En consecuencia, lo más lógico y simple es satisfacer y glorificar a los *golse. »*

Consideraban a los roguskhoi como descendientes de los *golse y,* por lo tanto, como seres a los que había que reverenciar. Al llegar a la ciudad de Banily, Etzwane se enteró de que no se había cumplido ninguna de las órdenes dictadas por el Anomo y que más bien se había actuado en contra de ellas. El valido de Shker le dijo, con un triste fatalismo:

-El Anomo puede destrozar nuestras cabezas. Y, sin embargo, no podemos luchar contra criaturas tan sublimes en su capacidad diabólica. Nuestras mujeres se muestran dispuestas a irse con ellos; les entregamos alimentos y vino para saciar su apetito; no ofrecemos ninguna resistencia a su magnífico horror.

-Esto tiene que terminar -declaró Etzwane.

-¡Nunca! ¡Es la ley de nuestras vidas! ¿Acaso vamos a poner en peligro nuestro futuro, simplemente a causa de vuestros irracionales caprichos?

Una vez más, Etzwane sacudió la cabeza, sin ver solución al problema, y se dirigió al cantón de Glaiy, una región algo primitiva, habitada por un pueblo atrasado. Allí no encontró problemas; las legiones situadas cerca del Hwan estaban deshabitadas, a excepción de unos pocos clanes feudales que no sabían nada sobre las instrucciones del Anomo. Las relaciones que mantenían con los roguskhoi no eran muy buenas. Siempre que tenían una oportunidad, acechaban y mataban a algún roguskhoi solitario, con objeto de conseguir el precioso metal de las cachiporras y cimitarras.

Cuando llegó a Orgala, la ciudad principal, Etzwane echó en cara a los tres altos jueces su fracaso en la organización de la milicia. Los jueces se limitaron a sonreír.

-En cuanto quieras disponer de una banda de hombres capaces para llevar a cabo tus propósitos, sólo nos lo tienes que decir con dos horas de antelación. Mientras no nos proporciones armas y órdenes definitivas, ¿para qué molestarnos con inconvenientes? Al fin y al cabo, la emergencia puede pasar.

Etzwane no pudo oponerse a la lógica de aquellas observaciones.

-Está bien -dijo-. Aseguraos de que, cuando llegue el momento, podréis cumplir lo prometido... ¿Dónde está el Campo Tres, de la agencia de trabajo del sistema de globos?

Los jueces le miraron con curiosidad.

-¿Qué piensas hacer en el Campo Tres?

-Tengo órdenes del Anomo.

Los jueces se miraron entre sí y acabaron por encogerse de hombros.

-El Campo Tres está a cuarenta kilómetros hacia el sur, a lo largo de la carretera del Pantano de Sal. ¿Piensas utilizar tu globo?

-Naturalmente. ¿Por qué voy a ir andando?

-No hay ninguna razón. Pero debes contratar un remolque-guía, porque no hay cable.

Una hora después, Etzwane y Casallo, en el *Iridixn,* siguieron su viaje hacia el sur. Las guías del globo estaban sujetas a los extremos de una gran asta, que contrastaba el balanceo del globo. Uno de los extremos del asta estaba sujeto a las espaldas de dos guías; el otro extremo se sujetaba mediante un par de ruedas ligeras, con un asiento sobre el que iba montado el conductor. A un trote rápido, los guías emprendieron su marcha por el camino, mientras Casallo ajustaba la posición del globo con objeto de producir la mínima tensión posible. El viaje resultaba notablemente diferente del movimiento del globo a impulsos del viento, pues ahora, a través de las guías, se le comunicaba un impulso de avance menos rítmico.

El movimiento y una creciente tensión hicieron que Etzwane se sintiera algo mal del estómago. Mientras tanto Casallo, sin otra preocupación que matar su propio aburrimiento, sacó su khitan; seguro de su propia capacidad y de la admiración de Etzwane, empezó a tocar una mazurka de repertorio clásico que Etzwane conocía en una docena diferente de variaciones. Casallo interpretó la pieza sin mucha imaginación, aunque casi con toda exactitud, pero en una de las modulaciones utilizaba insistentemente una cuerda incorrecta.

Esto llegó a exasperar a Etzwane, quien al fin acabó por decir:

-¡No, no, no! Si quieres tocar ese instrumento, utiliza al menos las cuerdas correctas.

Casallo elevó las cejas, con una expresión divertida.

-Amigo mío, estás escuchando la balada de la *Flor solar;* tradicionalmente, se toca así. Me parece que no tienes buen oído para la música.

-En general sí, así se toca. Se puede reconocer la melodía, aunque la he escuchado bien tocada en numerosas ocasiones.

Lánguidamente, Casallo extendió el khitan hacia él.

-Entonces, sé tan amable de instruirme y te quedaré sumamente agradecido -dijo, con una sonrisa irónica.

Etzwane cogió el instrumento, afinó el tono, que era demasiado agudo, y tocó correctamente el pasaje. Quizá, con una brillantez innecesaria. Después, empleando una segunda modulación, tocó una variación del tema; cuando terminó, volvió a emplear una nueva modulación y atacó una improvisación basada en un excitado *staccato* de la melodía original, lo que concordaba más o menos con su propio estado de ánimo. Tocó finalmente una coda de doble mano y terminó por entregar el khitan al alicaído Casallo.

-Así se toca esa melodía, con una o dos variaciones.

Casallo apartó la mirada de Etzwane, para dirigirla al khitan y, con un gesto sombrío, lo dejó sobre una estantería y se dedicó a engrasar sus cables. Etzwane se quedó mirando por la ventanilla de observación.

El paisaje había adquirido un aspecto salvaje, casi hostil. Los fragmentos de

bosque blanco y negro aparecían como islas en un mar de hierba. A medida que avanzaron hacia el sur, la jungla se hizo cada vez más oscura y densa, la hierba empezó a mostrar manchas de rojo, hasta dar paso a bancos de lava azul y blanca. Por delante de ellos brillaban las aguas del río Brunai; el camino se apartaba luego un poco hacia el oeste, cruzaba una zona llena de rocas volcánicas de color gris enrojecido, y después rodeaba un vasto campo de ruinas llenas de maleza: la ciudad de

Matrice, vencida y destruida por los Palasedranos hacía dos mil años y habitada ahora por un gran grupo de ahulphs azules y negros del sur de Glaiy, que llevaban una vida medio cómica, medio horripilante, imitación del urbanismo humano. Las ruinas de Matrice estaban situadas sobre una planicie cubierta por mil y una charcas y pantanos; allí crecían los mimbres más altos de Shant, en matas que alcanzaban de diez a catorce metros de altura. Los trabajadores del Campo Tres cortaban, limpiaban, curaban y empaquetaban el mimbre; luego lo enviaban en barcazas por el Brunai hasta Port Palas, desde donde las goletas costeras lo transportaban hasta las factorías de globos de Purple Fan.

El camino pasaba por un bosque de negros y bajos sambales. El viento del norte hizo que el globo se adelantara algo a los guías; por un momento, la atención de Casallo se centró en controlar el globo para evitar que la sirga chocara contra los árboles. Después, el globo pasó al espacio abierto y Casallo reanudó su tarea de engrasar los cables. El viaje fue entonces tan suave como el terciopelo. De repente, Casallo abandonó su trabajo y se dirigió al puesto de observación.

-¡Nos hemos soltado!

Agarró una palanca y dejó caer el ancla de emergencia; ésta cayó hacia el suelo, soltando doscientos metros de filamento trenzado de Cathry. Se fue arrastrando sobre el suelo y acabó por quedar enganchada en unas grandes matas de mimbre. El *Iridixn* se detuvo con un fuerte balanceo hacia abajo.

-Hemos estado muy cerca -dijo Casallo-. Diez segundos más y hubiésemos estado demasiado altos y lejos de tierra firme, sobre el pantano... No puedo imaginarme lo que ha ocurrido. Pero pronto lo descubriré.

Casallo se deslizó por la sirga hacia el suelo y Etzwane le siguió. Después, Casallo examinó el extremo de la sirga.

-No se ha roto. La han cortado. Alguien nos ha gastado una mala pasada. ¿Para qué querrían enviarnos hacia el Pantano de Sal... como no fuera para matarnos?

Escrutaron el bosquecillo de sambales, pero no observaron ningún movimiento. Avanzaron cuidadosamente hacia el camino y se aproximaron con lentitud hacia los sambales. Los guías, sin el conductor, se encontraban de pie, esperando, ocultos entre las sombras de los árboles.

Paso a paso, Etzwane y Casallo avanzaron por el camino, observando y escuchando. Vieron en él la cabina de conducción y al conductor en ella; los dos se detuvieron, consternados.

Se produjo un débil sonido. Etzwane se lanzó al suelo y sobre su cabeza escuchó el silbido de un proyectil.

Entonces apretó el botón de su tubo de amplio efecto; la maleza situada ante él se estremeció con una doble explosión.

Etzwane se adelantó para examinar los dos cuerpos sin cabeza. Uno de ellos llevaba una túnica impermeable, pantalones grises, botas de cuero chumpa[4] y una

[4] Chumpa. Criaturas anfibias del Pantano de Sal, emparentadas con los ahulphs, pero más altas, sin pelo y algo más perezosas. Los chumpa combinaban la sutilidad y la malicia de los ahulphs con una histérica obstinación, por lo que habían demostrado ser poco aptos para la domesticación.

ballesta. El otro llevaba una bata gris y unas sandalias de mimbre.

El conductor estaba muerto y una flecha de madera negra le salía de la frente.

Etzwane y Casallo condujeron la cabina a lo largo del camino, mientras el *Iridixn* se balanceaba ante ellos, impulsado por el viento. Etta, Sassetta y Zael lanzaban sus rayos, formando zonas de color diverso; el aire se estremeció sobre la zona desértica. Los espejismos no se podían diferenciar ahora de las miríadas de charcas y pantanos.

Horas después, los dos hombres llegaron ante los muros del Campo Tres. Tres hombres se adelantaron lentamente hacia ellos; uno era alto, entrado en carnes y tenía unos amargos ojos grises; el otro era robusto, calvo y ostentaba una enorme barbilla; el tercero, que parecía más joven, era ligero y flexible como un lagarto, con unos inadecuados rizos negros y unos ojos brillantes y también negros. Parecían formar parte del mismo paisaje; eran hombres duros, sin ningún humor y en los que no se podía confiar. Llevaban sombreros de paja de ala ancha, túnicas blancas, pantalones grises y botas de chumpa; de sus cinturones colgaban las ballestas, capaces de lanzar pequeños dardos. Todos ellos se quedaron mirando fríamente a Etzwane, quien no pudo comprender la casi palpable hostilidad que observó en sus rostros y que, por un instante, le hizo sentirse desconcertado.

-Soy Gastel Etzwane, ayudante ejecutivo del Anomo. Hablo con la voz del Anomo. ¿Quién es el director del campo?

-Shirge Hillen es el custodio jefe -contestó el primero de los hombres-. No está aquí ahora.

-¿Es esto propiedad de Shirge Hillen? -preguntó Etzwane, sacando la ballesta que había recogido antes.

-Sí, lo es -contestó el hombre tras un breve momento de duda.

-Entonces, Shirge Hillen está muerto -dijo Etzwane-. ¿Dónde está Jerd Finnerack? Traedlo aquí.

-No está aquí.

Etzwane sintió un terrible y repentino presentimiento.

-¿Se marchó con Shirge Hillen?

-No. Está confinado en el campo de penados.

-Llevadme allí inmediatamente.

En Angwin Junction, Finnerack había sido un joven robusto y rubio, de carácer pacífico y en quien se podía confiar. Impulsado por su bondad, o así se lo pareció al menos entonces, Finnerack había insistido en que Etzwane escapara, ofreciéndole incluso su ayuda. Desde luego, Etzwane nunca comprendió que su acto, una vez realizado, costó muchas penalidades a Finnerack. Ahora se daba cuenta de que había conseguido su libertad a costa del sufrimiento de Finnerack.

Del edificio-prisión surgió, tambaleándose, un hombre delgado y encorvado, de edad indefinida. Su pelo blanco-amarillento le colgaba por debajo de las orejas. El custodio ayudante señaló con un dedo hacia Etzwane. Finnerack se volvió a mirar y a través de la distancia de cincuenta metros que les separaba, Etzwane sintió la cálida mirada azul-blanca. Lenta y dolorosamente, como si le dolieran las piernas al andar, Finnerack se acercó por el camino.

-¿Qué quieres de mí? -preguntó, deteniéndose ante Etzwane.

Etzwane observó atentamente el rostro moreno y nudoso, buscando la plácida expresión de otros tiempos. Sin duda alguna, Finnerack no le reconoció.

-¿Eres el Jerd Finnerack que sirvió en Angwin Junction? -le preguntó.

-Lo soy y lo fui.

-¿Desde cuándo estás aquí? -preguntó Etzwane, indicando el edificio-prisión.

-Desde hace cinco días.

-¿Por qué te han traído aquí?

-Para poder matarme. ¿Para qué otra cosa si no?

-Pero aún sigues con vida.

-Cierto.

-Finnerack, ahora eres un hombre libre.

-¿De verdad? ¿Quién eres?

-Hay un nuevo Anomo en Shant. Yo soy su ayudante ejecutivo. ¿Qué me dices de los otros prisioneros? ¿Cuáles son sus delitos?

-Tres asaltos a un guardia. Yo sólo he cometido ese delito dos veces. Pero Hillen ya ni siquiera sabe contar hasta tres.

-Hillen está muerto -dijo Etzwane-. El nuevo Anomo está a punto de declarar los trabajos forzados como algo contrario al interés público. Dejad en libertad a los otros prisioneros.

Finnerack y Etzwane regresaron a las dependencias del Campo Tres. Finnerack estudió a Etzwane desde el ángulo de sus ojos.

-Ya te he visto antes en alguna parte -dijo Finnerack-. ¿Dónde? ¿Por qué has venido a verme precisamente a mí?

Antes o después, tendría que contestar a aquellas preguntas. Etzwane dijo:

-Hace mucho tiempo me hiciste un servicio que ahora, al fin, te puedo recompensar. Ésa es la primera razón.

Los ojos de Finnerack brillaron como hielo azul en su nudoso rostro moreno.

-Un nuevo Anomo ha llegado al poder -siguió diciendo Etzwane-. Yo soy su ayudante ejecutivo. Tengo muchas necesidades. Necesito un ayudante propio, una persona en la que pueda confiar plenamente.

Finnerack habló entonces con una voz llena de respeto y admiración, como si dudara del sano juicio de Etzwane, o del suyo propio.

-¿Me has elegido a mí para ese puesto?

-Así es.

Finnerack lanzó una risita divertida, como si ahora hubiera visto resueltas todas sus dudas: tanto él como Etzwane estaban locos.

-¿Y por qué a mí, a quien apenas conoces?

-Por capricho. Quizá porque te recuerdo lo bondadoso que fuiste con un desesperado muchacho en Angwin.

-¡Ah!

La exclamación brotó desde lo más profundo del alma de Finnerack. La expresión de diversión y asombro desapareció como si nunca hubiera existido. Aquel cuerpo huesudo pareció contraerse sobre sí mismo.

-Me escapé -siguió diciendo Etzwane-. Me convertí en un músico. Hace un mes, el nuevo Anomo llegó al poder e instantáneamente declaró la guerra contra los Roguskhoi. Me pidió que apoyara y reforzara su política y me dio el poder que necesitaba para ello. Me enteré de tu situación, aunque no conocía en absoluto la dureza del Campo Tres.

-¿Puedes imaginarte el riesgo que corres al contarme esa historia? ¿Puedes imaginarte mi rabia contra quienes han hecho que mi vida sea lo que es ahora? ¿Sabes lo que me han hecho, al obligarme a pagar por unas deudas que nunca contraje? ¿Sabes que me considero a mí mismo como un ser malo, como un animal que se ha visto obligado a ser un salvaje? ¿Sabes lo poco que me falta para lanzarme sobre ti y hacerte pedazos?

-Tranquilízate -dijo Etzwane-. El pasado es el pasado. Ahora, estás vivo y los dos tenemos mucho trabajo que hacer.

-¿Trabajo? -repitió Finnerack con una sonrisa de desprecio-. ¿Y por qué razón voy a ponerme a trabajar?

-Por la misma razón que yo: para salvar a Shant de los Roguskhoi.

Finnerack lanzó una risa terrible.

-Los roguskhoi no me han hecho ningún daño. Que hagan lo que quieran.

Durante un rato, el vehículo en el que regresaban al campo rodó por el camino, en dirección al norte. Finalmente, Etzwane se decidió a hablar.

-¿Nunca has pensado en lo mucho que podrías mejorar el mundo si tuvieras el poder necesario para ello?

-Claro que lo he pensado -contestó Finnerack, con un tono de voz algo más suave-. Destruiría a todos aquellos que han destrozado mi vida: a mi padre, al superintendente Dagbolt en Angwin, al desgraciado muchacho que conquistó su libertad y me hizo pagar a mí el coste, a los magnates de los globos, a los custodios del campo. Hay muchas personas así.

-Estás hablando con la voz de tu rabia -observó Etzwane-. Destruyendo a esas personas no haces nada real; el mal continúa y en alguna otra parte otro Jerd Finnerack ansiará destruirte a ti por no haberle ayudado cuando pudiste tener el poder.

-Eso es cierto -convino Finnerack-. Todos los hombres están llenos de maldad, incluso yo mismo. Dejemos que los roguskhoi nos maten a todos.

-Es una tontería dejarse encolerizar por un hecho que proviene de la misma naturaleza -replicó Etzwane-. Los hombres son como son y en Durdane más aún. Nuestros antepasados llegaron aquí para satisfacer sus idiosincrasias; nuestra herencia ha sido un exceso de extravagancias. Eso lo comprendió muy bien Viana Paizafiume, al colocarnos a todos collares alrededor de nuestro cuello para domesticarnos.

Finnerack tiró con tanta insistencia de su collar, que Etzwane se apartó ligeramente por temor a que se produjera una explosión.

-Yo no he sido domesticado -observó Finnerack-. Yo sólo he sido esclavizado.

5

El Campo Tres dejó de existir. Los primeros hombres rescatados, libres de toda deuda, provisto cada uno de ellos de una letra de cambio de quinientos florines contra el Banco de Shant, marcharon por el camino, cantando y gritando, en dirección a Orgala.

Los custodios y guardias, temiendo por su vida, permanecieron en el interior de los recintos, tras los muros.

El *Iridixn* fue bajado hasta el suelo. Etzwane subió a la góndola, seguido de Finnerack, a quien Casallo observaba con estupefacción y con fastidiosa consternación. El aspecto de Finnerack era bastante desaseado. No se había bañado ni tampoco cambiado de ropa; su pelo estaba sucio y era demasiado largo; sus vestidos estaban rasgados y mugrientos. El *Iridixn* se elevó en el aire y los guías emprendieron el camino hacia el norte. Etzwane se sentía como un hombre que acaba de despertar de una pesadilla. Su mente estaba preocupada por dos cuestiones: ¿cuántos otros campos como aquél existían en Shant? ¿Quién había avisado a Shirge Hillen de su visita?

En Orgala, el *Iridixn* volvió a enganchar con el cable y, aprovechando una brisa fresca, navegó hacia el noroeste. A últimas horas de la tarde del día siguiente penetraron en el cantón de Gorgash, y a la mañana siguiente llegaron a la ciudad Sueño de Lord Benjamin. Etzwane no encontró ningún fallo en la milicia de Gorgash, aunque Finnerack hizo una crítica sardónica respecto a la pomposa dirección, cuyo número era casi igual al de los propios soldados rasos.

-Éste sólo es un principio -le comentó Etzwane-. No tienen experiencia alguna en estas cuestiones. Si los comparamos con las poblaciones de Dithibel, de Burazhesq o de Shker, estas gentes están procediendo con inteligencia y rapidez.

-Quizá sea así... ¿pero lucharán contra los roguskhoi?

-Eso sólo lo sabremos cuando llegue el momento. ¿Cómo vas a poder cambiar las cosas ahora?

-Les quitaría los uniformes y los sombreros de plumas a los oficiales y los pondría a todos a cocinar. En cuanto a las tropas, las dividiría en cuatro grupos y haría que cada día mantuvieran escaramuzas unos contra otros, con objeto de enfurecerles y encolerizarles.

Etzwane pensó que un proceso similar había convertido a un bondadoso joven rubio en el recalcitrante hombre moreno que ahora le acompañaba.

-Puede que eso llegue a ser así antes de lo que pensemos. Pero, por el momento, me alegra ver que se lo toman en serio.

-Cuando se den cuenta de contra quiénes tienen que luchar, se les bajarán los humos -observó Finnerack, echándose a reír con aquella risa sarcástica.

Etzwane frunció el ceño; no deseaba que nadie expresara tan abiertamente sus más secretos temores. Finnerack, pensó, no mostraba tener ningún tacto. Etzwane le observó con una mirada crítica.

-Ya es hora de que nos dediquemos a mejorar tu aspecto, que, por el momento, hace que se expresen comentarios adversos.

-No necesito nada -musitó Finnerack-. No soy una persona vanidosa.

-Puede que no seas vanidoso, pero eres un ser humano -le dijo Etzwane, sin hacerle caso-. Consciente o inconscientemente, estás afectado por tu aspecto exterior. Si tienes un aspecto desarreglado, sucio y desaseado, harás lo mismo con tus pensamientos y con tu modo general de vida.

-Eso no son más que teorías psicológicas -gruñó Finnerack.

A pesar de todo, Etzwane se dirigió hacia las Baronial Arcades, donde, de mala gana, Finnerack permitió que le cortaran el pelo, le afeitaran, le bañaran, le hicieran la manicura y le vistieran con ropas nuevas.

Finalmente, regresaron al *Iridixn,* con un Finnerack convertido en un hombre delgado, de poderosos músculos, con un rostro duro de profundas líneas, una cabeza con rizos ligeramente broncíneos, una mirada abierta y una boca contraída en lo que a primera vista parecía ser una débil sonrisa de bondad.

En Maschein, en el cantón de Maseach, el *Iridixn* llegó al término de la ruta Crepúsculo Violeta en Calma.

Etzwane se despidió de Casallo, mientras Finnerack se mantenía sombríamente a su lado; después los dos se dirigieron a la ciudad.

Una barca de pasajeros que cruzaba los numerosos canales de Maschein les llevó a la posada de River Island, que, con sus terrazas, jardines, árboles y pérgolas, ocupaba toda una isla rocosa en el Jardeen. Durante sus visitas a la ciudad como miembro de la compañía de músicos, Etzwane había observado a menudo esta posada, la más agradable de la ciudad. Ahora, pidió una *suite* de cuatro habitaciones que daba a un jardín privado, rodeado de ciclamen, lentejuelas azules y lurlinta.

Etzwane pidió vino helado y copias de los periódicos locales. Finnerack aceptó una copa de vino, pero no mostró ningún interés por conocer las noticias, que no eran muy buenas. Los titulares, en colores negros, marrón y ocre, informaban que los roguskhoi habían empezado a moverse en los cantones de Lor-Asphen, Bundoran y Surrume, mientras que el cantón de Shkoriy había caído por completo bajo su control.

Otro artículo, rodeado por una orla escarlata oscura, describía la milicia de Maschein, con tantos detalles que Etzwane, decidió no hacer representaciones personales. Leyó las últimas frases con una expresión de incomodidad en su rostro:

«Nuestros valientes hombres se han reunido; ahora, se familiarizan con las minucias de la vida militar, ya casi olvidada. Esperan con ansia y esperanza las poderosas armas que prepara el Anomo; inspirados por su majestuoso liderazgo, castigarán a los depravados bandidos rojos y les harán huir, aullando, como ahulphs escaldados. »

-Así es que esperan mis «poderosas armas» y mi «majestuoso liderazgo» -musitó Etzwane.

Si ellos le conocieran, tal y como era, un simple músico, serían menos sanguinarios en sus esperanzas... Su mirada se posó entonces sobre una noticia rodeada

por una orla gris y azul marino. Leyó:

«La pasada noche hizo su aparición en el Samarsanda de Plata el druitino Dystar. Se le trajo la comida antes de que él la pidiera y ante su desinteresada atención se le presentaron diversos regalos anónimos. Al igual que siempre, deleitó a los presentes con un asombroso hurusthra[5] y habló de lugares a los que muy pocos privilegiados pueden ir. Dystar puede volver esta misma noche al Samarsanda de Plata. »

El Samarsanda de Plata estaba situado en la parte alta del Jardeen, tras una fila de altos cipreses: era un edificio irregular de ladrillos, enyesado y pintado de blanco, con un techo inclinado de tejas cubiertas de musgo. junto a la entrada colgaban cinco linternas de colores formando una línea vertical: verde oscuro, escarlata intenso, verde claro, violeta y otro escarlata, aún más fuerte. Al fondo, y ligeramente a un lado, había otra pequeña lámpara amarilla. El significado de todo esto era: *Nunca rechaces la maravilla de la existencia consciente, que termina demasiado pronto.*

Etzwane y Finnerack penetraron en la abovedada sala, que aún estaba casi vacía, y tomaron asiento en una mesa situada cerca del puesto del músico. Frente a ellos, sobre la mesa, colocaron un plato de pastillas acidas, amargas, picantes y saladas. Estimulado en parte por el malicioso deseo de confundir a Finnerack, Etzwane pidió la comida tradicional de cuarenta y cinco platos, y también dio instrucciones al camarero para que preparara lo mejor para Dystar cuando éste apareciera, si es que venía.

Les fue servida la comida, un plato tras otro; Finnerack al principio se quejó de lo pequeños que eran los platos y las raciones, hasta que Etzwane le recordó que hasta el momento sólo había consumido doce de los cuarenta y cinco platos. Cuando estaban comiendo el que hacía el número veintiocho, Dystar apareció en la entrada. Era un hombre alto y enjuto, de rasgos acentuados, que llevaba unos pantalones grises y una túnica suelta de color gris y negro. Llevaba consigo el khitan y una pequeña caja de jade verde destinada a los pequeños utensilios que necesitaba para tocar; lo dejó todo sobre la tarima y tomó asiento a una mesa situada solamente a unos dos metros de distancia de donde se encontraban Etzwane y Finnerack. Etzwane sólo le había visto en otra ocasión, y ya entonces quedó fascinado por la naturalidad, la fuerza y la segundad de Dystar.

El camarero le comunicó que su comida ya había sido ordenada, ante lo que Dystar sólo hizo una indiferente inclinación de cabeza. Etzwane le estudió desde donde se encontraba, tratando de leer la corriente de sus pensamientos. Aquí estaba su padre, la mitad de él mismo. Quizá su deber fuera anunciarse... Dystar podría tener una docena de hijos, aquí y allá, repartidos por todo Shant, reflexionó Etzwane. Puede que la revelación sólo contribuyera a irritarle.

El camarero presentó a Dystar una ensalada de puerros con aceite, la costra de un pan, una salsa oscura hecha de carnes y legumbres, y un jugo de vino. Era una comida modesta. Dystar se había saciado con comidas excelentes, pensó Etzwane; la riqueza no era ninguna novedad para él, ni la atención de mujeres hermosas...

Plato tras plato, Finnerack, que quizá nunca había probado un buen vino en su vida, se relajó ahora mucho más y examinó el local con algo menos de reserva.

Dystar terminó la mitad de su comida, apartó el resto y se arrellanó en el asiento, dejando los dedos de una mano alrededor de su copa de vino. Sus ojos se encontraron con el rostro de Etzwane, de paso, pero después, frunciendo ligeramente el ceño, le volvió a mirar, como si un nebuloso recuerdo flotara en su mente... Cogió entonces su khitan y, por un momento, lo examinó como sintiéndose sorprendido de encontrarse entre las manos con un instrumento tan desgarbado y complicado. Lo tocó ligeramente aquí y allá, poniendo en consonancia las diversas partes y afinando su sonido; después, se colocó el artilugio de uñas para tocar. Tocó una escala suave, con silbidos y

[5] Hurusthra. Aproximadamente, panoramas y penetraciones musicales psicológicas.

zumbidos perfectamente ajustados. Después tocó un baile ligero y festivo, al principio con armonía simple y después con dos voces para terminar con tres; era ésta una capacidad de virtuosos que él se las arreglaba para realizar sin esfuerzo alguno e incluso sin mostrar un gran interés. Bajó finalmente el instrumento y sorbió un poco de vino... Las mesas cercanas ya habían quedado ocupadas con la gente más refinada y sensible de Mas-chein.

Etzwane y Finnerack examinaron el contenido de su plato treinta y nueve: médula de calabacín en pequeños trozos tostados, condimentados con un jarabe de color verde pálido, con una bola de gel de color púrpura, todo ello bastante dulce. El vino con que acompañaban la comida era de unos efectos sutilmente rápidos, y su gusto recordaba la luz del sol y el aire. Finnerack miró a Etzwane con una expresión de incertidumbre.

-Nunca he comido tanto en mi vida. Y, sin embargo, sigo teniendo apetito.

-Tenemos que terminarnos los cuarenta y cinco platos -dijo Etzwane-. De otro modo, no les está permitido aceptar nuestro dinero. Se mantiene entonces la agradable ficción de que los cocineros no han preparado bien los platos, o de que los han servido de modo vulgar. Así que debemos comer.

-Si es así, yo soy la persona adecuada para seguir.

Dystar empezó a tocar su khitan: unos compases suaves, que no seguían un modelo evidente, pero que, a medida que fueron sonando, permitieron al oído empezar a anticipar la música que luego se confirmaba al escucharla. Hasta entonces, no había tocado nada que Etzwane no se sintiera capaz de interpretar él mismo... Dystar pulsó una serie de cuerdas extrañamente suaves y comenzó a tocar la melodía unos tonos más bajos, como si se tratara de tristes campanas marinas... Etzwane quedó maravillado por la naturaleza del talento de Dystar. Una parte de él, pensó, se derivaba de su naturalidad y de su simplicidad; otra parte, de su profundidad; otra parte, de la objetividad que le hacía ser indiferente a sus oyentes; y finalmente, otra parte se debía a su destreza para tocar siguiendo los dictados de su capricho. Etzwane sintió una oleada de envidia; por su parte, él evitaba a veces pasajes cuya resolución final no podía prever, conociendo muy bien la frágil separación que podía existir entre la felicidad y la frustración. La música terminó, sin ningún acento o énfasis notable, como si los gongs del fondo del mar se desvanecieran poco a poco. Dystar dejó a un lado el instrumento. Cogió su copa y atravesó la sala y, de pronto, como si hubiera recordado algo, se volvió, cogió de nuevo el khitan y tocó una serie de notas. A continuación, volvió a tocarlas con una alteración armónica, y las notas se convirtieron en una rápida y excéntrica melodía. La moduló de otra manera, y la música se alteró; después, sin ningún esfuerzo, Dystar tocó la primera y la segunda, formando un irónico contrapunto. Por un momento, pareció sentirse interesado por la música, e inclinó la cabeza sobre el instrumento... Tocó entonces más despacio, y los tonos dobles se convirtieron en uno, como si se tratara de un par de imágenes de colores que se unían para crear una ilusión de perspectiva...

A Etzwane y a Finnerack se les sirvió el último de los cuarenta y cinco platos: un helado con salsa dulce en bolas de color púrpura, y acompañado por el vino llamado Néctar de los Mil Años.

Finnerack comió el helado y probó el vino. Su rostro moreno parecía chupado y las feas ojeras azuladas habían desaparecido de sus ojos. De repente, le preguntó a Etzwane:

-¿Cuánto costará esta comida?

-No lo sé... Supongo que unos doscientos florines.

-En el Campo Tres un hombre podía necesitar más de un año para reducir su rescate en doscientos florines -observó Finnerack, quien parecía más triste que enojado.

-El sistema es arcaico -dijo Etzwane-. El Anomo introducirá cambios. No habrá

más Campos Tres, ni más Angwin Junctions.

-Pareces estar muy seguro de las intenciones del Anomo -comentó Finnerack, mirándole con severidad.

Por no querer darle una respuesta apropiada, Etzwane no comentó nada sobre aquella observación. Elevó un dedo, pidiéndole al camarero que se acercara. Éste lo hizo, y trajo una botella de loza, de la que sirvió un vino frío y pálido, suave como el agua.

Etzwane bebió y Finnerack le imitó prudentemente. Entonces, Etzwane hizo una referencia tangencial a la observación de Finnerack.

-En mi opinión, el nuevo Anomo no es un hombre atado a la tradición. Una vez que hayan sido destruidos los roguskhoi creo que se introducirán cambios muy importantes.

-¡Bah! -exclamó Finnerack-. Los roguskhoi no representan un problema tan grave. El Anomo sólo necesita concentrar todo el poder de Shant contra ellos.

-¿Qué poder? -preguntó Etzwane, riendo, irónicamente-. Shant es débil como un niño. El último Anomo le volvió la espalda al peligro. Es todo muy misterioso, porque no era débil ni estúpido.

-No veo ningún misterio en eso -comentó Finnerack-. Simplemente, le gustaba más la comodidad que el ejercicio del poder.

-Estaría de acuerdo con eso -dijo Etzwane-, si no existieran también otros misterios: los roguskhoi, en primer lugar.

-Tampoco veo misterio en eso; son el producto de la malicia de Palasedra.

-No sé... ¿Quién informó a Hiller de mi llegada? ¿Quién dio órdenes de que me mataran?

-¿Acaso puede haber alguna duda? ¡Los mismos magnates de la empresa de globos!

-Eso también es posible. Pero siguen existiendo otros misterios menos explicables.

Etzwane recordó entonces el suicidio del benevolente Garstang, y la peculiar mutilación realizada en su cuerpo, como si una rata le hubiera abierto un agujero en el pecho.

Alguien se sentó entonces en su mesa. Era Dystar.

-He estado estudiando tu rostro -le dijo a Etzwane-. Es un rostro que recuerdo del lejano pasado.

Etzwane sosegó inmediatamente todos sus pensamientos.

-Te oí tocar en Brassei; quizá te dieras cuenta allí de mi presencia.

Dystar intentó examinar el collar de Etzwane para enterarse del código de localidad.

-Bastern -dijo-. Un cantón algo extraño.

-Los chilitas ya no adoran a Galexis -dijo Etzwane-. Bastern ya no es un lugar tan extraño como antes -se dio cuenta entonces de que Dystar llevaba la rosa y el azul pálido de Shkoriy-. ¿Quieres compartir nuestro vino? -preguntó.

Dystar accedió amablemente y Etzwane hizo una seña al camarero, que trajo otra copa de diorita, muy fina, pulida hasta alcanzar el color y el brillo del peltre. Etzwane sirvió el vino. Dystar elevó un dedo.

-Basta, por favor... Ya hace tiempo que no disfruto de la comida ni de la bebida. Supongo que es una característica innata en mí.

Finnerack se echó a reír entonces, de repente, con aquella risa suya tan dura.

Dystar se le quedó mirando con curiosidad. Etzwane dijo:

-Mi amigo ha estado durante varios años en un campo de trabajos forzados para recalcitrantes, y ha conocido tiempos muy amargos. Al igual que tú, no tiene ningún aprecio por la buena comida y la buena bebida, pero por razones opuestas a las tuyas.

Dystar sonrió. Su rostro, que parecía un paisaje invernal, se iluminó repentinamente con un rayo de sol.

-La saciedad no es enemiga mía. Más bien me siento preocupado por lo que yo llamaría una aversión a los placeres adquiridos.

-Me alegro de que sea por eso -comentó Finnerack-. Se encuentran muy pocas actitudes así.

Etzwane miró con tristeza la cara botella de vino.

-Entonces, ¿cómo gastas tu dinero?

-Tontamente -contestó Dystar-. El año pasado compré un terreno en Shkoriy. Un valle alto, con un huerto, un estanque y una casa, donde pensaba pasar mi vejez... Ésa es la tontería de la previsión humana.

Finnerack probó el vino, dejó la copa sobre la mesa y se quedó observando la sala.

Etzwane empezó a sentirse incómodo. Se había imaginado cientos de veces su encuentro entre Dystar y él mismo, viéndolo siempre en términos dramáticos. Ahora, los dos estaban sentados a la misma mesa y el encuentro estaba cayendo en la insipidez. ¿Qué podía decir? *¡Dystar! Eres mi padre; lo que ves en mi rostro son tus propias facciones.* Sintiéndose desesperado, Etzwane dijo:

-En Brassei, tu estado de ánimo era mucho mejor que el de esta noche. Recuerdo que tocaste con entusiasmo.

Dystar le lanzó una rápida mirada.

-¿Es tan evidente la situación? Esta noche me siento muy firme, pero estoy distraído por ciertos acontecimientos.

-¿Te refieres a lo ocurrido en Shkoriy?

Dystar guardó silencio un instante y asintió.

-Los salvajes se han apoderado de mi valle, al que acudía a menudo y en el que nunca cambiaba nada -sonrió entonces-. Un sentimiento de melancolía impulsa hoy mi música. En ocasiones de verdadera tragedia me vuelvo bastante insípido... Soy, por reputación, un hombre que sólo toca por capricho. Sin embargo, aquí hay doscientas personas que han venido a escuchar y no deseo desilusionarlas.

Finnerack, que ahora ya estaba bebido, abrió la boca, mostrando una sonrisa torcida y dijo:

-Mi amigo Etzwane también fue músico; deberías tomarle a tu servicio.

-¿Etzwane? ¿El músico maestro del viejo Azume? -preguntó Dystar-. ¡Lo sabía!

-Mi madre vivía en el Rhododendron Way -dijo Etzwane, asintiendo-. Yo nací sin nombre y yo mismo me di el nombre de Gastel Etzwane.

Dystar se quedó pensativo un instante, ocupado quizá con sus propios recuerdos sobre el Rhododendron Way. Pero hacía ya demasiado tiempo de aquello, pensó Etzwane; no recordaría nada.

-Debo tocar algo -dijo Dystar, dirigiéndose hacia la tarima.

Cogió el instrumento y empezó a tocar una serie de melodías triviales, como las que se podían escuchar en cualquier sala de baile de Morningshore. Cuando Etzwane empezaba a perder interés por la música, Dystar alteró el conjunto de sus melodías, para construir un nuevo y repentino ambiente: eran las mismas melodías, y el mismo ritmo, pero ahora hablaban de trágicas separaciones y de risas burlonas, de demonios y pájaros-tormenta. Dystar pulsó las cuerdas, manipuló las válvulas y tocó con mayor lentitud. La música adquirió la fragilidad de todo lo que nos parece agradable y

luminoso, mientras que el triunfo de la oscuridad se convirtió en un acorde desmayado que se fue perdiendo... Se produjo una pausa y después sonó una repentina coda con la que se pretendía dar a entender que las cosas podían invertirse con una gran facilidad.

Dystar descansó un momento. Tocó unas pocas cuerdas y después interpretó una complicada antífona, con los glisandos ondulándose sobre una plácida melodía. La expresión de su rostro era abstraída y sus manos se movían sin ningún esfuerzo. Etzwane pensó que aquella música era más el producto del cálculo que de la emoción. Los párpados de Finnerack se estaban cerrando; había bebido y comido demasiado. Etzwane llamó al camarero y pagó la cuenta; después, él y Finnerack abandonaron el Samarsanda de Plata y volvieron a la posada de River Island.

Etzwane se dirigió al jardín y se quedó allí, quieto, de pie, mirando hacia arriba, hacia Schiafarilla, detrás de la cual, según la leyenda, se encontraba la Tierra... Cuando regresó a su habitación, Finnerack ya se había acostado. Etzwane tomó una pluma y escribió un cuidadoso mensaje sobre una tarjeta, imprimiéndole el sigilo propio del Anomo. Después, llamó a un muchacho.

-Lleva este mensaje al Samarsanda de Plata; entrégalo personalmente en las manos de Dystar, el druitino, y a nadie más. No respondas a ninguna pregunta; limítate a entregar el mensaje y marcharte. ¿Has comprendido?

-Comprendo.

El muchacho cogió el mensaje y se marchó. Después, Etzwane se acostó... Al recordar la comida de los cuarenta y cinco platos, dudó de que nunca más volviera a comer con tal derroche.

6

Estimulado por las dudas y la inquietud, Etzwane decidió no pasar por los cantones occidentales más alejados y regresar de inmediato a Garwiy. Había permanecido ausente más tiempo del pretendido. En Garwiy, los acontecimientos se desarrollaban con mayor rapidez que en cualquier otra parte de Shant.

Etzwane y Finnerack partieron de Maschein en un barco fluvial. Una vez llegados a Brassei Junction, subieron a bordo del globo *Aramaad.* Los vientos Sualles habían desaparecido, y ahora, los vientos Schellflower les procuraron un excelente viaje. Navegaron hacia el norte, a una velocidad constante de poco más de noventa kilómetros por hora. A primeras horas de la tarde descendieron por el Valle del Silencio, pasaron sobre Jardeen Gap y cinco minutos más tarde descendían en la estación de Garwiy. La ciudad de Garwiy era mucho más encantadora durante el crepúsculo, con la baja luz de los tres soles reflejándose en los cristales de los capiteles, generando color en pródigas cantidades. Los reflejos saturados de color procedían de todas direcciones, de los altos y de los bajos, de y a través de los bloques de cristal, de las bombillas, llaves de bóveda y ornamentos tallados, de entre y alrededor de las balaustradas de los elevados balcones, de los arcos y contrafuertes, de las volutas de cristal y de las columnas prismáticas. Eran colores tan variados como púrpuras puros que encantaban a la mente; límpidos verdes, oscuros y ricos; verdes-agua, verdes-hoja, esmeraldas, azules fuertes y ligeros, azules marinos y todo el rango de los azules medios; reflejos de carmesíes; sombras interiores de luz que no pueden ser nombradas; sobre las superficies cercanas se percibía la lujuria del tiempo; las películas metálicas de color ocre... Etzwane compró un periódico en un quiosco. Los colores negro, ocre y marrón atrajeron inmediatamente su mirada, y leyó:

«Noticias impresionantes de Marestiy. La milicia y una banda de roguskhoi se han enzarzado en un combate. Los salvajes invasores, tras haber producido grandes daños en el cantón de Shkoriy, que ahora se encuentra completamente bajo su control, enviaron una partida de exploración hacia el norte. Al llegar a la frontera, un grupo de combate de Marestiy les negó decididamente el paso y se inició así una batalla. Aunque sus enemigos eran muy superiores en número, los locos brutos rojos avanzaron. Los hombres de Marestiy dispararon sus flechas, matando o al menos dejando fuera de combate a un cierto número de enemigos.Los demás, sin embargo, siguieron presionando sin dar ningún respiro. La milicia de Marestiy adoptó entonces una táctica flexible y retrocedió hacia el bosque, desde donde sus flechas y armas arrojadizas

incendiarias contuvieron el avance de los Roguskhoi. Pero los traicioneros salvajes devolvieron las armas arrojadizas incendiarias, con el propósito de prender fuego al bosque, lo que consiguieron, obligando a la milicia a retroceder y salir a campo abierto. Allí, fueron atacados por otra banda de salvajes, reunida para satisfacer exclusivamente sus deseos de sangre. La milicia sufrió muchas bajas, pero los supervivientes han decidido buscar una gran venganza cuando el Anomo les proporcione potencia. Todos están seguros de que las detestables criaturas serán derrotadas y expulsadas. »

Etzwane le mostró el informe a Finnerack, que lo leyó con un semidespectivo interés. Mientras tanto, la atención de Etzwane se dirigió hacia un recuadro, rodeado de azul pálido y púrpura, en el que se expresaba un juicio sagaz:

«Se presentan aquí las observaciones de Mialambre:Octagon, el respetado alto arbitro de Wale:

»Los años transcurridos durante e inmediatamente después de la Cuarta Guerra Palasedra, fueron decisivos; durante esa época se fraguó el espíritu del héroe Viana Paizafiume, que ha sido correctamente llamado el progenitor del moderno Shant. La Guerra de los Cien Años fue indudablemente una derivación de su política. Sin embargo, y a pesar de todo su horror, este siglo parece ahora una sombra en el agua. Paizafiume creó la terrible autoridad del Anomo y, como corolario lógico, impuso el empleo del collar codificado. Se trata de un sistema hermoso en su simplicidad: un rigor inequívoco se cierne sobre la responsabilidad, la economía, la efectividad que, en general, ha sido aplicado con indulgencia en Shant. Los Anomos han sido bastante competentes; han cumplido con todos sus compromisos: con los cantones, permitiendo que cada uno siguiera su estilo tradicional; con los patricios, no imponiéndoles controles arbitrarios; con la generalidad de la población, no planteando demandas exorbitantes. Las anteriores guerras y depredaciones cantonales ya casi han desaparecido de nuestra memoria y, en la actualidad, son inimaginables.

»Las mentes críticas pueden descubrir imperfecciones en el sistema. Sin embargo, cuando se sopesa todo, tenemos que admitir que hemos disfrutado de muchos siglos de placidez.

»Si el estudio de las interacciones humanas se llega a convertir alguna vez en una ciencia, sospecho que se descubrirá al respecto un axioma inviolable: *Toda disposición social crea una disparidad de ventajas.* Y más aún: *Toda innovación destinada a corregir la disparidad, independientemente de lo altruista que pueda ser el concepto, sólo actúa para crear una nueva y diferente serie de disparidades.*

»Hago esta observación porque el gran esfuerzo que ahora debe realizar Shant cambiará nuestras vidas, sin ningún género de dudas, de un modo que aún nos es inconcebible. »

Etzwane miró una vez más para comprobar quién había formulado todos aquellos pensamientos. Se trataba de Mialambre:Octagon, de Wale... En aquellos momentos, Finnerack le preguntó con cierto malhumor:

-¿Cuánto tiempo piensas estar leyendo en la calle?

Etzwane hizo entonces una seña a un vehículo que pasaba y dijo al conductor:

-Al palacio de Sershan.

-Nos están siguiendo -dijo Finnerack poco después.

-¿Estás seguro? -le preguntó Etzwane, sorprendido.

-Cuando te detuviste para comprar el periódico, un hombre que llevaba una capa azul se apartó a un lado. Mientras leías, nos dio la espalda. Pero en cuanto echamos a andar, nos siguió. Y ahora, nos sigue también otro vehículo.

-Muy interesante -se limitó a comentar Etzwane.

El vehículo giró a la izquierda, abandonando la avenida Kavalesko para penetrar en el paseo de Chama Reyans. El otro vehículo, que les seguía a escasa distancia, hizo lo propio.

-Muy interesante -volvió a comentar Etzwane.

Rodaron un rato por el paseo, después pasaron a Metempe, una avenida de mármol que comunicaba la zona central de Garwiy con las tres terrazas de Ushkadel. Los árboles de similax se elevaban hacia el cielo, arrojando una sombra plomiza sobre la pálida piedra. Continuaba siguiéndoles el otro vehículo.

Apareció un camino a su izquierda, bordeado también por árboles de similax, y Etzwane, dirigiéndose rápidamente al conductor, le ordenó:

-¡Gire aquí!

El vehículo giró rápidamente a la izquierda bajo unos árboles tan tupidos que sus ramas rozaban la parte superior.

-Pare -ordenó Etzwane; se bajó después con agilidad y ordenó-: Continúe, despacio.

El vehículo continuó y Etzwane echó a correr hacia el cruce. Silencio, excepto por el roce de las ramas. Después, escuchó aproximarse a otro vehículo. El sonido aumentó y el vehículo llegó al cruce y se detuvo. Un rostro de rasgos de halcón miró hacia el camino lateral... Etzwane se adelantó hacia él; el hombre le miró con estupefacción, después dio una orden rápida a su conductor y el vehículo continuó su camino por la avenida Metempe.

Etzwane se reunió con Finnerack, quien le observó con una mirada tortuosa en la que se expresaban toda una serie de emociones: disgusto, vindicación, diversión saturnina y, además, en una extraña combinación, curiosidad e indiferencia. Etzwane, que al principio se sentía inclinado a seguir su propio camino, decidió que, si deseaba poner en práctica sus planes, sería mejor informar lo más completamente posible a Finnerack.

-El discriminador jefe de Garwiy está dispuesto a intrigar. Eso es, al menos, lo que supongo. Si me asesinan, él debe ser el primer sospechoso.

Finnerack emitió un gruñido que no le comprometía a nada. Etzwane volvió a mirar hacia atrás, ya en la avenida de Metempe; nadie parecía seguirles ahora.

El vehículo se colocó en el carril central cuando se encendieron las lámparas verdes de la calle. Pasaron bajo el arco de entrada a Ushkadel y junto a los palacios de los estetas, y finalmente llegaron junto a la entrada del palacio de Sershan. Etzwane y Finnerack se bajaron y el vehículo se perdió poco después en la penumbra.

Etzwane cruzó el amplio vestíbulo, seguido a un paso casual por Finnerack. Etzwane se detuvo para escuchar; desde el interior le llegó un murmullo casi imperceptible, indicándole que la gente estaba ocupada en sus tareas rutinarias. ¿No era aquélla una situación bien extraña? El rostro de Etzwane formó una mueca; no sentía ninguna inclinación por la intriga, la coacción o los grandes proyectos. ¡Qué extraño que él, Gastel Etzwane, fuera el dueño de Shant! Sin embargo, era mejor él que Finnerack... o, al menos, algo se lo decía así desde lo más profundo de su mente.

Etzwane apartó de sí aquellos recelos. Llevó a Finnerack hasta la entrada y, en respuesta a su llamada, un sirviente les abrió la puerta.

Etzwane y Finnerack penetraron en la sala de recepción, rodeados por un mágico ambiente de paneles de vitran, donde unas ninfas retozaban en un paisaje arcádico. Aganthe se acercó lentamente a ellos. Parecía ojeroso, e incluso un poco desaseado, como si los acontecimientos hubiesen erosionado su moral. Les observó con un brillo de esperanza en sus ojos. Etzwane le preguntó:

-¿Han marchado bien las cosas?

-¡No muy bien! -contestó Aganthe, con un sonido metálico en su voz-. El antiguo palacio de Sershan nunca había sido tan mal utilizado. Los músicos tocan bailes y danzas en el Salón Perla; los niños se meten en las fuentes del jardín; los hombres han bajado sus vehículos a lo largo del Paseo Ancestral. Han colocado cordeles para tender la ropa entre los Árboles Nombrados. Arrojan las basuras por todas partes, sin remordimiento alguno. Lord Saja-rano... -Aganthe detuvo entonces el fluir de sus palabras.

-¿Y bien? -le urgió Etzwane-. ¿Qué ocurre con lord Sajarano?

-Le hablo con franqueza, puesto que eso es lo que usted pide. He especulado a menudo con la posibilidad de que lord Sajarano pudiera padecer alguna enfermedad nerviosa y he quedado asombrado por sus extrañas actividades; pero últimamente no le he visto y me temo que se haya producido alguna tragedia.

-Lléveme inmediatamente a donde se encuentre el músico Frolitz -pidió Etzwane.

-Ahora está en el Gran Salón.

Etzwane halló a Frolitz bebiendo un vino exquisito en una copa de plata de ceremonial y observando sombríamente a tres niños de su compañía que discutían sobre la posesión de un mapa geográfico iluminado de la zona occidental de Caraz. Al ver a Etzwane y a Finnerack, se pasó el dorso de la mano por la boca y se levantó.

-¿Dónde has estado tanto tiempo?

-He viajado mucho, recorriendo un amplio circuito por el sur -contestó Etzwane con la timidez propia de una larga costumbre-. Naturalmente, lo he hecho a toda prisa. Espero que hayas disfrutado de tu descanso.

-Esto no es disfrutar -espetó Frolitz-. La gente de la compañía es muy palurda.

-¿Qué me dices de Sajarano? -preguntó Etzwane-. ¿Te ha planteado alguna dificultad?

-Ninguna. En realidad, ha desaparecido. Nos hemos distraído hasta el aturdimiento.

Etzwane se dejó caer en una silla.

-¿Cómo y cuándo desapareció?

-Hace cinco días y de su torre. La salida de la escalera estaba cerrada. Su actitud no era más distraída de lo normal. Cuando se le llevó la cena se descubrió que la ventana estaba abierta. Había desaparecido como un *eirmelrath.* [6]

Los tres se dirigieron hacia las habitaciones privadas de Sajarano. Etzwane miró por la ventana. Debajo de ella se veía musgo.

-¡Ni una señal! -declaró Frolitz-. ¡Ni un pájaro se ha posado sobre esa capa de musgo!

La torre estaba conectada con los pisos de abajo por una única y estrecha escalera.

-Y aquí, en estas mismas escaleras, estaba sentado Mielke, discutiendo sus asuntos con una camarera. Estamos de acuerdo en que ellos no prestaron atención a la posibilidad de que Sajarano saltara sobre sus cuerpos en su camino hacia la libertad. Sin embargo, esa posibilidad me parece muy remota.

-¿Había alguna cuerda en la habitación? ¿Pudo haber atado las cortinas, o las sábanas de su cama?

-Incluso disponiendo de una cuerda, tendría que haber dejado alguna señal en el musgo. En cuanto a lo demás, estaba todo intacto -Frolitz extendió los brazos, cruzando y abriendo los dedos, y preguntó, casi para sí mismo-: ¿Cómo se marchó? He conocido muchos misterios extraños, pero ninguno tan extraño como éste.

Sin decir una sola palabra, Etzwane sacó su emisor de impulsos. Descodificó los

[6] Eirmelrath. Un espíritu malicioso del cantón de Green Stone.

colores del collar de Sajarano y apretó el botón de «búsqueda». Inmediatamente, el instrumento le devolvió el ligero silbido de contacto. Hizo oscilar el mecanismo, trazando un arco; el silbido aumentó y después se debilitó, hasta desaparecer.

-Aunque ha escapado -observó Etzwane-, no parece haber salido de Ushkadel.

Seguido por Finnerack y Frolitz, Etzwane emprendió la búsqueda. Atravesaron el jardín y subieron por unas escaleras de alabastro, el camino iluminado gracias a la pálida luz blanca de Schiafarilla. Cruzaron un pabellón de suave vidrio blanco, donde se celebraban los espectáculos secretos de Sershan, y después avanzaron por un camino bordeado por árboles de similax, cipreses gigantes y árboles de ébano, que sólo terminó cuando subieron las escaleras del Camino Alto. El emisor de impulsos no sonó entonces ni a derecha ni a izquierda, sino hacia arriba, indicando el oscuro bosque situado sobre el Camino Alto. Frolitz empezó a gruñir.

-Por entrenamiento y por inclinación, soy un músico y no una persona que ronda los bosques, ni que busca a quien desea estar solo o en compañía.

-Yo no soy músico -comentó Finnerack, mirando hacia el bosque-. Sin embargo, me parece que lo más sensato es seguir sólo si vamos provistos de luces y armas.

Frolitz reaccionó con agudeza frente a la implicación latente en la observación de Finnerack.

-¡Un músico no tiene miedo a nada! Pero a veces hace caso de la realidad. ¿Es eso miedo? Habla usted como un hombre que tiene la cabeza en las nubes.

-Finnerack no es músico -dijo Etzwane-. Eso está claro. Sin embargo, será mejor que busquemos luces y armas.

Media hora más tarde, regresaron al Camino Alto con linternas de cristal y antiguas espadas de hierro forjado. Además, Etzwane llevaba la pistola de energía que le entregara Ifness.

Sajarano de Sershan no había abandonado su posición anterior. Unos trescientos metros más arriba del Ushkadel encontraron su cuerpo, amortajado por una capa de vegetación blanca y gris.

Los tres hicieron oscilar sus linternas; los rayos de luz se balancearon nerviosamente por entre las sombras y los rincones. Los tres al mismo tiempo, se volvieron hacia la sombra que hallaron a sus pies. Sajarano, que ya no parecía ni grande, ni imponente, semejaba un niño gnómico, con sus delgadas piernas estiradas, su espalda algo arqueada como en un gesto de dolor, con su exquisita frente de poeta hundida en la vegetación. La chaqueta de terciopelo violeta estaba descompuesta; al darle la vuelta, vieron que el pecho estaba vacío y mostraba una profunda herida.

Etzwane ya había visto una herida similar, en el cuerpo del benevolente Garstang, al día siguiente de su muerte.

-Esto no es nada agradable de ver -observó Frolitz.

Finnerack gruñó, como dando a entender que había visto cosas peores, mucho peores.

-Quizá los ahulphs han estado por aquí -musitó Etzwane-. Pueden volver -hizo oscilar su linterna por entre las sombras y añadió-: Será mejor que le enterremos.

Con las hojas de las espadas y con las manos cavaron un hoyo en el blando suelo; después, Sajarano de Sershan, antiguo Anomo de Shant, quedó enterrado.

Los tres bajaron el Camino Alto y, ya casi al final, como siguiendo el mandato de un impulso común, se volvieron hacia atrás para echar un último vistazo. Después, continuaron bajando, camino ya del palacio de Sershan.

Pero llegados al palacio, Frolitz no quiso atravesar las grandes puertas de cristal.

-Gastel Etzwane -empezó a decir-, no quiero nada más del palacio de Sershan.

Hemos comido los mejores alimentos y bebido los más exquisitos licores; poseemos ahora los instrumentos más finos de todo Shant. Sin embargo, no debemos engañarnos a nosotros mismos. Nosotros somos músicos, no estetas, y ya es hora de que nos marchemos.

-Ya habéis hecho vuestro trabajo -admitió Etzwane-. Será mejor que volváis a vuestro antiguo modo de vida.

-¿Y qué será de ti? -preguntó Frolitz-. ¿Abandonas la compañía? ¿Dónde encontraré a alguien que te sustituya? ¿Debo tocar tu parte además de la mía?

-Yo estoy involucrado ahora en la cuestión de combatir contra los roguskhoi -dijo Etzwane-. Se trata de una situación mucho más urgente que mantener un buen equilibrio en la compañía.

-¿Es que no pueden encargarse otros de matar a los Roguskhoi? -gruñó Frolitz-. ¿Por qué los músicos de Shant deben estar en primera línea?

-Cuando los roguskhoi hayan desaparecido, me volveré a unir a la compañía y tocaremos para hacer bajar a los ahulphs de las colinas. Mientras tanto...

-No quiero escuchar eso -dijo Frolitz-. Mata Roguskhoi durante el día si quieres, pero por la noche, tu lugar está con nosotros, en la compañía.

Etzwane se echó a reír débilmente, medio convencido de que Frolitz había hecho su sugerencia muy en serio.

-Os marcháis a la posada de Fontenay, ¿verdad?

-En este mismo instante. ¿Qué te mantiene aquí?

Etzwane se quedó mirando el palacio, en el que la personalidad de Sajarano impregnaba cada una de las habitaciones.

-Vete a la posada de Fontenay -dijo finalmente Etzwane-. Finnerack y yo te seguiremos después.

-¡Eso es hablar como un hombre racional! -declaró Frolitz con un gesto de aprobación-. ¡Aún no es demasiado tarde para tocar algo!

A pesar de su anterior declaración, se dirigió al palacio para reunir a los miembros de su compañía. Cuando se hubo marchado, Finnerack habló con un tono seco:

-Un hombre que desaparece de una torre alta es encontrado después con un agujero en el pecho, como si un ahulph hubiera estado investigando el interior de su cuerpo. ¿Es así como transcurre la vida en Garwiy?

-Los acontecimientos están ahora por encima de toda comprensión -dijo Etzwane-, aunque ya antes había visto algo similar.

-Eso puede ser... Así es que ahora eres el Anomo, sin duda o cualificación.

Etzwane se quedó mirando fríamente a Finnerack.

-¿Por qué dices eso? Yo no soy el Anomo.

-Entonces -preguntó Finnerack lanzando una risita-, ¿por qué el Anomo no descubrió la muerte de Sajarano hace cinco días? Eso es una cuestión muy grave. ¿Por qué no te has comunicado todavía con el Anomo? Si existiera, no estarías pensando en otra cosa. Pero en lugar de eso, discutes con Frolitz y haces planes para tocar unas canciones. El que Gastel Etzwane sea Anomo ya es algo bastante extraño; pero que no lo sea, es algo que no puedo creer.

-Yo no soy el Anomo -replicó Etzwane-. Yo soy simplemente un hombre desesperado que lucha contra sus propias deficiencias. El Anomo está muerto; existe un vacío. Tengo que crear la ilusión de que todo se mantiene bien. Eso lo puedo hacer durante algún tiempo; los cantones se controlan a sí mismos. Pero el trabajo del Anomo se acumula: las peticiones dejan de ser contestadas; no se le quita la cabeza a nadie; los crímenes no son castigados; tarde o temprano, algún hombre inteligente como Aun Sharah se dará cuenta de la verdad. Mientras tanto, me veo obligado a movilizar lo

mejor que pueda a todo Shant contra los Roguskhoi.

-¿Y quién será entonces Anomo? -preguntó Finnerack con un gruñido de cinismo-. ¿El terrestre Ifness?

-Él ha regresado a la Tierra. Estoy pensando en dos hombres: en Dystar, el druitino, y en Mialambre:Octagon. Cualquiera de los dos puede tener suficientes cualidades.

-¿Y qué papel juego yo en tus esquemas?

-Tú tienes que guardarme las espaldas. No quiero morir como Sajarano.

-¿Quién le mató?

-No lo sé -contestó Etzwane, mirando hacia la oscuridad-. En Shant ocurren cosas muy extrañas.

-Yo tampoco quiero morir -observó Finnerack, mostrando sus dientes con una mueca-. Me estás pidiendo que comparta tus riesgos, que, evidentemente, son grandes.

-Cierto. ¿Pero acaso no tenemos ambos buenos motivos? Los dos queremos paz y justicia para Shant.

Finnerack volvió a lanzar un gruñido. Etzwane ya no tenía nada más que decir. Entraron en el palacio y llamaron a Aganthe, que acudió.

-El maestro Frolitz y su compañía abandonan el palacio -le dijo Etzwane-. Ya no volverán y tú podrás arreglar todo lo que esté mal.

-¡Eso sí que son buenas noticias! -exclamó Aganthe con una expresión de animación en el rostro-. ¿Pero qué ocurre con lord Sajarano? Él debe seguir en palacio y creo que eso será materia de preocupación.

-Lord Sajarano ha emprendido uno de sus viajes -dijo Etzwane-. Cierra el palacio a cal y canto. Asegúrate de que nadie pueda penetrar en él. Dentro de un día o dos te daré más instrucciones.

-Estoy a tus órdenes.

Cuando salieron del palacio, Frolitz y los miembros de su compañía ya se marchaban en medio de los gritos y un gran estruendo de ruedas.

Lentamente, Etzwane y Finnerack descendieron las Escaleras Koronskhe. La Shiafarilla se había ocultado tras el Ushkadel. Allá arriba, había salido Gorcula, el Pez-Dragón, con los dos ojos naranja Alasen y Diandas, que miraban hacia Durdane. Finnerack empezó a mirar hacia atrás por encima del hombro. Etzwane se sintió contagiado de sus recelos.

-¿Ves a alguien?

-No.

Etzwane apresuró el paso; llegaron a los pálidos espacios de la plaza Marmione. Allí se detuvieron, amparándose en las sombras situadas al lado de la fuente. Nadie apareció tras ellos. Sintiéndose algo más seguros, continuaron bajando por la avenida de las Galias y llegaron a la posada de Fontenay, junto a la ribera del río Jardeen.

Ya en la posada común, Etzwane y Finnerack bajaron a tomar una sopa de almejas cocidas, pan y cerveza. Al observar la tan recordada habitación, Etzwane se vio asaltado por los recuerdos. Habló de sus aventuras tras la huida de Angwin Junction. Describió el ataque de los roguskhoi contra Bashon y los acontecimientos que siguieron después; habló de su asociación con Ifness, el frío y competente miembro del Instituto Histórico. En aquella misma habitación, Etzwane se había encontrado con la encantadora Jurjin, que ahora estaba muerta, como Sajarano y Garstang.

-Todos estos acontecimientos están llenos de misterio. Me siento fascinado y desconcertado. También temo llegar a saber algo terrible.

-Yo sólo siento una pequeña parte de tu fascinación -comentó Finnerack-. Sin embargo, comparto todos los riesgos de la empresa.

Etzwane sintió una oleada de frustración.

-Ahora, ya conoces las circunstancias; ¿cuál es tu decisión?

Finnerack bebió su cerveza y dejó la jarra sobre la mesa con un golpe; el gesto más enfático que Etzwane le viera hacer jamás.

-Me uniré a ti y por esta razón: tanto mejor para perseguir mis propios propósitos.

-Antes de que sigamos adelante, quisiera saber cuáles son tus propósitos.

-Ya debes saberlos. En Garwiy, así como en otras muchas partes de Shant, hay hombres ricos que viven en palacios. Pero ellos logran su riqueza robándome a mí y a otros como yo. Nos quitan hasta la vida. Deben restituir lo que han robado. Eso les va a costar mucho, pero tendrán que pagar antes de que muera yo.

-Tus objetivos son comprensibles -dijo Etzwane con una voz sin acento- Pero, por el momento, deben ser arrinconados, puesto que interfieren con cuestiones mucho más importantes.

-Los roguskhoi son los enemigos inminentes -dijo Finnerack-. Los arrojaremos de nuevo hacia Palasedra y después aplicaremos una justicia similar entre los magnates.

-No prometo nada tan amplio como lo que propones -le dijo Etzwane-. Restitución justa, sí; final de los abusos, sí; pero venganza, no.

-El pasado no puede ser borrado -dijo Finnerack inexpresivamente.

Etzwane prefirió dejar la cuestión tal como estaba. Para bien o para mal, debía unirse a Finnerack, al menos por el momento. ¿Y el futuro... ? Si era necesario, sería implacable. Se metió la mano en el bolsillo.

-Te entrego ahora el instrumento que cogí al benevolente Garstang. Así es cómo se procede para descodificar el collar -Etzwane se lo demostró-. ¡Pon atención! Ésta es la operación crítica. Primero, tienes que apretar el botón gris para desarmar la célula de autodestrucción. El rojo es de búsqueda y el amarillo es para matar.

-¿Y yo tengo que conservar esto? -preguntó Finnerack, mirando la caja.

-Sí.

-¿Y qué ocurre si lo que ansío es el poder? -preguntó Finnerack volviendo el rostro hacia Etzwane, con una mueca-. Sólo necesito codificar tu color y apretar el botón amarillo. Entonces, Jerd Finnerack se habría convertido en el Anomo.

-Confío en tu lealtad -respondió Etzwane, encogiéndose de hombros.

No vio ninguna ventaja en explicarle que su collar, en lugar de dexax, llevaba un vibrador de advertencia. Finnerack se quedó mirando el emisor de impulsos.

-Al aceptar esto, yo mismo me ato a tus esquemas.

-Así es, en efecto.

-Por el momento -dijo Finnerack-, nuestras vidas siguen la misma dirección.

Etzwane se dio cuenta de que no podía esperar nada mejor.

-El hombre en quien menos confío -dijo- es el discriminador jefe. Únicamente él conocía el interés que sentía por el Campo Tres.

-¿Y qué me dices de los oficiales que trabajan en la empresa de globos? Ellos también lo sabrían.

-No es probable -observó Etzwane-. Los discriminadores deben hacer a menudo esa clase de preguntas, durante el transcurso de su trabajo rutinario. ¿Por qué la empresa de globos va a distinguir a Jerd Finnerack de cualquier otro? Únicamente Aun Sharah podía relacionarme contigo. Mañana reduciré sus atribuciones... Por fin, aquí llega Frolitz.

Frolitz les vio inmediatamente y se acercó a su mesa.

-Ya veo que, en efecto, has cambiado de idea. Después de todo, mis palabras fueron correctas.

-No quiero saber nada más del palacio de Sershan -dijo Etzwane-. En ese aspecto,

pensamos lo mismo.

-¡Muy bien! Y aquí llega la compañía, desordenadamente, como cargadores de los muelles. Etzwane, a tu puesto.

Automáticamente, Etzwane se levantó al escuchar la orden familiar, pero después volvió a dejarse caer en la silla.

-Mis manos están agarrotadas como palos. No puedo tocar.

-Vamos, vamos -fanfarroneó Frolitz-. Yo sé mejor que tú lo que ocurre. Date masaje en los dedos con el guizol. Cune utilizará el tringoleto; yo tocaré el khitan.

-La verdad es que no tengo sensibilidad para la música -perseveró Etzwane-. Al menos, por esta noche.

Frolitz se volvió, disgustado.

-¡Escuchad entonces! Durante este último mes he alterado algunos pasajes. Prestad atención.

Etzwane se arrellanó en su asiento. Desde el estrado, le llegó el rumor de los instrumentos al ser colocados; después, escuchó las instrucciones de Frolitz y una o dos respuestas apenas musitadas. Frolitz hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, elevó el codo y una vez más se produjo el milagro con el que estaba tan familiarizado: del caos surgió la música.

7

Etzwane y Finnerack desayunaron en un café situado al lado de la plaza de la Corporación. Finnerack había aceptado dinero de Etzwane, e inmediatamente se compró ropas nuevas: unas botas negras y una elegante capa negra con un cuello redondo, a la antigua usanza. Etzwane se preguntó si el vigoroso nuevo aspecto de Finnerack significaba un cambio de actitud, o si aquello sólo confirmaba un estado de ánimo previo...

Etzwane volvió a dirigir su mente hacia los problemas inmediatos.

-Hoy tenemos mucho que hacer. Primero visitaremos a Aun Sharah, desde cuyo despacho se puede ver la plaza. Supongo que estará muy pensativo. Habrá estado trazando muchos planes y rechazándolos todos; eso es, al menos, lo que yo espero. Ya conocerá nuestra presencia en Garwiy; probablemente, a estas alturas sabrá que estamos aquí, desayunando. Puede que incluso venga directamente a vernos.

Echaron un vistazo por la plaza, pero no vieron signo alguno de Aun Sharah. Etzwane dijo:

-Coloca su código en el emisor -le comunicó los colores del collar de Aun Sharah-. Aprieta el botón gris; eso es lo primero; no lo olvides nunca... Bien, ahora ya estamos armados.

Cruzaron la plaza, entraron en el jurisdiccionario y subieron las escaleras hacia el despacho del discriminador jefe.

Al igual que en otra ocasión, Aun Sharah salió a recibir a Etzwane. Esta vez llevaba un delgado traje de color azul marino oscuro, con zapatos del mismo color; un zafiro en forma de estrella le colgaba de la oreja izquierda, al extremo de una corta cadena de plata. Habló con una cordialidad natural:

-Te estaba esperando. Supongo que quien te acompaña es Jerd Finnerack.

Entraron en el despacho de Aun Sharah y Etzwane preguntó:

-¿Cuánto tiempo has estado fuera?

-Cinco días.

Aun Sharah informó sobre todos los acontecimientos de su viaje; había encontrado de todo, desde una sombría apatía hasta el más comprometido esfuerzo.

-Mi experiencia fue aproximadamente la misma -dijo Etzwane-. Todo está, más o menos, tal y como esperábamos. Sin embargo, ha ocurrido algo que me intriga. Cuando me encontraba de camino hacia el Campo Tres, el superintendente, un tal Shirge Hillen,

se anticipó a mi llegada y desarrolló una considerable hostilidad contra mí. ¿Cómo se puede explicar su comportamiento?

Aun Sharah miró reflexivamente hacia la plaza.

-Las preguntas que hice en las oficinas de la empresa de globos produjeron probablemente una gran alarma, que llegó hasta el Campo Tres. Suelen ser muy cautos en lo que se relaciona con su trabajo de policía.

-No parece haber otra explicación -dijo Etzwane, mirando a Finnerack, que mantuvo un pétreo silencio; reclinándose en su sillón, Etzwane dijo-: El Anomo piensa que debe emprender ahora una serie de cambios drásticos. Puede gobernar perfectamente sobre un Shant en estado de paz, pero las energías de un Shant en guerra exceden a su control; por ello, debe delegar una parte de su autoridad y piensa que un hombre de tu competencia está derrochando su energía en un puesto tan limitado como éste.

-Soy un hombre limitado a una posición limitada -dijo Aun Sharah con una expresión sonriente-. Éste es mi nicho. No poseo ninguna otra ambición.

-Nunca te subestimes a ti mismo -dijo Etzwane, sacudiendo la cabeza-. Puedes estar seguro, al menos, de que el Anomo no te subestima.

-¿Cuáles son exactamente tus planes? -preguntó Aun Sharah con bastante sequedad.

-Quiero que administres los recursos materiales de Shant -contestó Etzwane, tras reflexionar un momento-. Los metales, las fibras, el vidrio, la madera. Todo eso es, evidentemente, algo muy complicado. Y quisiera que tomaras algún tiempo, tres o cuatro días, o incluso una semana, para aprender algo sobre tu nuevo trabajo.

-¿Quieres que abandone este trabajo? -preguntó Aun Sharah, elevando las cejas con una expresión de asombro.

-Así es, exactamente. A partir de ahora, ya no serás discriminador jefe, sino alto supervisor de Shant para Materiales y Suministros. Vete a casa, piensa en tu nuevo trabajo, estudia los cantones de Shant y sus productos, entérate de cuáles son los materiales que escasean y cuáles no. Mientras tanto, yo mismo ocuparé tu puesto; no dispongo, por el momento, de nadie capaz para sustituirte.

-¿Quieres que me vaya... ahora mismo? -preguntó Aun Sharah, sin acabar de creérselo.

-Sí, ¿por qué no?

Aun Sharah se encogió de hombros, sonrió y se dirigió hacia la puerta, donde se detuvo un momento.

-Los cambios que estás introduciendo, ¿han sido concebidos por el Anomo o por ti?

-Proceden del nuevo Anomo. Sajarano de Sershan está muerto.

-Difícilmente hubiera esperado verle sobrevivir -dijo Aun Sharah, riendo débilmente.

-Ha muerto en circunstancias misteriosas, tanto para mí, como para el nuevo Anomo -dijo Etzwane sin alterarse-. El Shant de hoy en día es un lugar extraño.

El rostro de Aun Sharah adquirió una expresión pensativa. Abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar y, con una repentina sacudida, se volvió y abandonó el despacho.

Inmediatamente, Etzwane y Finnerack se pusieron a explorar las estanterías y cajones. Examinaron las listas que encontraron y quedaron extrañados ante las señales crípticas que Aun Sharah había colocado junto a numerosos nombres. Encontraron mapas a gran escala de cada cantón de Shant, así como de las ciudades de Garwiy, Maschein, Brassei, Ilwiy, Carbado, Whearn, Ferghez y Oswiy. Una serie de índices

contenían los nombres de los personajes más importantes de cada cantón, con referencias a un fichero principal y a otros símbolos del propio Aun Sharah; también hallaron detallados estudios de los estetas de Garwiy, junto con una serie de referencias crípticas.

-No es gran cosa -comentó Etzwane-. Las notas de Aun Sharah quedarán anticuadas dentro de un año. Se refieren al antiguo Shant; no tenemos ningún interés en conocer secretos y escándalos. En cualquier caso, quiero reorganizar la fuerza de los discriminadores.

-¿Cómo?

-Ahora son una fuerza de policía civil y cantonal; también acumulan información sobre todo Shant. Quiero separarles de esta última función y establecer por todo Shant una nueva agencia que se encargue de proporcionar al Anomo una detallada información sobre todo el territorio.

-Es una idea muy interesante. Me gustaría poder controlar una agencia de ese tipo.

Etzwane sonrió para sí mismo, manteniendo una expresión inescrutable. A veces, las actitudes de Finnerack resultaban maravillosamente transparentes.

-Nuestro primer problema consiste en descubrir la identidad del hombre que nos siguió ayer por la noche. Me gustaría que, por lo menos, organizaras ese trabajo. Ponte en contacto con los discriminadores; convoca una reunión del personal. Deja bien claro que Aun Sharah ya no es el discriminador jefe. Que, a partir de ahora, todas las órdenes procederán de mí. En cuanto sea posible, quiero ver a todos los miembros del personal, a todos los seguidores, oficiales y no oficiales. Si veo al hombre, le reconoceré.

-Todo eso está muy bien -dijo Finnerack, indeciso-. ¿Pero cómo debo proceder?

Etzwane consideró la cuestión por un momento. Al lado de la mesa de Aun Sharah había una serie de botones. Etzwane apretó el más alto. Inmediatamente, apareció en el despacho un empleado, un hombre pesado y ansioso, de aproximadamente la misma edad que Etzwane.

-El antiguo discriminador jefe ya no tiene autoridad -le comunicó Etzwane-. Por orden del Anomo. A partir de ahora, recibirás órdenes de mí y de Jerd Finnerack, aquí a mi lado. ¿Comprendes?

-Entiendo.

-¿Cómo te llamas?

-Soy Thiruble Archenway y ostento el puesto de empleado teniente.

-Este botón de arriba es para llamarte a ti. ¿Para qué son estos otros botones?

Archenway explicó el funcionamiento de cada botón, mientras Etzwane tomaba unas notas.

-Hay varias tareas que deseo realizar inmediatamente -dijo después Etzwane-. En primer lugar, que presentes a Jerd Finnerack al personal de la oficina. Él se encargará de ordenar ciertos arreglos. Después, quiero que convoques lo antes posible a tres hombres para que se presenten aquí, a mí, por autoridad del Anomo. El primero: Ferulfio, el maestro electricista; segundo: el técnico Donéis; y tercero: Mialambre:Octagon, arbitro de Wale.

-Entendido; tan rápidamente como sea posible -Thiruble Archenway hizo una inclinación de cabeza a Finnerack-. Señor, te ruego que me sigas...

-Un momento -dijo Etzwane.

-¿Sí? -preguntó Archenway, volviéndose hacia él.

-¿Cuál es tu trabajo normal?

-Recados muy parecidos a los que me has encomendado. Normalmente, me

encargo de mantener al día el calendario de citas del discriminador jefe, pasarle la correspondencia y enviar mensajes.

-Te recuerdo que Aun Sharah ya no está asociado al cuerpo de discriminadores. Quiero que no se produzca absolutamente ninguna filtración de información, que ningún chismorreo, insinuación o implicación parta de esta oficina, ya sea a través de ti o de cualquier otra persona. Quizá lo mejor sea que hagas circular entre el personal un boletín con estas instrucciones.

-Así lo haré.

Ferulfio, el maestro electricista, era un hombre delgado y pálido, con unos ojos plateados, de mirada rápida.

-Ferulfio -le dijo Etzwane-, tienes fama de ser un hombre tan silencioso como hermético y con el doble de discreción.

-Así es, señor.

-Bien, tú y yo iremos ahora al palacio de Sershan. Te voy a introducir en una habitación en la que se encuentra el antiguo sistema de radio del Anomo anterior. Te encargarás de trasladar todo el equipo a este despacho y de instalarlo en aquella pared.

-Como digas.

Etzwane, a quien no le gustaba el despacho de Aun Sharah, ordenó cambiar su distribución. Trajo dos sofás de cuero verde, dos sillas de madera de color púrpura, forradas con cuero de color ciruela, y una larga mesa sobre la que una diligente y bonita empleada colocó un jarrón con irutianas y amarylas.

Archenway entró en el despacho y miró asombrado a un lado y a otro.

-Muy agradable. Ha sido un cambio bonito. También necesita una alfombra nueva. Déjame pensar... -Anduvo hacia atrás y hacia adelante-. ¿Te parece bien algo floral? ¿Quizá con la Cuarta Leyenda, en colores violeta y coral? Algo demasiado definitivo, demasiado limitador. Después de todo, supongo que deseas establecer tus propios métodos de trabajo. Quizá sea mejor algo de los Círculos Concéntricos de Aubrey, que suelen ser tan deliciosos. Los expertos dicen que no guardan las debidas proporciones, pero yo creo que esa distorsión es muy divertida... Quizá, después de todo, lo mejor sea algo de Burazhesq, en un gris oscuro o en un trácido oscuro. [7]

-Está bien -dijo Etzwane-. Pide esa última. Todos nosotros debemos trabajar en un ambiente agradable.

-¡Ésa es precisamente mi filosofía! -declaró Archenway-. Siento decir que mi propio despacho deja algo que desear. Podría trabajar más eficazmente situado en un lugar frontal y algo más elevado, grande y luminoso que el actual cubículo que ocupo.

-¿Queda libre algún despacho de ese tipo?

-Por el momento no -admitió Archenway-. Pero puedo recomendar una serie de cambios. De hecho, si me lo permites, prepararé un esquema de grandes cambios.

-Ya habrá tiempo para eso -dijo Etzwane-. No lo podemos hacer todo al mismo tiempo.

-Confío en que recordarás la cuestión -dijo Archenway-. Ahora, estoy medio sofocado por la penumbra y la estrechez. La puerta me da en la pierna cada vez que alguien la abre y los colores, a pesar de todos mis esfuerzos, me resultan estúpidos y depresivos... A propósito, el técnico Donéis espera ser recibido.

Etzwane le lanzó una mirada de asombro.

-¿Dejas a Donéis esperando mientras parloteas sobre alfombras y tus gustos personales en la oficina? Tendrás suerte si termina esta noche y aún puedes disponer de algún despacho.

[7] Trácido. Un intenso color carmín.

El consternado Archenway salió rápidamente de la habitación para volver acompañado del alto y delgado Donéis. Etzwane indicó al técnico que tomara asiento en uno de los sofás, y él se sentó enfrente.

-No me has presentado ningún informe -empezó a decir Etzwane-. Estoy ansioso por saber lo que se ha conseguido.

Donéis se resistió a relajarse; permaneció sentado, muy recto, sobre el sofá.

-No he presentado ningún informe porque no hemos conseguido ningún resultado del que merezca la pena informar. No necesitas recordarme la urgencia de la situación. Lo comprendo por completo y hacemos todo lo que podemos.

-Entonces, ¿no tienes nada que decirme? -pidió Etzwane-. ¿Qué problemas tienes? ¿Necesitas dinero? ¿Personal adicional? ¿Existen acaso problemas de tipo moral? ¿Te falta autoridad?

Donéis elevó sus poco pobladas cejas.

-No necesitamos ni más dinero, ni personal adicional, a menos que puedas proporcionarnos a cinco docenas de personas intensamente preparadas y de extraordinaria inteligencia. Al principio, en efecto, surgieron problemas de disciplina, pero ahora ya nos hemos acostumbrado a trabajar en equipo. De algún modo, las cosas van mejor ahora. Estamos siguiendo lo que parece ser una prometedora línea de investigación. ¿Te interesa conocer los detalles?

-¡Claro que sí!

-Hay una clase de materiales, conocidos desde hace tiempo -informó Donéis-, que surgen de la retorta en forma de un material blanco, extremadamente denso, de una textura cerosa y algo fibrosa. A estos materiales les llamamos halcoides. Muestran una propensión realmente curiosa. Cuando una oleada eléctrica pasa a través de estos materiales, se transforman, convirtiéndose en un sólido cristalino y translúcido, y experimentan un notable aumento de tamaño. En el caso del halcoide cuatro, este incremento es casi de un sexto. Se puede pensar que no es mucho, pero el cambio se produce instantáneamente y con una fuerza irresistible. De hecho, si el halcoide cuatro no se altera bajo presión, acelera el aumento de su superficie hasta el punto de que, en el fondo, se convierte en una explosión. Uno de nuestros equipos ha producido recientemente el halcoide cuatro con sus fibras situadas en sentido paralelo, y a este material le hemos llamado halcoide cuatro-uno. Tras recibir un impulso eléctrico, el cuatro-uno se expande únicamente en sentido longitudinal, con sus superficies terminales moviéndose a una notable velocidad que, en su punto central, hemos calculado que es de una cuarta parte la de la luz. Se ha propuesto la construcción de proyectiles formados de halcoide cuatro-uno. Ahora estamos llevando a cabo las pruebas pero aún no puedo anunciarte cuáles serán los resultados, ni siquiera los previstos.

-¿Qué otras líneas de investigación estáis siguiendo? -preguntó Etzwane, impresionado por la exposición.

-Hemos fabricado flechas con puntas de dexax que explotan por contacto; pero esta arma es complicada y de funcionamiento dudoso. Nos esforzamos en perfeccionarla, ya que demostraría ser muy efectiva a distancias de tipo medio. Y pocas noticias más puedo darte; esencialmente, nos hemos concentrado en nuestro trabajo. Los antiguos podían proyectar rayos de luz lo bastante fuertes como para quemar la visión, pero estas técnicas se han perdido; nuestras vainas de energía sólo proporcionan pequeñas corrientes, mientras duran.

Etzwane sacó entonces la pistola de energía que había obtenido de Ifness.

-Tengo aquí un arma de la Tierra. ¿Podéis aprender algo útil de ella?

Donéis examinó el arma atentamente durante un rato.

-La fabricación está fuera del alcance de nuestras posibilidades. Dudo que podamos aprender otra cosa que no sea el hecho de nuestra propia deterioración. Desde luego, no disponemos de metales raros y diversos, aunque hacemos cosas bastante buenas con nuestros vidrios y cristales -con algo de mala gana, devolvió el arma a Etzwane-. En cuanto a la otra cuestión, la comunicación militar, en eso no hay ninguna falta de posibilidades; poseemos bastante experiencia en la pulsación controlada de corrientes eléctricas; manufacturamos collares eléctricos codificados por miles. Pero los problemas siguen siendo críticos. Para fabricar equipo militar tenemos que disponer de las facilidades adecuadas y entrenar a los trabajadores que en la actualidad no hacen más que fabricar collares. Si nos limitamos a apartar a las fábricas de collares del trabajo que mejor están haciendo nos arriesgamos a sufrir trágicas consecuencias.

-¿Disponemos de suficientes collares almacenados?

-Nunca. Eso es imposible. Utilizamos los códigos de los fallecidos recientemente para emplearlos en los nuevos collares, con objeto de disminuir la complejidad de la codificación. De no hacerlo así, los elementos de los códigos se pueden extender a nueve, diez e incluso once colores, lo que representaría una gran y evidente molestia.

Etzwane reflexionó un momento sobre el problema.

-¿No existe ninguna otra industria menos urgente de la que podamos extraer trabajadores?

-Ninguna otra.

-Entonces, nos queda un único recurso -dijo Etzwane-. Los collares no sirven para nada a las personas muertas. Dedicaos a producir radios. Los jóvenes tendrán que esperar a recibir sus collares hasta que los roguskhoi hayan sido destruidos.

-Es lo que yo opino -admitió Donéis.

-Una cosa más -dijo Etzwane-. Aun Sharah se ha convertido en alto supervisor para Materiales y Suministros para Shant. A partir de ahora, cualesquiera que sean tus necesidades, debes consultarle a él.

Una vez se hubo marchado Donéis, Etzwane se reclinó en el sofá, intentando reflexionar. «Supongamos que la guerra dura diez años; supongamos que, durante diez años, no se colocan los collares a los muchachos. » En tal caso, tendrían casi su misma edad cuando adquirieran responsabilidades de adultos. ¿Estarían dispuestos entonces a renunciar voluntariamente a su libertad incólume? ¿O quedaría suelta por la complicada estructura de Shant toda una generación de gamberros? Etzwane apretó el botón para llamar a Thiruble Archenway... Lo volvió a apretar. Entonces, apareció en el despacho la joven que le había preparado el jarrón con flores.

-¿Dónde está Archenway?

-Ha salido para tomar el vino de la tarde. Volverá inmediatamente. A propósito -añadió con un tono solemne de voz-, un caballero distinguido está sentado en el vestíbulo y puede que haya venido para hablar con el discriminador jefe. Archenway no me había dejado instrucciones al respecto.

-Ten la amabilidad de hacerle pasar. ¿Cómo te llamas?

-Soy Dashan, de la casa de los Szandales, empleada en el despacho de Archenway.

-¿Durante cuánto tiempo has trabajado en ese puesto?

-Sólo desde hace tres meses.

-A partir de ahora, cuando apriete el botón acudirás tú. Archenway no está lo bastante alerta.

-Haré todo lo que pueda para ayudarte en lo que necesites.

Cuando estaba a punto de abandonar el despacho, se volvió y lanzó una rápida mirada por encima del hombro, mirada de la que se podía suponer mucho o poco según el estado de ánimo de la persona que la observara.

Poco después, Dashan de Szandales llamó a la puerta y se asomó solemnemente, diciendo:

-El caballero Mialambre:Octagon, alto arbitro de Wale.

Etzwane se puso en pie. Mialambre entró en el despacho. Era un hombre fornido y bajo de estatura, y llevaba puesta una austera túnica de color gris y blanco. Sobre su cabeza se veía una enhiesta mata de pelo blanco, muy corto; su mirada era intensa y, de algún modo, amenazadora; no parecía un hombre con quien se pudiera congeniar con facilidad.

Dashan de Szandales esperó atentamente junto a la puerta. Etzwane dijo:

-Tráenos unos refrescos, por favor -después, dirigiéndose a Mialambre:Octagon, dijo-: Siéntate, por favor. No te esperaba tan pronto. Siento haberte hecho esperar.

-¿Eres el discriminador jefe? -la voz de Mialambre era de un tono bajo y duro; su mirada escudriñó cada uno de los aspectos de la persona de Etzwane.

-Por el momento no hay discriminador jefe. Yo soy Gastel Etzwane, ayudante ejecutivo del Anomo. Cuando hablas conmigo, lo estás haciendo, de hecho, con el propio Anomo.

La mirada de Mialambre se hizo mucho más intensa. Quizá como consecuencia de alguna costumbre jurídica, no hizo ningún esfuerzo por facilitar la conversación, sino que se limitó a esperar en silencio las observaciones de Etzwane.

-Ayer, el Anomo leyó tus observaciones en el *Spectrum* -dijo Etzwane-. Quedó impresionado por el alcance y la claridad de tus puntos de vista.

Se abrió entonces la puerta. Dashan entró empujando una pequeña mesa con ruedas sobre la que había una tetera, pastelillos, frutas marinas y una flor de color verde pálido en un vaso azul. Dirigiéndose a Etzwane y hablando cerca de él en voz baja, dijo:

-Archenway está pálido de rabia.

-Más tarde hablaré con él. Sirve a nuestro distinguido visitante lo que le apetezca.

Dashan sirvió el té y abandonó el despacho.

-Seré franco contigo -dijo Etzwane-. Un nuevo Anomo ha asumido el control de Shant.

Mialambre hizo un ceñudo gesto de asentimiento, como si aquella noticia no hiciera más que confirmar algunas especulaciones que él ya hubiera hecho previamente.

-¿Cómo se produjo el acontecimiento?

-Para volver a ser franco, se tuvo que utilizar la coacción. Un grupo de personas se sentía muy alarmado por la pasiva política del antiguo Anomo. Se llevó a cabo un cambio. Ahora, tenemos la intención de defender el país.

-¡ que habéis llegado justo a tiempo. ¿Qué deseas de mí?

-Asistencia, consejo y cooperación.

Mialambre:Octagon apretó los labios.

-Quisiera conocer tus doctrinas antes de comprometerme a prestarte esa cooperación.

-No tenemos ningún punto de vista particular -dijo Etzwane-. La guerra tendrá que producir cambios y queremos que se produzcan en la dirección correcta. Puede que las condiciones existentes actualmente en Shker, Burazhesq, Dithibel y Cape, cambien para mejorar.

-En tal caso, estáis pisando sobre un terreno incierto -declaró Mialambre-. La base tradicional de Shant es la falta de asociación común. Forzar la implantación de una doctrina central puede cambiar esa situación, y no necesariamente para mejorar.

-Lo comprendo -dijo Etzwane-. Seguramente, surgirán problemas; por eso necesitamos hombres capaces para solucionarlos.

-Hummm. ¿Cuántos hombres de esos has conseguido reclutar?

Etzwane sorbió su té.

-Aún no superan los problemas planteados. -Puedo aceptar condicionalmente -dijo Mialambre con un brusco asentimiento de cabeza-. La tarea es desafiante.

-Me alegro de oírtelo decir -dijo Etzwane-. Mi cuartel general temporal se encuentra en la posada de Fontenay. Me gustaría que te unieras conmigo allí y así podríamos conferenciar más tiempo.

-¿La posada de Fontenay? -preguntó Mialambre con un tono de voz más extrañado que desaprobador-. ¿No se trata de una taberna que está junto a la orilla del río?

-Así es.

-Como quieras -admitió Mialambre, frunciendo el ceño-. Ahora, tengo que plantearme una cuestión práctica. Mi familia, compuesta por siete personas, y que vive en Wale, subsiste únicamente con los ingresos de un jurista, que no son muy elevados. Para ir directamente al asunto: necesito dinero para pagar mis deudas y evitar que las autoridades me coloquen en una situación de pérdida de libertad hasta que las pague.

-Tu salario será adecuado -dijo Etzwane-. Eso también lo podremos discutir esta misma noche.

Etzwane encontró a Finnerack sentado ante una mesa, en la cámara central de documentación, escuchando a dos discriminadores de alto rango. Cada uno de ellos le llamaba la atención sobre algo; cada uno señalaba un grupo separado de documentos. Finnerack les escuchaba con una hosca paciencia y, al ver a Etzwane, les despidió con un gesto brusco de la mano; los dos hombres se marcharon con toda la dignidad que pudieron.

-Aun Sharah -dijo Finnerack- parece haber sido demasiado flexible *y poco* exigente. Esos hombres eran el segundo y el tercero al mando. Les utilizaré en el departamento de Discriminación Urbana.

Etzwane elevó las cejas, sorprendido. Al parecer, Finnerack había emprendido por su cuenta la tarea de reorganizar el departamento, una actividad que parecía exceder las instrucciones que le había dado. Finnerack pasó entonces a detallar algunas de sus conclusiones. Etzwane escuchó con mayor interés el buen juicio del análisis de Finnerack que las propias cuestiones planteadas. Los métodos de Finnerack eran directos, hasta el punto de ser ingenuos y, como tales, deberían causar pavor entre la sutil población de Garwiy, que sólo podía interpretar la simplicidad como majestad y el silencio como fuerza. Etzwane lo encontró divertido. Los discriminadores eran una institución típica de Garwiy: complicada, sutil, arbitraria; una situación que Finnerack parecía considerar como una cuestión personal. Etzwane, un músico, casi envidiaba el poder brutal con que actuaba Finnerack, quien terminó en aquellos momentos su exposición.

-Lo primero que querías era mirar las fichas de personal, ¿no es eso?

-Sí -contestó Etzwane-. Si reconozco a alguien, la actitud de Aun Sharah será sospechosa.

-Será algo mucho peor que eso -dijo Finnerack, que cogiendo uno de los ficheros, dijo-: Si quieres, podemos empezar ahora mismo.

Ninguno de los discriminadores presentes se parecía al hombre de rostro de halcón que Etzwane viera a través de la ventanilla del vehículo.

Los soles se habían puesto tras el horizonte. Etzwane y Finnerack atravesaron la plaza de la Corporación, dirigiéndose hacia un café, donde bebieron té verbena y

observaron a la gente de Garwiy que pasaba por la calle. Viendo a estos dos hombres jóvenes -el uno saturnino, ligero y moreno, y el otro flaco, con el pelo rubio y los ojos como turquesas pulimentadas-, nadie podía imaginar que el destino de Shant dependiera de ellos. Etzwane recogió el *Spectrum* de una silla cercana. Un panel bordeado de ocre llamó su atención, y lo leyó con pesadez:

«Desde Marestiy y por radio nos llega la noticia de que se ha producido un combate entre la recientemente organizada milicia y una banda de Roguskhoi. Los salvajes invasores, tras haber infligido un terrible daño en el cantón de Shkoriy, enviaron una partida de exploración hacia el norte. En la ciudad de Gasmal, junto a la frontera, un grupo de tropas les negaron el mandato legal y se entabló una batalla. Los defensores de Marestiy descargaron sus flechas y arrojaron piedras, muchas de las cuales causaron bajas entre el enemigo, enfureciéndole hasta el punto de que se produjo lo que un observador llamó "estampida de furiosas bestias rojas". Una conducta tan inmoderada nunca podrá prevalecer contra las poderosas armas que están siendo forjadas por el Anomo. En consecuencia, la milicia de Marestiy adoptó una táctica flexible. Los acontecimientos subsiguientes y el resultado final de la batalla no nos son conocidos aún. »

-Esas criaturas se están moviendo con rapidez -comentó Etzwane-. Ahora, ni siquiera los que han huido hacia el mar están a salvo.

8

En la noche de Garwiy, coloreada de ciruela, Etzwane y Finnerack emprendieron el camino hacia la posada de Fontenay. En una mesa algo retirada, Frolitz y los miembros de la compañía de músicos tomaban una cena de judías grandes y queso, a la que se unieron Etzwane y Finnerack. Frolitz se encontraba de mal humor.

-Las manos de Gastel Etzwane están cansadas y parecen inútiles. Como tus actividades exteriores parecen ser más importantes que el bienestar de la compañía, no te pediré que toques un instrumento. Si así lo deseas, puedes golpear los tambores o dar de vez en cuando algún otro chasquido con los dedos.

Etzwane se contuvo y no dijo nada. Después de la cena, cuando los músicos sacaron sus instrumentos, Etzwane se les unió en el estrado. Frolitz adoptó una actitud de asombro.

-¿Qué es esto? ¿El gran Gastel Etzwane nos favorece con su presencia? Nos sentimos profundamente agradecidos. ¿Serías tan amable de tomar tu cuerno de madera? Esta noche, yo mismo tocaré el khitan.

Etzwane sopló en la familiar y vieja boquilla y pulsó los botones de plata de los que antes se sintiera tan orgulloso. ¡Qué extraño! ¡Ahora se sentía tan diferente! Las manos eran las mismas; los dedos seguían sus órdenes, moviéndose arriba y abajo, apretando los botones, pero la posición parecía más elevada y la perspectiva mucho mayor, y tocó con un casi imperceptible alargamiento de la tensión.

Durante un descanso, Frolitz se acercó a los músicos en un estado de gran excitación.

-Fijaos en el hombre que está en aquella esquina alejada... ¿Sabéis quién está sentado allí, en silencio, sin su instrumento? ¡El druitino Dystar!

Los músicos volvieron sus miradas hacia la austera silueta, preguntándose cada uno de ellos cómo habría sonado su música en los oídos del gran druitino.

-Le he preguntado por qué ha venido aquí -dijo Frolitz-, y me ha contestado que ha venido por voluntad del Anomo. Le pregunté también si quería tocar música con nosotros y me contestó que sí, que sería un placer, que nuestro trabajo le había puesto de buen humor. De modo que ahora va a venir a unirse a nosotros. Etzwane, al gastaing. Yo tocaré el cuerno de madera.

-Por fin tocas al lado de tu padre -le dijo Fordyce en voz baja, al lado de Etzwane-. ¿Sigue él sin saberlo?

-Aún no lo sabe -dijo Etzwane, cogiendo el gastaing.

Era un instrumento de un tono más profundo que el khitan, con una resonancia plañidera que debía permanecer bajo el control de la sordina si no se quería superar la armonía. Al contrario de lo que les sucedía a muchos músicos, a Etzwane le gustaba el gastaing, así como las sutilidades que podía conseguir un experto, pulsando y dejando ir la sordina.

Los músicos cogieron sus instrumentos y esperaron de pie; era la señal de respeto convencional dirigida a un músico de la categoría de Dystar. Frolitz abandonó el estrado y se dirigió hacia Aun Sharah, habló con él un momento y los dos regresaron juntos. Dystar se inclinó ante los músicos y su mirada se detuvo por un instante, pensativa, sobre Etzwane. Después, cogió el khitan de Frolitz, pulsó una cuerda, inclinó la cabeza y comprobó el estado de la caja. De acuerdo con sus prerrogativas, inició una tonada, una agradable melodía, decepcionantemente simple.

Frolitz y Mielke, en el toque de trompeta, tocaron notas bajas, llevando mucho cuidado de mantener la misma armonía, mientras el guizol y el gastaing arrancaban modestos acentos. La música siguió sonando y la primera tonada terminó: no había sido más que un ejercicio en el que cada participante se había limitado a explorar el ambiente musical... Dystar relajó su posición y bebió un ligero trago de vino de la copa que le habían dejado a un lado. Hizo un gesto de asentimiento hacia Frolitz que ahora, en compensación, hizo sonar un tema en su cuerno de madera... Una afirmación sardónica, áspera y entrecortada, muy lejos de la fluida claridad del instrumento, que Dystar hizo resaltar con duras y lentas pulsaciones de la caja, y la música continuó y se expandió: una melancólica y deliberada polifonía, en la que se podía escuchar con toda claridad cada uno de los instrumentos. Dystar tocaba con tranquilidad, abriendo a cada instante, con su imaginación, nuevas perspectivas a la música... La melodía se rompió y se desplegó, de un modo ya anticipado por todos; Dystar interpretó entonces un asombroso ejercicio que empezó con los registros superiores y fue bajando a través de una extraordinaria combinación de cuerdas, acompañado únicamente por alguna resonancia ocasional del gastaing, que le servía como apoyo; siguió bajando por los registros centrales y superiores, hacia atrás y hacia adelante, como si fuera una hoja cayendo de un árbol; llegó a los tonos más bajos para terminar con un sonido profundo y casi gutural de la caja. En el cuerpo de madera, Frolitz tocó una corchea un intervalo por debajo, que quedó oscilando y murió en la resonancia final del gastaing.

Tal y como exigían los convencionalismos, Dystar dejó su instrumento y se dirigió a una mesa situada a un lado de la sala. Los músicos permanecieron quietos por un instante. Frolitz se quedó un momento pensativo. Después, con una maliciosa sonrisa en los labios, tendió el khitan a Etzwane.

-Tocaremos ahora algo lento y tranquilo. ¿Cuál es esa pieza nocturna del viejo Morningshore? *Zitrinilla...* tercer modo. Sed todos muy cuidadosos con el descanso del segundo compás. Etzwane marcará el tiempo y el comienzo.

Etzwane torció el instrumento y ajustó la caja. Sabía muy bien que el malicioso Frolitz le había empujado a una situación ante la que retrocedería el hombre más sensible: tocar el khitan después de que lo hubiera hecho Dystar, y tras sus brillantes improvisaciones. Etzwane se detuvo un momento para pensar el camino que seguiría a través de la tonada. Pulsó una cuerda y tocó la introducción a un ritmo algo más lento de lo usual.

La tonada siguió su curso, triste y melancólica, hasta que llegó a su fin. Frolitz tocó entonces una frase para señalar una variación a un ritmo diferente. Etzwane se encontró entonces tocando solo, precisamente la situación que había esperado evitar; ahora, tenía que esforzarse para no desmerecer frente a Dystar. Tocó lentamente las

cuerdas, introduciendo rápidamente la sordina, creando así un modelo de sonido y silencio que le pareció interesante y que volvió a interpretar a la inversa. Resistiendo la tentación de adornar el pasaje, tocó una música más bien majestuosa. Los demás músicos le acompañaron entonces con notas bajas que no tardaron en convertirse en un amplio tema que subía como una ola sobre el khitan, desvaneciéndose después. Etzwane tocó a continuación una serie de acordes desarmónicos y una suave resolución final, con la que terminó la interpretación. Dystar se levantó e hizo una señal a todos los músicos para que se acercaran a su mesa..

-Sin ninguna duda -dijo Dystar-, he aquí a la primera compañía de músicos de Shant. Todos son fuertes, todos utilizan la sensibilidad de la fortaleza. Gastel Etzwane toca como yo no podía haber esperado tocar a su edad; por lo visto, ha tenido mucha experiencia de la vida.

-Es un hombre obstinado -dijo Frolitz-. Tiene un importante futuro en la compañía, pero en lugar de continuar se mezcla con estetas y se ocupa de otras cuestiones que no le conciernen. Y mis consejos no sirven para nada.

-Frolitz se refiere a la guerra contra los roguskhoi -dijo Etzwane con un suave tono de voz-, que ahora ocupa una buena parte de mi atención.

Frolitz extendió los brazos, en un gesto de justificación.

-Acabas de escuchar las palabras de su boca.

-Tienes un importante motivo de preocupación -asintió gravemente Dystar; después, volviéndose a Etzwane, dijo-: En Maschein hablé contigo y con tu amigo, que está sentado allí. Inmediatamente después, recibí órdenes del Anomo de venir aquí. ¿Acaso están relacionadas ambas cosas?

Frolitz miró acusadoramente a Etzwane.

-¿Dystar también? ¿Es que todos los músicos de Shant tienen que lanzarse contra los salvajes antes de que quedes satisfecho? Les pegamos con nuestros tringoletos, les arrojamos los guizols... todo esto es absurdo.

Hizo una señal a los músicos y se volvió hacia el estrado.

-Las observaciones de Frolitz son inoportunas -comentó Etzwane-. De hecho, estoy involucrado en la lucha contra los roguskhoi pero sobre la base siguiente -y a continuación explicó su situación en los mismos términos empleados anteriormente con Finnerack-. Necesito el apoyo de las personas más sabias de Shant y ésa es la razón por la que te he pedido que vengas aquí.

Dystar parecía sentirse suavemente divertido, antes que asombrado o enojado.

-Muy bien, aquí estoy.

Una figura extendió su sombra sobre la mesa. Etzwane levantó la mirada para ver el rostro crudo de Mialambre:Octagon .

-Me siento muy intrigado por tu política -empezó a decir-. Me pides que me reúna contigo en una taberna para discutir cuestiones de política y te encuentro bebiendo licores y tocando con los músicos de la taberna. ¿Es que todo esto no es más que un burdo engaño?

-De ningún modo -afirmó Etzwane-. Éste es Dystar, un druitino eminente y, al igual que tú, un sabio. Dystar, ante ti se encuentra Mialambre:Octagon , que no es músico, sino jurista y filósofo, y cuya ayuda he solicitado.

Mialambre tomó asiento con cierta rigidez. Etzwane se quedó mirando a uno y a otro. Dystar mantenía una actitud imparcial y reservada, siendo antes un observador que un participante; Mialambre, en cambio, parecía astuto, exacto, de la clase de personas que relacionan cada uno de los hechos de la existencia con otro, mediante un sistema basado en la ética de Wale. «Los dos no tienen nada en común -pensó Etzwane-,

excepto su integridad; cada uno de ellos puede pensar que el otro es incomprensible; sin embargo, si uno de ellos se convierte en Anomo, tendrá que mandar al otro. » ¿Cuál de ellos? ¿Ninguno... ? Etzwane, mirando por encima del hombro, divisó a Finnerack, que se había quedado de pie apoyado en la pared, no lejos de ellos.

Finnerack se había cambiado de ropa, poniéndose una tela cruzada de color negro, apretada en los puños y en los tobillos. Se acercó a la mesa sin cambiar su expresión.

-A pesar de su expresión triste -dijo Etzwane refiriéndose a Finnerack-, es un hombre de gran probidad y competencia. Se llama Jerd Finnerack. Muestra tendencia a emprender acciones enérgicas. Somos un grupo dispar, pero nuestros problemas también se plantean a diversos niveles y, en consecuencia, requieren talentos dispares.

-Todo eso está muy bien; o así lo supongo -dijo Mialambre-, pero sigo pensando que la situación es irregular y que este ambiente es incongruente. Estás tratando todo lo concerniente a Shant con una informalidad mayor de la que utilizaban nuestros mayores para controlar los negocios de nuestro pueblo. -¿Por qué no? -preguntó Etzwane-. El gobierno de Shant ha sido y es un solo hombre: el Anomo. ¿Qué otra cosa puede ser menos formal? El gobierno viaja con el Anomo. Si él estuviera aquí esta noche, aquí mismo estaría el gobierno.

-El sistema es flexible -admitió Mialambre-. En cuanto a cómo funcione en momentos de tensión, es algo que aún está por ver.

-El sistema depende de los hombres que lo dirigen -dijo Etzwane-, que es como decir nosotros mismos. Hay una gran cantidad de trabajo ante nosotros. Os diré lo que se ha hecho hasta ahora: hemos movilizado las milicias en sesenta y dos cantones.

-Las que no han sido vencidas -observó Finnerack.

-Los técnicos de Garwiy están trabajando en la tarea de concebir armas; al fin, el pueblo de Shant se da cuenta de que los roguskhoi tienen que ser y serán vencidos. La otra cara de la moneda es que no existe ninguna organización para coordinar tanto esfuerzo. Shant es como una bestia extendida, dotada de sesenta y dos brazos, pero sin cabeza. La bestia está desamparada; se mueve y se esfuerza en sesenta y dos direcciones, pero no es ningún gran poder, ni siquiera para los ahulphs que roen su cuerpo.

En el estrado, Frolitz y sus músicos estaban interpretando una suave melodía nocturna, que éste tocaba únicamente cuando se sentía aislado.

-Nuestras deficiencias son reales -dijo Mialambre-. Dos mil años han introducido muchos cambios. Viana Paizafiume rechazó a los de Palasedra con un ejército valiente e incluso feroz. No llevaban collares en aquel entonces; la disciplina tuvo que ser un problema muy grave. A pesar de todo, infligieron terribles pérdidas al enemigo.

-En aquellos tiempos sí que eran hombres -comentó Finnerack-. Vivían como hombres, luchaban como hombres y si era necesario morían como hombres. No seguían «tácticas flexibles», como se llama ahora a las retiradas.

-No los encontraremos iguales en el Shant actual -observó Mialambre, mostrándose de acuerdo con un gesto de asentimiento.

-Y, sin embargo -musitó Etzwane-, eran hombres, ni más ni menos que nosotros mismos.

-Eso no es cierto -insistió Mialambre-. Los hombres de antes eran duros y voluntariosos, responsables únicamente ante sí mismos. En consecuencia eran seres independientes y ahí radicaba su mayor ventaja. Al pueblo actual no se le permiten tales ejercicios; confían más en la justicia del Anomo que en el efecto de su propia fuerza. Son obedientes y leales. En ese sentido, el pueblo antiguo lo era menos. De este modo, hemos perdido y hemos ganado algo.

-Las ganancias no tienen ningún significado si los roguskhoi acaban por destruir

Shant -indicó Finnerack.

-Eso no llegará a suceder -declaró Etzwane-. Nuestras milicias tienen que rechazarles y lo harán.

-¿Y cómo pueden hacer eso las milicias? -preguntó Finnerack lanzando su risa dura-. ¿Es que los niños pueden luchar contra los ogros? Shant está habitado por un solo hombre: el Anomo. Él no puede luchar; tiene que ordenar a sus hijos que avancen al campo de batalla. Pero los hijos tienen miedo; se escudan tras el único hombre y el resultado ya está predeterminado: ¡derrota!, ¡desastre!, ¡muerte!

Se produjo un silencio, suavizado únicamente por la lenta música de la pieza nocturna.

-Tengo la impresión de que estás sobrevalorando la cuestión -dijo Mialambre con un prudente tono de voz-. Indudablemente, Shant no puede estar completamente desprovisto de guerreros; en alguna parte vivirán hombres valientes, dispuestos a defender sus hogares.

-Yo me he encontrado con unos pocos -dijo Finnerack-. Al igual que yo, trabajaban en el Campo Tres. No temían al dolor, a la muerte, ni al Hombre sin Rostro. ¿Qué cosa podían hacer peor que lo que ya estaban haciendo? ¡Allí eran verdaderos guerreros! ¡Hombres que no tenían miedo alguno a los collares! Aquellos hombres eran libres. ¿Lo puedes creer? Pon a mi mando una milicia de valerosos hombres libres y destrozaré a los Roguskhoi.

-Desgraciadamente -observó Etzwane-, el Campo Tres ya no existe. Difícilmente podemos atormentar a los hombres hasta hacerles perder el miedo a la muerte.

-¿Es que no existe otra forma mejor para conseguir que un hombre sea libre? -casi gritó Finnerack con una voz brutal-. ¡En este mismo instante te puedo decir una forma mejor!

La expresión de Mialambre era de intriga; la de Dystar de admiración; únicamente Etzwane sabía a lo que Finnerack se estaba refiriendo. Sin duda alguna a su collar, que él consideraba como el instrumento de su dolor.

El grupo quedó sentado, tranquilamente, reflexionando sobre las palabras de Finnerack. Después con una voz de profunda reflexión, Etzwane preguntó:

-Suponed que se os quita a todos los collares que llevamos en el cuello. ¿Qué sucedería entonces?

El rostro de Finnerack era pétreo; no se dignó contestar.

-Sin mi collar, me volvería loco de alegría -dijo Dystar.

Mialambre parecía estupefacto, tanto por el concepto, como por la respuesta de Dystar.

-¿Cómo puede ser eso? El collar es la representación de cada cual, la señal de nuestra responsabilidad para con la sociedad.

-Yo no reconozco tal responsabilidad -observó Dystar-. La responsabilidad es la deuda de la gente que la toma. Pero yo no la tomo, la entrego. A partir de ahí, mi responsabilidad acaba con este collar.

-No es así -exclamó Mialambre-. Eso no es más que una falacia egoísta. Toda persona viva debe mucho a millones de otras personas... al pueblo que le rodea y que proporciona un ambiente humano; a los héroes muertos que entregaron sus pensamientos, su lenguaje, su música; a los técnicos que construyeron las naves espaciales que trajeron a nuestros antepasados a Durdane. El pasado es como un tapiz precioso; cada hombre es un nuevo hilo en el tejido continuo; un hilo por sí solo, no tiene ningún significado, ningún valor.

-Lo que dices es cierto -admitió Dystar generosamente-. Me he equivocado. A pesar de todo, no llevo mi collar a gusto; me coacciona en la vida. Preferiría vivir según

mi libre voluntad.

-Imagina que fueras el Anomo -dijo Etzwane-. ¿Cuál sería tu política en ese aspecto?

-No habría más collares. La gente viviría sin temor, con libertad.

-¿Libertad? -preguntó Mialambre con un fervor desacostumbrado-. ¡Soy tan libre como puede serlo un ser humano! Hago lo que me place, siempre dentro de las leyes. A los ladrones y a los asesinos les falta libertad; no deben robar ni matar. El collar del hombre honrado es su protección contra esa clase de «libertad».

Dystar volvió a admitir el argumento del jurista. -Sin embargo -añadió-, yo nací sin collar. Cuando el maestro del Sanhredin me colocó la abrazadera alrededor del cuello, se instaló sobre mi espíritu un peso que aún no lo ha abandonado.

-Ese peso es real -dijo Mialambre-. ¿Cuál es la alternativa? Ilegalidad y desafío. ¿Cómo se podrían poner en práctica entonces nuestras leyes? ¿Mediante un cuerpo represivo? ¿Con espías? ¿Con prisiones? ¿Torturas? ¿Hipnotismo? ¿Drogas? Los hombres sin freno son como ahulphs. Declaro que la imperfección no consiste en el collar, sino en la disposición humana que lo hace necesario.

-La corrección de tus observaciones se basa en una suposición -dijo Finnerack. -¿En cuál?

-Das por sentado el altruismo y el buen juicio del Anomo.

-¡Cierto! -exclamó Mialambre-. Durante dos mil años hemos podido disfrutar de esa condición general.

-Los magnates estarán de acuerdo con eso. Pero en el Campo Tres pensábamos todo lo contrario. Y nosotros tenemos razón, no tú. ¿Qué hombre realmente justo puede permitir la existencia de un Campo Tres?

Mialambre no se amilanó por esta pregunta.

-El Campo Tres no era más que un grano bajo la alfombra; una pequeña mota de polvo. Ningún sistema es perfecto. Por otra parte, el Anomo únicamente aplica la ley cantonal; él no emite leyes propias. Las costumbres del cantón de Glaiy rayan con la insensibilidad; quizá fue por eso por lo que el Campo Tres fue situado en Glaiy. Si yo fuera el Anomo, ¿podría obligar al cantón de Glaiy a aceptar nuevas leyes? Ése es un verdadero dilema para toda persona reflexiva.

-La discusión se está saliendo de cauce -dijo Etzwane-, al menos por el momento. Los roguskhoi están a punto de destruirnos. No habrá más collares, ni más Anomo, ni más hombres, a menos que luchemos con efectividad. Nuestros logros hasta el momento no han sido muy buenos.

-El Anomo es el único hombre libre de Shant -dijo Finnerack-. Como hombre libre, yo también lucharía. Un ejército de hombres libres sería capaz de derrotar a los Roguskhoi.

-La idea es irrealista en más de un sentido -observó Mialambre-. En primer lugar, a los niños que aún no llevan el collar les faltan varios años para alcanzar la edad adulta.

-¿Y por qué esperar? -preguntó Finnerack-. Sólo necesitamos quitarles los collares a nuestros guerreros.

-No es posible -dijo Mialambre, echándose a reír tranquilamente-. Por suerte, creo. En tal caso, habríamos padecido inútilmente la Guerra de los Cien Años. Una guerra que no habría servido absolutamente para nada. Los collares son los que han mantenido la paz hasta ahora. La coacción del collar es lo mejor; para probarlo, te puedo citar el caos que reina en Caraz.

-¿Aunque ello signifique la pérdida de la humanidad? -preguntó Finnerack-. ¿Crees en un futuro de paz infinita? El péndulo tiene que oscilar. Los collares deben ser

eliminados.

-¿Cómo se puede hacer eso? -preguntó Dystar.

-Un terrestre le enseñó a hacerlo -dijo Finnerack, señalando a Etzwane-. Él es un hombre libre. Él puede hacer lo que quiera.

-Entonces, Gastel Etzwane -pidió Dystar-, quítame este collar de mi cuello.

La decisión llegó a la mente de Etzwane a través de un proceso indirecto y emocional.

-Os quitaré los collares. Seréis hombres libres como yo. Finnerack controlará un ejército de valerosos hombres libres. No se colocará el collar a más niños... aunque sólo sea por esta razón: los fabricantes de collares están construyendo ahora aparatos de radio para la milicia.

-Para bien o para mal -dijo Mialambre tristemente-, Shant inicia una nueva época de convulsiones.

-Para bien o para mal -dijo Etzwane-, la primera convulsión ya la tenemos encima. La fuerza del Anomo está en decadencia y ahora ya no puede controlar los espasmos. Mialambre y Dystar, vosotros dos debéis trabajar unidos. Mialambre, junto con el personal que él mismo seleccione, deberá recorrer Shant para corregir las peores imperfecciones: instalaciones como la del Campo Tres, los templos de Bashon, liberar a los que están bajo contrato, el mismo sistema de contratos. No podrá evitar el conflicto, ni la controversia; ambas cosas serán inevitables. Dystar, sólo un gran músico como tú puede hacer lo que ahora te voy a pedir. Solo, o con las personas que tú mismo escojas, recorrerás Shant para hablarle al pueblo, de palabras y a través de la fuerza de la música común, acerca de la unidad que debemos alcanzar si no queremos que los roguskhoi nos lancen al mar. Los detalles de estas operaciones -corregir y unificar, proporcionar justicia y un propósito común-, deben ser elaborados por vosotros mismos. Y ahora, subamos a mis habitaciones, donde os convertiréis en hombres libres como yo mismo.

9

Transcurrieron los días. Etzwane alquiló una *suite* en el cuarto piso del Roseale Hrindiana, en la parte oriental de la plaza de la Corporación, a tres minutos a pie del edificio del jurisdiccionario. Finnerack se trasladó con él, pero dos días más tarde alquiló una *suite* algo menos lujosa en las Torres Paganas, al otro lado de la plaza. Los placeres de la riqueza no ejercían ninguna clase de fascinación sobre Finnerack; sus comidas eran espartanas; no bebía vino ni licores; todo su guardarropa consistía en cuatro vestidos relativamente sencillos, en cada uno de los cuales predominaba el color negro. En cuanto a Frolitz, llevó a su compañía, sin ninguna ceremonia, a la posada Púrpura. Mialambre:Octagon reunió a un equipo de asesores, aunque no había superado aún todos sus recelos sobre los cambios que tendría que introducir en Shant.

-Nuestro objetivo no es la uniformidad -decía Etzwane-. Sólo reprimiremos aquellas instituciones que convierten en víctimas a los desamparados; a las teologías grotescas; al sistema de contratos forzados; a las antiguas casas de Cape. Si antes el Anomo obligaba a cumplir la ley, ahora se convertirá en una fuente de recursos.

-En cuanto dejen de utilizarse los collares, la función del Anomo tendrá que cambiar necesariamente -indicó Mialambre con un tono de voz seco-. El futuro es impredecible.

Dystar había emprendido su propio camino, sin decir nada a nadie.

¿Mialambre:Octagon o Dystar el druitino? Cualquiera de ellos podría ocupar el puesto del Anomo; a cada uno de ellos le faltaba la fortaleza del otro... Etzwane hubiese deseado poder tomar una decisión rápida y dejar de preocuparse; en cuanto a él, no le gustaba tener tanta autoridad.

Mientras tanto, Finnerack reorganizó a los discriminadores con un entusiasmo brutal. Desaparecieron las modas y antiguas rutinas; quienes perdían el tiempo, perdieron también su empleo, incluyendo a Thiruble Archenway; los departamentos y despachos se consolidaron. La nueva Agencia de Información atrajo especialmente el interés de Finnerack, dando lugar a una situación que a veces provocaba los recelos de Etzwane. Mientras conferenciaba con Finnerack en su despacho, Etzwane estudio su forma enjuta, el rostro nudoso, la boca con un rictus hacia abajo, los grandes ojos azules, y se preguntó cómo sería el futuro. Ahora, Finnerack no llevaba collar. La autoridad de Etzwane sólo llegaba hasta el punto en que el propio Finnerack quisiera admitirla.

Dashan de Szandales entró en el despacho con una bandeja de refrescos. Finnerack, recordando de pronto una de sus citas, le hizo una pregunta:

-¿Han venido ya los hombres que pedí?

-Sí, están aquí -contestó Dashan con un tono de voz lacónico; no le gustaban las órdenes bruscas.

-Hazles pasar al despacho de atrás. Estaremos allí dentro de cinco minutos.

Dashan abandonó el despacho. Etzwane la observó con una maliciosa media sonrisa mientras salía. Finnerack sería un hombre difícil de controlar. Sería perder el tiempo discutir con él para que mostrara una mayor delicadeza.

-¿A qué hombres te refieres? -preguntó Etzwane.

-Son los últimos del fichero. Ya has visto a todos los demás.

Etzwane casi se había olvidado de Aun Sharah, quien, en su puesto actual, se encontraba sin duda alguna lejos de los resortes del poder.

Los dos se dirigieron hacia el despacho de atrás. Allí esperaban catorce hombres: los seguidores y espías del fichero informal de Aun Sharah. Etzwane pasó de uno a otro, tratando de recordar las facciones exactas del rostro que viera por la ventanilla del vehículo que les siguió: una nariz recta y dura, una mandíbula cuadrada, unos ojos grandes y de mirar duro.

Frente a él se encontraba un hombre con aquellas características. Etzwane le preguntó:

-¿Cuál es tu nombre, por favor?

-Soy Ian Carle.

-Gracias -dijo Etzwane, dirigiéndose al resto-, no necesito nada más de vosotros -después añadió-: Carle, ven a mi despacho, por favor.

Avanzó él primero, seguido de Carle y de Finnerack, que cerró la puerta tras él. Etzwane indicó un sofá a Carle y éste obedeció, sentándose en silencio.

-¿Has estado alguna vez en este despacho con anterioridad? -le preguntó Etzwane.

Durante unos segundos, Carle miró con fijeza a Etzwane; finalmente contestó:

-Sí.

-Quisiera saber algo del trabajo que realizabas antes -dijo Etzwane-. Mi autoridad para hacerte estas preguntas procede directamente del Anomo. Te puedo mostrar la autorización si lo deseas. No se pone en tela de juicio tu propia conducta.

Ian Carle hizo un gesto de asentimiento, sin expresar ninguna emoción.

-Hace poco tiempo -siguió diciendo Etzwane-, se te ordenó que esperaras el globo *Aramaad,* en la estación de Garwiy; que identificaras allí a cierta persona, de hecho yo mismo, y que la siguieras hasta su destino. ¿No es cierto?

-Así es, en efecto -contestó Carle tras una breve duda de sólo un par de segundos.

-¿Quién te dio esas instrucciones?

-El entonces discriminador jefe, Aun Sharah -contestó Carle inexpresivamente.

-¿Te indicó los motivos o alguna razón para realizar dicha tarea?

-No. No solía hacerlo.

-¿Cuáles fueron exactamente sus instrucciones? -Tenía que seguir al hombre designado, observar con quién se encontraba; si en alguna parte me encontraba con el hombre alto de pelo blanco, tenía órdenes de abandonar a Gastel Etzwane y seguir al hombre del pelo blanco. Naturalmente, también debía recoger todo tipo de información suplementaria. -¿Cuál fue tu informe?

-Informé que el sujeto en cuestión, que evidentemente sospechaba, no tuvo ninguna dificultad en descubrirme, intentando incluso establecer contacto físico conmigo, lo que evité con rapidez.

-¿Qué otras instrucciones te dio Aun Sharah? -Me ordenó que me situara cerca del

palacio de Sershan, que fuera discreto en todo momento y que ignorara al sujeto anterior, observando si acudía el hombre de pelo blanco.

Etzwane tomó asiento entonces en el sofá y se quedó mirando a Finnerack, quien cruzados los brazos se había mantenido tras él con la mirada fija en el rostro de Ian Carle. Etzwane se sentía intrigado. Habían conseguido la información, con lo que las actividades de Aun Sharah quedaban al descubierto. ¿Había alguna cosa que Finnerack hubiera visto o percibido y él no?

-¿Presentaste algún otro informe a Aun Sharah? -preguntó Etzwane.

-Ningún otro. Cuando acudí con mi información, Aun Sharah ya no era discriminador jefe.

-¿Con tu información? -preguntó Etzwane-. ¿Qué información traías en ese caso?

-Era de naturaleza general. Vi a un hombre de pelo gris y de estatura mediana abandonar el palacio de Sershan y supuse que podría ser la persona en cuestión. Le seguí hasta la posada de Fontenay, donde le identifiqué como Frolitz, un músico. Volví después por la avenida de las Gallas, donde me crucé contigo y con este caballero, cerca de la fuente. Cuando giré por el Camino Medio, me encontré con un hombre alto, de pelo blanco que caminaba hacia el este. Tomó un vehículo y pidió que le llevaran al Esplendor de Gebractya. Le seguí todo lo rápidamente que pude, pero ya no conseguí volver a encontrarle.

-¿Has vuelto a ver desde entonces al hombre del pelo blanco o a Aun Sharah?

-No, a ninguno de los dos.

Etzwane pensó que Aun Sharah había conseguido una descripción de Ifness, por quien, evidentemente, sentía un gran interés. Ifness había regresado a la Tierra; el hombre del pelo blanco a quien siguió Ian Carle probablemente era un esteta.

-¿Qué ropas llevaba puestas el hombre alto del pelo blanco? -preguntó Etzwane.

-Una capa gris, y un manto también gris y suelto.

Aquéllas eran las ropas preferidas de Ifness.

-¿Era un esteta? -preguntó Etzwane.

-Creo que no. Se comportaba como un hombre que procediera de otro cantón.

Etzwane trató de recordar algunas características peculiares por las que Ifness pudiera ser reconocido.

-¿Puedes describirme su rostro? -preguntó.

-No en detalle.

-Si le vuelves a ver, comunícamelo inmediatamente.

-Como quieras.

Ian Carle se marchó y Finnerack habló con un tono de voz cortante.

-Aquí tenemos a Aun Sharah, alto supervisor para Materiales y Suministros. Propongo ahogarle esta misma noche en el Sualle.

Uno de los peores defectos de Finnerack, reflexionó Etzwane, era su intemperancia y sus reacciones excesivas, lo que hacía que tratar con él fuese una constante lucha por moderar su temperamento.

-Él se limitó a hacer lo que tú o yo mismo habríamos hecho en su lugar -observó Etzwane secamente-: Reunir información.

-¡Oh! ¿Y qué me dices del mensaje enviado a Shirge Hillen, en el Campo Tres?

-No se ha demostrado que lo enviara él.

-¡Bah! Cuando era niño, trabajé en el pequeño terreno de mi padre. Cuando encontraba una mala hierba, la apartaba. No la miraba, ni esperaba a que pudiese convertirse en una planta. Me desembarazaba de ella inmediatamente.

-Primero tenías que asegurarte de que era una mala hierba -observó Etzwane.

Finnerack se encogió de hombros y se dispuso a abandonar el despacho, en el que

poco después entró Dashan de Szandales. Miró temblorosamente las espaldas de Finnerack, que ya se alejaba.

-Ese hombre me atemoriza. ¿Va siempre vestido de negro?

-Es un hombre para quien parece que se inventó la persistencia y la fatalidad del color negro.

Etzwane sentó a la muchacha sobre sus piernas y ella se quedó allí un instante, para ponerse después de pie.

-Eres un terrible mujeriego. ¿Qué diría mi madre si supiera cómo van las cosas?

-A mí sólo me interesa saber lo que dice la hija.

-La hija dice que un hombre de las tierras salvajes ha traído una jaula con animales salvajes y que esas bestias esperan en la rampa de descarga.

El superintendente de la estación de Conceil Siding había traído a los diablillos roguskhoi a Garwiy.

-Ha pasado un mes desde que nos vimos en las tierras salvajes -dijo-. Tuviste entonces ocasión de ver a mis pequeñas bestias. ¿Qué te parecen ahora?

Los pequeños diablos que Etzwane viera en Conceil Siding habían crecido poco más de treinta centímetros. Ahora, le miraban fijamente desde detrás de las rejas de la jaula.

-No eran precisamente ángeles de placer -observó el superintendente-. Ahora, están en camino de convertirse en verdaderos amigos. A la derecha está Musel; a la izquierda Erxter.

Las dos criaturas miraban fijamente a Etzwane con un nada disimulado antagonismo.

-Pon el dedo entre los barrotes y te lo arrancarán de un mordisco -dijo el superintendente con entusiamo-. Son seres inferiores, como el pecado, y no hay que darle más vueltas al asunto. Al principio pensé en tratarles bien y ganármelos. Los alimenté con tidbits; los trasladé a un lugar limpio; les silbé pequeñas melodías. Traté de enseñarles a decir algo y pensé recompensar el buen comportamiento con cerveza. De nada sirvió. Cada uno de ellos me atacaba con uñas y dientes en cuanto se le presentaba la oportunidad. Así que entonces creí haber descubierto el truco de la cuestión. Les separé y seguí favoreciendo y cuidando a Erxter. En cuanto al otro, el pobre Musel, le traté como a una vaca. Cuando me hacía algo, le pegaba una buena bofetada. Cuando intentaba morderme la mano, le pegaba con un palo. ¡Son muchas las palizas que se ha ganado y que ha recibido! Mientras tanto, Erxter comía de lo mejor y dormía a la sombra. ¿Y crees que al final del experimento se pudo apreciar alguna diferencia en su estado salvaje? Absolutamente ninguna. Todo seguía estando como al principio.

-Hummm -Etzwane se hizo atrás cuando los dos salvajes se acercaron a las rejas-. ¿Hablan? ¿Pronuncian alguna palabra?

-Ninguna. Si me comprenden, no dan señal alguna de hacerlo. No cooperarán, ni realizarán siquiera la tarea más pequeña, ni por amor, ni por hambre. Se zampan todo lo que les echo, pero preferirían morirse de hambre antes que levantar un solo dedo para conseguir carne. ¡Son unos demonios! -pasó rápidamente los dedos por los barrotes de la jaula-. ¿No os gustaría comerme la mano? -después, volviéndose a Etzwane añadió-: Los bribones ya conocen la diferencia entre hombre y mujer. Deberías verles menearse en cuanto pasa una mujer, y eso que son muy jóvenes. Son una desgracia.

-¿Cómo reconocen a una mujer? -preguntó Etzwane.

-¿Cómo se reconoce a una mujer? -volvió a preguntar el superintendente, intrigado.

-Si, por ejemplo, pasara ante ellos un hombre vestido con ropas de mujer o una

mujer vestida con ropas de hombre, ¿qué pasaría?

El superintendente sacudió la cabeza, admirado ante la sutileza de Etzwane.

-No sé absolutamente nada de eso.

-Es algo que tendremos que saber -dijo Etzwane.

Los carteles aparecieron por todo Shant, en azul oscuro, escarlata y blanco.

«Para luchar contra los roguskhoi se ha formado un cuerpo especial:

»LOS VALEROSOS HOMBRES LIBRES.

»No llevan collares.

»Si eres valiente.

»Si quieres desembarazarte de tu collar.

»Si quieres luchar por Shant.

»Estás invitado a unirte a los Valerosos.

»Hombres Libres. Un cuerpo de élite.

»Preséntate en la agencia de Garwiy. »

10

Los roguskhoi llegaron, bajando por el Hwan. Por primera vez y para asombro de todos, marchaban bajo un claro y evidente liderazgo. ¿Quién había instruido a los salvajes rojos? Era uno más entre tantos misterios. ¿De dónde habían sacado sus masivas cimitarras, producto de la aleación de una docena de metales raros? Fueran cuales fuesen las respuestas, lo cierto es que los roguskhoi atacaron hacia el norte en una marcha forzada infatigable. Eran sólo cuatro compañías de unos doscientos guerreros cada una. Entraron en Ferriy, únicamente para ver cómo los traficantes de hierro huían, llenos de pánico. Ignorando los recipientes y los tanques de hierro de nuevas culturas, los roguskhoi se extendieron por todo Cansume. En la frontera, la milicia de Cansume, una de las más fuertes de Shant, les esperó con sus picas de punta de dexax. Los roguskhoi avanzaron imperturbables, con las cimitarras preparadas. En la llanura, los hombres de Cansume no podían hacer otra cosa que retirarse; las cimitarras, lanzadas a corta distancia, eran capaces de partirles en dos. Así pues, se retiraron al cercano pueblo de Brandvade.

Con objeto de atraer a los roguskhoi la milicia hizo avanzar fuera del pueblo a un grupo de atemorizadas mujeres y los roguskhoi ignorando los gritos de sus jefes, se lanzaron al ataque. Asaltaron el pueblo. Allí, entre las cabañas de piedra, sus cimitarras eran inefectivas a media distancia porque no podían lanzarlas. Las puntas de las picas penetraron en su carne roja haciendo explotar el dexax, y al cabo de pocos minutos ya habían muerto cincuenta Roguskhoi.

Los oficiales de los roguskhoi consiguieron imponerse y las columnas atacantes se retiraron, para proseguir después su avance hacia Waxone, la ciudad principal de Cansume. A lo largo del camino unidades irregulares de la milicia tendieron emboscadas y lanzaron flechas incendiarias con muy poca efectividad. Los roguskhoi penetraron en los campos de melones situados delante de Waxone y se detuvieron allí, enfrentados a la más importante cantidad de hombres de Shant que se les había opuesto hasta entonces. Frente a ellos formaba todo un regimiento de la milicia, reforzado con cuatrocientos Valerosos Hombres Libres a caballo. Los Valerosos Hombres Libres llevaban uniformes al estilo de la guardia del palacio de Pandamon: pantalones de color azul pálido, con franjas púrpura a los lados, una blusa azul oscura con charreteras de color púrpura y cascos de dura fibra de vidrio. Llevaban picas con puntas de dexax, un manojo de granadas de mano, y pequeñas y pesadas espadas de madera dotadas con

filos de hierro forjado. Los componentes de la milicia llevaban hachas de mano, granadas y escudos rectangulares de cuero y madera; habían sido instruidos para que avanzaran hacia los roguskhoi protegiéndose a ellos mismos y a la caballería de las cimitarras de éstos. A una distancia de veinte metros arrojarían sus granadas de mano y después abrirían filas para permitir la carga de los Valerosos Hombres Libres.

Los roguskhoi estaban situados en uno de los extremos del campo de melones, con la luz brillando en dirección a los escudos de la milicia. Los cuatro jefes de los roguskhoi estaban situados a un lado, y se distinguían de los guerreros normales por unos cuellos de cuero negro que sostenían una especie de petos de malla. Parecían más viejos que los guerreros; su piel era más apagada y oscura; bajo sus mentones se veían papadas de piel o músculo. Observaron cómo avanzaba la milicia con una suave perplejidad y después emitieron una serie de duros sonidos; las cuatro compañías iniciaron entonces un avance metódico. Desde la milicia se escuchó un ligero sonido y los escudos se estremecieron. Desde detrás, los Valerosos Hombres Libres lanzaron terribles gritos y la milicia se mantuvo en línea. A una distancia de unos cien metros, los roguskhoi se detuvieron, sacaron sus cimitarras y las hicieron oscilar hacia delante y hacia atrás; sus músculos se abultaron y tensaron. En esta posición, los roguskhoi ofrecían un aspecto terrible. La línea de la milicia flaqueó; algunos arrojaron precipitadamente sus granadas, que fueron a explotar en tierra de nadie, entre las líneas.

Desde atrás, los oficiales de Cansume, algo aislados, dieron orden de avanzar a sus hombres; la línea de escudos se movió hacia adelante, paso a paso. Al mismo tiempo, los roguskhoi embistieron hacia adelante y estallaron más granadas inútiles. Los escudos del ala izquierda vacilaron, dejando sin protección a los Valerosos Hombres Libres. Durante una fracción de segundo, vacilaron; después, cargaron, lanzándose contra la instantánea granizada de cimitarras, que destrozó hombres y caballos antes de que los primeros hubiesen avanzado más de diez metros. A pesar de todo, los brazos moribundos arrojaron las granadas y los roguskhoi desaparecieron, ocultos por el polvo y las llamaradas.

El resto de la línea flaqueó, pero se mantuvo en pie. Un corneta tocó a carga; entonces, la milicia se desmoralizó, vaciló y terminó por romper líneas; los escudos volvieron a hacerse a un lado, dejando a los Valerosos Hombres Libres expuestos al estrago de las cimitarras. Los supervivientes cargaron; las picas chocaron contra los petos de cobre. ¡Explosiones! Polvo, humo, hedor; una verdadera confusión. Surgieron las porras; los rostros bramaban, con expresiones ceñudas; las granadas se elevaban sobre la línea de combate, provocando explosiones, surtidores de tierra, despedazamiento de brazos y piernas. Se escuchó un enorme estruendo, que aumentó de intensidad y después fue decayendo poco a poco; se lanzaron furiosas imprecaciones; los roguskhoi gruñeron y gritaron, los animales heridos relincharon, los gritos y quejidos de los hombres moribundos... El polvo se fue asentando sobre la tierra. Habían quedado muertos la mitad de los roguskhoi y todos los Valerosos Hombres Libres. La milicia de Cansume se retiró hacia Waxone. Los roguskhoi avanzaron lentamente y entonces, cambiando de dirección, se dirigieron hacia Ferriy.

Finnerack redactó un angustioso informe sobre la batalla.

-Allí quedó lo mejor de la sangre de Shant, ¡en un enorme charco de sangre negra! Aun habiendo podido retirarse, se negaron a hacerlo; impulsados por su orgullo, cargaron hasta la muerte. Habían conseguido la libertad, ¿para qué?

Etzwane quedó sorprendido por la intensidad del dolor de Finnerack.

-Ahora, sabemos que nuestros hombres son tan valientes como los del pasado -dijo Etzwane-. Y todo Shant se habrá dado cuenta de eso.

Finnerack pareció no haberle escuchado. Paseó arriba y abajo del despacho,

cerrando y abriendo las manos.

-La milicia falló. Son unos traidores. Si yo tuviera que juzgarles, irían todos a cortar cáñamo.

Etzwane no dijo nada, pues prefería no atraer sobre sí las iras de Finnerack, a quien nunca se le debería permitir juzgar a nadie.

-No podemos luchar contra esas criaturas a corta distancia -dijo Finnerack-. ¿Qué me dices de nuestros técnicos? ¿Dónde están sus armas?

-Siéntate y controla tu angustia -le dijo Etzwane-. Te diré lo que sé sobre nuestras armas. La tarea de los técnicos se ve dificultada por la enormidad de las fuerzas que deben ser reguladas. Una astilla de material se lanza a enorme velocidad, produciendo con ello un fuerte retroceso del arma. Para ser utilizadas en las armas portátiles, las astillas tienen que ser casi invisibles. Para absorber el retroceso, se eyecta hacia atrás un lastre. Los proyectiles alcanzan el límite máximo de frío en la expansión, pues de otro modo se destruirían a sí mismos instantáneamente. En lugar de eso, impulsan una ráfaga de aire caliente hacia adelante, lo que aumenta la fuerza del impacto. He visto pruebas utilizando cañones fijos; los cañones son mortales hasta una distancia de un kilómetro y medio aproximadamente. A partir de ahí, no horadan nada.

»Las armas que he visto no son en modo alguno ligeras o compactas, debido al necesario lastre que deben llevar. Posiblemente se puedan crear armas más pequeñas de ese tipo; pero eso aún no lo sabemos con exactitud. Se pueden fabricar armas grandes, pero tienen que ser aseguradas contra un árbol, contra una gran piedra o mediante fuertes palos. Por lo tanto, no son muy prácticas. Sin embargo, ya se ha hecho algún progreso en ese sentido.

«Además, estamos produciendo flechas de vidrio muy ingeniosas. Las puntas contienen un electreto que, tras el impacto, produce una descarga eléctrica. Ésta, a su vez, hace detonar una carga letal de dexax. Según me han dicho, los problemas que existen con esta arma son de control de calidad.

«Finalmente, estamos produciendo cañones-cohete; se trata de instrumentos muy simples y baratos. El tubo es de fibra de vidrio reforzada; el proyectil es lastrado con un cilindro de piedra, o bien con una carga de dexax que detona por impacto. Se trata de un arma de corto alcance, cuya precisión no es muy buena. Teniendo en cuenta todo esto, creo que tenemos motivos para sentirnos optimistas.

Finnerack permaneció sentado, en silencio. Se había convertido en un hombre tan diferente de la delgada y curtida criatura del Campo Tres, como aquel hombre lo fuera con respecto al Jerd Finnerack de Angwin Junction. Su estructura se había rellenado y permanecía siempre erguido. Su pelo, que ya no era una larga mata bronceada por el sol, le colgaba de la cabeza en rizos dorados y bronceados; los rasgos de su rostro eran más pronunciados, aunque no reflejaban ningún compromiso; el brillo apagado de sus ojos se había convertido en un resplandor azul. Finnerack era un hombre sin calor, sin humor ni consideración, y con muy poca capacidad de relación social; sólo llevaba el color negro, símbolo de la implacabilidad y la perdición, una idiosincrasia que ya le había hecho ganarse el apodo de Finnerack *el Negro.*

Su energía era ilimitada. Había reorganizado la fuerza de los discriminadores con una salvaje desconsideración hacia los antiguos procedimientos, *status o* posición anterior, despertando no tanto el resentimiento, sino más bien el asombro y el temor. La Agencia de Información era prácticamente suya; estableció subagencias en casi todas las ciudades de Shant, conectándolas por radio con Garwiy. En cuanto a los Valerosos Hombres Libres, los tomó aún más completamente bajo su mando y prefería llevar su uniforme (negro, en vez de azul pálido y fuerte), antes que cualquier tipo de ropas.

Los Valerosos Hombres Libres habían excitado casi instantáneamente la

imaginación de todo Shant. A Garwiy llegaban cientos de hombres, de todas las edades y condiciones y en cantidad mucho mayor que la propia capacidad de Etzwane para liberarles de sus collares. Llevó a Donéis la máquina de Ifness y convocó a un equipo de técnicos electrónicos para estudiarla. Cautelosamente, desarmaron la caja para escudriñar los extraños componentes, la disposición de la ingeniería mecánica, las inagotables células de energía. Decidieron que aquella máquina era capaz de detectar el movimiento de los electrones y generar impulsos magnéticos que anulaban su fluidez.

Tras numerosos experimentos, los técnicos pudieron duplicar la función del mecanismo entregado por Ifness, aunque no consiguieron una máquina tan compacta. Cinco de aquellos nuevos instrumentos fueron instalados en los sótanos del junsdiccionario; los equipos de funcionarios trabajaban noche y día eliminando los collares de las personas que aceptaban incorporarse al cuerpo de los Valerosos Hombres Libres. El propio Finnerack investigaba a los solicitantes; los que eran rechazados solían protestar furiosamente, a lo que Finnerack contestaba con una seca respuesta.

-Tráeme la cabeza de un roguskhoi y su cimitarra, y te haré un Valeroso Hombre Libre.

Quizás una vez a la semana, regresaba uno de los rechazados para arrojar a sus pies una cabeza y una cimitarra; Finnerack, sin hacer ningún comentario, arrojaba ambas cosas a través de una rampa y admitía en el cuerpo al individuo en cuestión. En cuanto a los que trataron de conseguir la cabeza de un roguskhoi y fracasaron, nadie podía saber su número.

La energía de Finnerack resultaba tan furiosa que, a veces, Etzwane se sentía más como un espectador que como un participante en los grandes acontecimientos. La situación reflejaba la eficacia de su propio liderazgo se dijo a sí mismo. Mientras todo se fuera desarrollando en la dirección correcta, no podía quejarse de nada. Cuando Etzwane planteaba alguna pregunta, Finnerack le respondía con claridad, aunque con cierta tensión. Parecía como si el interés de Etzwane no le molestara, pero tampoco le agradara. Era éste un hecho que aumentaba aún más la incomodidad que sentía Etzwane. ¿Es que Finnerack le consideraba como un inútil, como una persona a la que los acontecimientos había desbordado?

Mialambre:Octagon había enviado a los equipos de justicia de Shant por todos los cantones; Etzwane recibía informes de sus actividades a través de los despachos que iban llegando a la Agencia de Información.

En cuanto a las noticias procedentes de Dystar, eran más circunstanciales. De vez en cuando llegaban de algún lugar lejano, diciendo siempre lo mismo: Dystar había llegado, tocado una música de insuperable grandeza y entusiasmando a todos los que la escucharon.

Finnerack había desaparecido. No se le podía encontrar en sus habitaciones de la antigua Torre Pagana, ni en el jurisdiccionario, ni en los campos donde se entrenaban los Valerosos Hombres Libres.

Transcurrieron tres días antes de que regresara. Ante las preguntas planteadas por Etzwane, Finnerack hizo al principio algunas observaciones evasivas y finalmente dijo que había estado «dando un vistazo por el campo, tomándose un descanso».

Etzwane no le preguntó nada más, aunque no por ello quedó satisfecho. ¿Habría alguna mujer en la vida de Finnerack? Etzwane pensó que no. Su actuación no demostraba nada parecido. Finnerack regresó al trabajo con el mismo entusiasmo, pero Etzwane creyó encontrarle un poco menos seguro, como si se hubiera enterado de algo capaz de dajarle perplejo o inquieto.

Etzwane quería saber más sobre las actividades de Finnerack, pero para ello se

habría visto obligado a pedir ayuda a la misma Agencia de Información, lo que no sólo le pareció inapropiado, sino estúpido. ¿Tenía entonces que organizar una segunda red de espionaje que compitiera con la original, para conseguir así su información? ¡Era ridículo!

Al día siguiente del regreso de Finnerack, Etzwane visitó los talleres de los técnicos, situados a lo largo del estuario del Jardeen. Donéis le acompañó hasta una serie de bancos donde se estaban produciendo las nuevas armas.

-Los proyectiles de halcoide puro cuatro-uno no han demostrado ser prácticos -dijo Donéis-. Se expanden casi instantáneamente, produciendo un inaceptable retroceso de las armas. Hemos probado hasta ahora tres mil variaciones distintas y disponemos de un material que se expande a una velocidad aproximadamente de una décima parte del cuatro-uno. En consecuencia, el arma sólo necesita un lastre de unos quince kilos. Además, el halcoide Prax es mucho más duro y menos sensible a la fricción con la atmósfera. Sin embargo, la nueva astilla no es mayor que una aguja... Aquí, el gatillo es acoplado a la culata... Éstas son las bandas elásticas que impiden que el lastre se desplace hacia atrás. Aquí se inserta el electreto y se instala el lastre... Aquí es donde se montan los puntos de mira. Hemos descubierto que el arma lanza el proyectil con una trayectoria esencialmente plana a través de toda su línea de tiro, que es aproximadamente de algo más de kilómetro y medio. ¿Te importaría probar tú mismo este arma?

Etzwane levantó el arma y la apoyó contra su hombro. Una mancha amarilla en el punto de mira, directamente frente a sus ojos, indicaba la zona del impacto.

-Introduce el cartucho en esta ranura de encaje y baja esta abrazadera. Cuando aprietes el gatillo, el lastre pegará contra el electreto, produciendo un impulso que estimulará la astilla. Prepárate para el retroceso y afiánzate bien.

Etzwane miró por los lentes y situó el punto amarillo en el objetivo de cristal. Después, apretó el botón amarillo y sintió instantáneamente un fuerte impulso, que le hizo retroceder. Por el tubo surgió una raya de humo blanco, que se dirigió hacia su objetivo.

-¿Cuántas podéis producir? -preguntó Etzwane, bajando el arma.

-Hoy sólo terminaremos veinte, pero no tardaremos en triplicar ese número. El principal problema consiste en el lastre. Hemos solicitado metal de todo Shant, pero llega muy lentamente. El supervisor de Materiales y Suministros nos informa de que dispone de metal, pero que no tiene a su disposición los transportes necesarios. Por otra parte, el director de Transportes me dice exactamente lo contrario. No sé a quién creer. En cualquier caso, lo cierto es que no estamos recibiendo el metal que necesitamos.

-Yo mismo me ocuparé de esa cuestión -dijo Etzwane-. Recibirás con toda urgencia el metal que necesitas. Mientras tanto, tengo que plantearte un problema algo diferente. Tenemos un par de diablillos roguskhoi cuyas edades oscilan probablemente entre los seis meses y el año, que ya son viciosos y se mantienen alerta ante la presencia de mujeres. Creo que tendríamos que descubrir cómo y por qué se sienten estimulados, así como todos los procesos involucrados en su actitud. En resumen: ¿se sienten afectados visualmente, telepáticamente, por el olor, o cómo?

-Te entiendo exactamente. El problema que me planteas es de una evidente importancia. Haré que nuestros biólogos se pongan a trabajar inmediatamente.

Etzwane conferenció primero con el esteta Brise, el director de Transportes, y después con Aun Sharah. Tal y como le informara Donéis, cada uno de ellos acusaban al otro como responsable de la falta de grandes cantidades de metal en Garwiy. Etzwane pasó a tratar los detalles explícitos y llegó a la conclusión de que se trataba de una

cuestión de prioridades. Aun Sharah había preferido utilizar las naves disponibles para transportar alimentos a la gran masa de refugiados instalados en los cantones marítimos.

-La salud de la gente es importante -le dijo Etzwane-, pero nuestra primera preocupación es matar roguskhoi lo que significa traer metal a Garwiy.

-Lo comprendo -contestó Aun Sharah con sequedad; su actitud complaciente y natural había desaparecido, y su voz había perdido aquel tono suave de antes-. Hago todo lo que puedo. Recuerda que yo no elegí este trabajo.

-¿Acaso no se puede aplicar eso mismo a todos nosotros? Yo soy músico. Mialambre es un jurista. Brise es un esteta. Finnerack es un cortador de cáñamo. Todos somos muy afortunados gracias a nuestra versatilidad actual.

-Posiblemente sea así -dijo Aun Sharah-. He oído decir que habéis cambiado bastante a mis antiguos discriminadores.

-Así lo hemos hecho, en efecto. Todo Shant está cambiando, y espero que no sea para empeorar.

Los roguskhoi se extendieron por las zonas central norte y nordeste de Shant, vagabundeando a su voluntad por Cansume, la mayor parte de Marestiy y amplias zonas de Faible y de Purple Stone. En tres ocasiones intentaron cruzar el ancho cauce del río Maure para penetrar en Green Stone; pero en cada una de las ocasiones, la milicia regional avanzó a su encuentro en botes de pesca y les diezmó con granadas de dexax. En el agua, los roguskhoi se encontraban desamparados; los hombres conocieron por fin la alegría de poder diezmar a los que hasta entonces habían sido sus invictos enemigos. Pero estos éxitos no eran reales; los roguskhoi se mostraban insensibles, tanto frente a sus propias pérdidas como a los esfuerzos humanos. Marcharon cuarenta y cinco kilómetros remontando la corriente, hacia Opalsand, donde el río Maure sólo tenía un metro de profundidad, y forzaron el paso por allí. Evidentemente, mostraban el propósito de cruzar por los cantones de Green Stone, Cape, Galwand y Glirris, y empujar a los supervivientes hacia las fuerzas roguskhoi situadas ya en Azume. Con ello, conseguirían destruir a millones de hombres, capturar a millones de mujeres y controlar toda la zona nordoriental de Shant..., un desastre de incalculables proporciones.

Etzwane conferenció con Finnerack, Brise y San-Sein, el comandante nominal de los Valerosos Hombres Libres. En aquellos momentos se disponía aproximadamente de dos mil Valerosos Hombres Libres dotados con las nuevas armas de halcoide, un cuerpo que Finnerack tenía la intención de enviar a través de Fairlea hacia las primeras colinas del Hwan, en Sable, para sostener Seamus y Bastern, y contener y destruir a los roguskhoi a medida que bajaran de Hwan. Finnerack afirmó que la zona nordoriental podía darse por perdida; no veía ninguna ventaja en tratar de hacer un esfuerzo desesperado, que sólo sería como aplicar medidas parciales para evitar tan terrible pérdida. Por primera vez, Etzwane se vio enfrentado a Finnerack en una gran decisión. Para Etzwane, el mostrar una ausencia de reacción en la zona nordoriental significaría haber traicionado a millones de personas, por lo que consideraba la idea de Finnerack como algo inaceptable. Sin embargo, Finnerack se mostró inconmovible.

-Tendrán que morir millones de personas. La guerra es amarga. Si queremos ganar, tenemos que acorazarnos contra la muerte y pensar en términos de gran estrategia en vez de en una serie de operaciones histéricas a pequeña escala.

-El principio me parece correcto -admitió Etzwane-. Pero, por otra parte, no podemos permitir que unas doctrinas preconcebidas impidan nuestros movimientos. Brise, ¿de cuántas naves disponemos ahora en la bahía de Shellflower?

-Unas cuantas naves pequeñas, el paquebote *Stonehreaker,* unos pocos marinos

mercantes y pescadores; casi todos ellos están en el puerto de Seacastle.

Etzwane extendió sus mapas sobre la mesa.

-Los roguskhoi marchan hacia el norte por el valle del Maure. La milicia les dificultará la marcha con granadas y minas terrestres. Si desembarcamos a nuestras tropas por la noche, aquí, en el pueblo de Thran, pueden ocupar esta sierra sobre Maurmouth. Después, cuando aparezcan los roguskhoi nos enfrentaremos a ellos.

-El plan es factible -dijo San-Sein, examinando los mapas.

Finnerack gruñó y Etzwane le dijo a San-Sein:

-Marcha con tus hombres a Seacastle, embarca en las naves que te proporcionará Brise y parte inmediatamente hacia el este.

-Haremos todo lo que podamos, ¿pero habrá tiempo?

-La milicia debe sostenerse durante tres días, utilizando cualquier artimaña o táctica. Con tres días de buenos vientos tendrás suficiente para llegar al puerto de Thran.

Cuarenta y dos pinazas, queches y otros barcos de pesca, cada uno de ellos con treinta Valerosos Hombres Libres, emprendieron el camino para liberar la zona nordoriental. El propio San-Sein dirigió la operación. Los vientos se mantuvieron bien durante tres días, pero desaparecieron por completo a la tercera noche, con gran disgusto de San-Sein, que había esperado poder entrar en el puerto al amparo de la oscuridad. La madrugada del día siguiente sorprendió a la flota a casi un kilómetro de distancia de tierra, y con ello se perdió la ventaja de la sorpresa. Maldiciendo contra el viento en calma, San-Sein escudriñó la costa con un telescopio y, de repente, se quedó rígido, lleno de consternación. Las lentes del telescopio mostraban una siniestra agitación, invisible a simple vista. Las casas de Thran, situadas frente al puerto, estaban llenas de roguskhoi que habían avanzado hasta el mar para preparar una emboscada.

El ligero viento del amanecer hizo que las olas empezaran a agitarse sobre el agua. San-Sein envió señales a sus naves, ordenó que se mantuvieran juntas y dio nuevas instrucciones.

Impulsada por la brisa fresca del amanecer, la flotilla penetró en el puerto de Thran. En lugar de dirigirse hacia los muelles o anclar, embarrancó en la playa de guijarros. Los Valerosos Hombres Libres desembarcaron con toda rapidez y formaron una línea de combate que después avanzó lentamente hacia las casas laterales del puerto, de las que ahora salían los roguskhoi como hormigas de un hormiguero al que se le hubiera dado una patada. Se disponían a cargar hacia la playa, pero fueron detenidos y destruidos por mil rayos de aire incandescente.

Mediante la radio de la Agencia de Información, San-Sein informó a Etzwane y a Finnerack del resultado de la operación.

-No perdimos un solo hombre y matamos a quinientos. Otros tantos se retiraron hacia Maurmouth remontando el curso del Maure. Ahora ya no hay problema. Con estas armas podemos cazar a los roguskhoi como si fueran pobres ahulphs. Pero no es esto lo que ha ocurrido. Hemos tenido éxito, pero sólo por un golpe de suerte. Si hubiésemos desembarcado en Thran durante la noche, tal y como se había planeado, no estaría ahora aquí para contártelo. Los roguskhoi sabían que nos acercábamos; habían sido avisados. ¿Quién nos ha traicionado?

-¿Quién conocía los planes? -preguntó Etzwane.

-Únicamente cuatro personas: las que los concibieron.

Etzwane se quedó un momento meditabundo; Finnerack frunció el ceño, mirando el aparato.

-Me ocuparé de la cuestión -dijo finalmente Etzwane-. Mientras tanto, hemos salvado la zona nordoriental; eso es un motivo de regocijo. Persigue a estas criaturas;

cázalas, pero ten mucho cuidado; evita las emboscadas y los lugares estrechos. Después de esto, el futuro tiene buenas perspectivas.

-Tú, Gastel Etzwane -dijo Finnerack con un bufido-, eres un optimista que sólo ves a un metro de distancia de tu nariz. Los roguskhoi fueron enviados aquí para destruirnos. ¿Crees que quienes les patrocinan, y me estoy refiriendo a los Palasedranos, se conformarán tan fácilmente? En el futuro sólo tendremos problemas.

-Eso ya lo veremos -dijo Etzwane-. Tengo que decirte que, hasta ahora, nadie me había llamado optimista.

Al informar del resultado del combate a Brise, Etzwane le interrogó acerca de una posible filtración de información. Brise se mostró perplejo e indignado.

-¿Me estás preguntando si informé a alguien de la incursión? ¿Es que me tomas por un estúpido? La respuesta es una rotunda negativa.

-La pregunta era una simple formalidad -dijo Etzwane-. Y para terminar de solucionar la cuestión, debo hacerte otra: ¿No se produjo entre ti y la oficina de Materiales y Suministros algún acuerdo o entendimiento en relación con la operación.

Brise dudó un momento y después eligió cuidadosamente las palabras.

-La operación no fue mencionada en absoluto.

Los sentidos de Etzwane se encontraban muy alerta, tratando de percibir cualquier sutilidad en la entonación de la voz de Brise.

-Comprendo. ¿Cuál fue exactamente vuestra discusión?

-Un asunto trivial. El supervisor deseaba enviar unas naves a Oswiy, precisamente el mismo día de la operación. Le dije que no lo hiciera, y en un tono jocoso le comenté que se preparara para coger sus naves en Maurmouth -Brise dudó un momento y añadió-: Quizás eso pueda ser considerado como una indiscreción, en algún sentido lejano, si no hubiera estado hablando con un alto supervisor de Materiales y Suministros.

-Precisamente así ha sido -dijo Etzwane-. En el futuro, te ruego que no gastes bromas de ese tipo a nadie.

Finnerack se acercó a Etzwane al día siguiente.

-¿Qué me dices de Brise?

Etzwane ya había considerado su respuesta. Evadirla o tratar de ocultarla habría sido comprometer su integridad.

-Brise asegura haber mantenido una discreción absoluta. Sin embargo, gastó una broma sin importancia a Aun Sharah, diciéndole que podría ir a recoger sus naves a Maurmouth.

Finnerack emitió un sonido gutural.

-¡Ah! ¡Ahora sí que lo sabemos!

-Así parece. Debo considerar lo que hay que hacer.

-¿Lo que hay que hacer? -preguntó Finnerack, elevando las cejas rubias en un gesto de incredulidad-. ¿Es que hay algún problema?

-Lo hay. Suponiendo que, al igual que Sajarano, favorezca la victoria de los roguskhoi la cuestión que más nos interesa es saber por qué. Tanto Sajarano como Aun Sharah son hombres de Shant, nacidos y criados aquí. ¿Qué es lo que les hace traicionarnos? ¿Ansias de poder o de riqueza? Eso sería imposible en el caso de Sajarano; ¿qué más podría haber deseado? ¿Acaso los Palasedranos se apoderaron de él mediante alguna droga? ¿Habrán inventado algún método telepático para obligar a los hombres a obedecer? Tenemos que llegar al fondo del asunto antes de que se apliquen las mismas técnicas sobre ti o sobre mi. Después de todo, ¿por qué nosotros íbamos a ser inmunes?

-Esa misma pregunta ha cruzado a menudo por mi mente -dijo Finnerack sonriendo duramente-, sobre todo cuando te muestras poco severo con nuestros enemigos.

-No me muestro poco severo, puedes estar seguro de ello -dijo Etzwane-. Pero tengo que actuar con astucia.

-¿Qué me dices del castigo? -preguntó Finnerack-. Aun Sharah es culpable de la muerte de mil doscientos Valerosos Hombres Libres. ¿Acaso debe escapar al castigo por cuestiones de astucia?

-Su culpabilidad no está demostrada. El matar a Aun Sharah a causa de una sospecha, o por simple deseo de venganza, no nos hará absolutamente ningún bien. Tenemos que enterarnos de sus motivos. -¿Qué me dices de los Valerosos Hombres Libres? -preguntó Finnerack, encolerizado-. ¿Van a arriesgar sus vidas por nada? Yo soy responsable ante ellos y debo protegerles.

-Finnerack, tú no eres responsable ante los Valerosos Hombres Libres, sino ante la autoridad central de Shant, que es como decir ante mí. No debes permitir que la energía y la emoción oscurezcan tu mente. Seamos claros en esta cuestión. Si crees que no puedes colaborar en un plan a gran escala, será mejor que te apartes de las funciones de gobierno y te dediques a alguna otra ocupación -Etzwane se encontró con la brillante mirada azul de Finnerack-. No estoy pretendiendo ser infalible. En relación con Aun Sharah, admito que, quizás, es culpable. Pero me parece esencial enterarnos de cuáles son las razones que motivan su conducta.

-El llegar a conocer eso no vale la vida de un solo hombre -dijo Finnerack.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Etzwane-. No sabemos cuáles son esas razones. ¿Cómo puedes asegurarlo con tanta firmeza?

-Ahora no tengo tiempo para discutir esas cosas -gruñó Finnerack-. Los Valerosos Hombres Libres ocupan todo mi tiempo.

Entonces se le presentó a Etzwane la oportunidad que había estado esperando.

-Estoy de acuerdo en que tienes demasiado trabajo. Pondré a alguna otra persona a cargo de la Agencia de Información y te ayudaré en todo lo relacionado con los Valerosos Hombres Libres.

La expresión de Finnerack era lobuna.

-No necesito ninguna ayuda con los Valerosos Hombres Libres.

A pesar de su afirmación, Etzwane la ignoró.

-Mientras tanto, observaremos cuidadosamente a Aun Sharah y no le daremos ninguna oportunidad para que nos haga daño.

Finnerack se marchó y Etzwane se quedó pensando. Las cosas parecían marchar favorablemente. Las nuevas armas habían sido un éxito, Mialambre y Dystar, cada uno por su lado, contribuían a formar la nueva nación en que se tendría que convertir Shant. Finnerack, con su pasión y obstinación, representaba el problema más inmediato; no era un hombre fácil de controlar, y mucho menos de influenciar... Etzwane lanzó unas breves carcajadas sardónicas. Cuando se encontraba solo y sentía miedo, había ansiado tener a su lado a un hombre en quien poder confiar plenamente, y la imagen del plácido rubio de Angwin Junction había acudido a su mente. Pero el Finnerack que finalmente pudo reclutar era un hombre casi totalmente inadecuado para sus necesidades actuales; era una persona testaruda, caprichosa, arisca, impetuosa, reservada, colérica, inflexible, vengativa, intolerante, pesimista y poco dispuesta a la cooperación, y quizá no se le podía tener confianza, ni era leal. Desde luego, había hecho un trabajo excelente con los Valerosos Hombres Libres y con la Agencia de Información, pero no era de eso de lo que se trataba ahora. El temor original de Etzwane se había disipado.

Independientemente de su propio destino, la guerra contra los roguskhoi había creado su propio momento. El nuevo Shant era una realidad irrevocable. Al cabo de veinte años, para bien o para mal, los collares serían piezas de museo y el Anomo ostentaría una clase diferente de poder. (¿Quién seria entonces el Anomo? ¿Mialambre:Octagon? ¿Dystar? ¿San-Sein?)

Etzwane se asomó por la ventana y observó la plaza de la Corporación. Empezaba el crepúsculo. Aquella misma noche debía considerar cuál sería su táctica con respecto a Aun Sharah.

Abandonó su despacho y bajó a la plaza. La población de Garwiy ya se había enterado de la gran victoria de Maurmouth; a medida que caminaba, pudo escuchar fragmentos de excitadas conversaciones. Recordó entonces los sombríos pronósticos de Finnerack y se dijo que posiblemente tenía razón. Era posible que lo peor estuviera aún por venir.

Etzwane se dirigió a su *suite* en el Roseale Hrindiana, donde pensaba tomar un baño, cenar, leer unos informes de la Agencia de Información y quizá juguetear un poco con Dashan de Szandales. Abrió la puerta. La *suite* estaba en penumbra, casi a oscuras. ¡Aquello no era normal! ¿Quién había apagado las luces? Entró y tocó la pared de luz, pero la luz no apareció. Etzwane empezó a sentirse aturdido. En el aire percibió un feo olor a ácido. Se dirigió hacia un sofá, pero, pensándolo mejor, empezó a avanzar hacia la puerta. Entonces empezó a perder el sentido. Aún trató de avanzar y se sujetó al pomo de la puerta... Una mano le cogió por el brazo y le condujo, arrastrándole, hacia el interior de la habitación.

Las cosas no marchaban como era debido, pensó Etzwane. Se sintió extrañamente inquieto, fatigado y torpe, como si su sueño hubiera sido interrumpido por los sueños. Se sentó en la cama, sintiéndose extraordinariamente débil; después de todo, quizás había soñado: la oscuridad, la pérdida de conciencia, la mano en su brazo y después... las voces.

Etzwane se levantó y se dirigió a una ventana para mirar a través de los jardines del Hrindiana. Eran las primeras horas de la mañana, momento en que él se levantaba cada día. Se dirigió después al baño para observar asombrado su ojeroso rostro en el espejo. Parecía como si no se hubiese afeitado desde hacía días; sus pupilas estaban oscuras y dilatadas. Se bañó, se afeitó, se vistió y bajó al jardín, donde tomó el desayuno. Descubrió que estaba endiabladamente hambriento y también sediento... Extraño. junto con el desayuno recibió el periódico de la mañana. Miró la fecha por casualidad... ¿Shristday? ¡Pero si ayer era Zaelday! Por lo tanto, hoy tenía que ser Ettzday... ! ¿Shristday? Algo estaba marchando mal.

Se encaminó lentamente hacia el jurisdiccionario. Dashan le saludó con excitación y asombro.

-¿Dónde has estado? ¡Estábamos llenos de ansiedad!

-He estado fuera -contestó Etzwane-, en alguna parte.

-¿Durante tres días? Deberías habérmelo dicho -observó Dashan con un tono de queja en su voz.

Finnerack también había estado fuera tres días, reflexionó Etzwane. Aquello era muy extraño...

11

En Garwiy, una nueva sensación parecía impregnarlo todo, hasta el aire: esperanza y alegría, mezcladas con melancolía por el fin de una era larga y plácida. Los niños ya no acudían a que se les pusiera el collar y se sobreentendía que, después de la guerra, todas las personas que lo desearan podrían acudir a que se lo quitaran. ¿Qué sería entonces de la ley y la disciplina? ¿Quién mantendría la paz cuando el Anomo hubiese perdido el último de sus poderes de coacción? A pesar de toda la alegría, en casi todas partes se podía percibir una sensación de incertidumbre. Etzwane reflexionó largas horas sobre la situación. Temía estar acumulando una buena cantidad de problemas para el nuevo Anomo.

Dystar regresó a Garwiy y se presentó ante Etzwane.

-He cumplido tu encargo todo lo mejor que he podido. Mi tarea ha terminado. El pueblo de Shant está unido y es uno solo; los propios acontecimientos han contribuido a que así sea.

Etzwane se dio cuenta entonces de que su indecisión había sido artificial. El nuevo Anomo de Shant tendría que ser un hombre con la más amplia visión posible de las cosas, con la más profunda imaginación.

-Dystar -le dijo-, ya has cumplido tu tarea, pero te aguarda otra que sólo tú puedes realizar.

-Eso lo dudo -dijo Dystar-. ¿De qué se trata?

-Ahora eres el nuevo Anomo de Shant.

-¿Qué... ? Tonterías. Yo soy Dystar.

Etzwane quedó desconcertado ante su expresión de disgusto.

-Mis esperanzas están puestas únicamente en Shant -dijo con rigidez-. Alguien tiene que ser el Anomo. Creí haber elegido el mejor.

Dystar, que ahora se sentía divertido, habló con un tono de voz algo más suave.

-No tengo ni tacto ni facilidad para llevar adelante esos asuntos. ¿Quién soy yo para juzgar el robo de un animal o para calcular el impuesto que deben pagar las velas? Si tuviera poder, mis actos serían estúpidos y ruinosos: torres entre las nubes, viajes de placer para llevar a los músicos por las islas de Beljamar, expediciones a los reinos perdidos de Caraz. No, Gastel Etzwane, tu visión excede a toda consideración práctica. Eso suele ocurrir con los músicos. Utiliza al sabio Mialambre como Anomo o, mejor aún, no le des el cargo a nadie. ¿De qué serviría un Anomo sin collares que hacer

explotar?

-Muy bien -dijo Etzwane, indignado-, pero... volviendo a las consideraciones prácticas, que a mí tan miserablemente me faltan, ¿quién gobernará en tal caso? ¿Quién mantendrá el orden? ¿Quién impondrá los castigos?

-Ésas son cosas para los especialistas -dijo Dystar, que ya estaba perdiendo interés por la cuestión-, para personas a quienes interesen tales asuntos. En cuanto a mí, tengo que marcharme, quizás a Shkoriy. No puedo tocar más; estoy muy cansado.

-¡No puedes pretender que me lo crea! -dijo Etzwane, adelantándose, con una expresión de asombro-. ¿Cuál puede ser la razón?

-Me he librado del collar -dijo Dystar sonriendo y encogiéndose de hombros-. Ahora conozco la alegría de la libertad, para mi gran melancolía.

-Hummm... Pero no te vayas a Shkoriy a meditar tristemente. ¿Qué otra cosa podría ser más fútil? Busca a Frolitz; únete a su compañía; allí encontrarás un buen remedio para tu melancolía, te lo puedo asegurar.

-Tienes razón -dijo Dystar-, y eso es lo que haré. Te agradezco el consejo.

Por un instante, el secreto tembló en la lengua de Etzwane, pero al final sólo dijo:

-Desearía poder unirme a vosotros.

Sin duda alguna, en alguna noche agradable y en una taberna lejana, mientras los miembros de la compañía bebían una copa de vino y charlaban, Fordyce, Mielke, Cune o el mismo Frolitz confiarían a Dystar lo que sabían sobre la relación familiar existente entre él y Etzwane.

Dystar siguió su camino. Como ejercicio de un momento de ocio, Etzwane trató de imaginar un gobierno teórico que pudiera servir a Shant, así como a un Anomo sabio y con capacidad de decisión. Poco a poco se fue interesando por su construcción mental, y así fue modificando y perfeccionando lo que parecía una medida factible.

Imaginó dos órganos de gobierno interactuantes. El primero, un Consejo de Patricios, incluiría a los jefes de Transporte, Comercio y Economía, Comunicaciones, Leyes y justicia, Asuntos Militares, un esteta de Garwiy, un músico, un científico, un historiador, dos personajes eminentes y dos personas seleccionadas por el segundo consejo. El Consejo de Patricios se perpetuaría a sí mismo al seleccionar a sus propios miembros, nombrándoles mediante el consenso de las dos terceras partes. Uno de ellos sería elegido primer mandatario de Shant y actuaría durante un plazo de tres años, o hasta que fuera rechazado por el voto en contra de dos tercios del Consejo.

El segundo cuerpo, el Consejo de los Cantones, comprendería representantes de cada uno de los sesenta y dos cantones, así como delegados adicionales para las ciudades de Garwiy, Brassei, Maschein, Oswiy, Ilwiy y Whearn.

El Consejo de los Cantones podría proponer acciones y medidas al Consejo de Patricios y, además, podría expulsar de su puesto a cualquier miembro del Consejo de Patricios mediante un consenso de sus dos terceras partes. Un Colegio de justicia separado garantizaría la equidad a toda persona de Shant. El director de Ley y justicia, que formaría parte del Consejo de Patricios, sería seleccionado por los miembros del Colegio de Leyes.

Etzwane reunió a Mialambre:Octagon, Donéis, San-Sein, Brise y Finnerack, y les planteó sus proposiciones. Todos estuvieron de acuerdo en que merecía la pena poner a prueba el sistema, y únicamente Finnerack opuso serias objeciones.

-Pasas por alto una cuestión: por todo Shant se encuentran diseminados los magnates, que se ganan la vida con el dolor de los demás. ¿No se debería introducir en el nuevo sistema el concepto de indemnización?

-Eso sería más bien tema de una sentencia -contestó Etzwane.

-Además -siguió Finnerack, sin abandonar la cuestión-, ¿por qué muchos deben sufrir para conseguir alimento, mientras que unos pocos sibaritas toman comidas de cuarenta y cinco platos? Las cosas buenas deberían ser divididas; deberíamos empezar el nuevo sistema sobre una base de igualdad.

-Tus sentimientos son generosos y tienen mucho mérito -dijo Mialambre-. Todo lo que puedo decir es que ya con anterioridad se ha intentado llevar a cabo redistribuciones drásticas de ese tipo, y que lo que se ha conseguido ha sido el caos y una cruel tiranía de una clase u otra. Ésa es la lección de la historia que ahora debemos tener en cuenta.

Finnerack guardó silencio.

Siete compañías de los Valerosos Hombres Libres, a las que se añadió la ahora entusiasta milicia, atacaron a los roguskhoi en cuatro amplios frentes. Los roguskhoi adaptándose a su nueva vulnerabilidad, marchaban por la noche, se ocultaban en los bosques y en las zonas selváticas, y atacaban por sorpresa, buscando siempre a las mujeres, incluso con grandes riesgos.

De mala gana, se fueron retirando de la costa y volvieron a pasar por los cantones de Marestiy y Faible.

Etzwane recibió un informe de Donéis, el director de Planificación Técnica.

-Hemos estudiado ampliamente a los pequeños Roguskhoi. Han demostrado ser criaturas de la clase más peculiar y resulta difícil comprender su semejanza con la raza humana; en cualquier caso, necesitan una mujer humana que reciba su semen. ¿En qué posible ambiente pueden haberse desarrollado de ese modo?

-Se nos ha sugerido que en Palasedra.

-Es posible. Los Palasedranos hace tiempo que desarrollan una clase guerrera. Algunos marineros de Caraz aseguran haber visto a estas criaturas. Se trata de un gran enigma.

-¿Sabéis ya cómo pueden los roguskhoi identificar a las mujeres?

-No hemos tenido problema en ese sentido. Se sienten atraídos por una de las esencias u olores femeninos, con la misma seguridad con que un ahulph acude a las inmundicias. Detectan el olorcillo más insignificante y se esfuerzan por superar cualquier obstáculo con tal de saciarse.

En aquel momento, los Valerosos Hombres Libres sumaban ya más de cinco mil. Finnerack se había aislado y se mostraba más firme que nunca; el rencor parecía arder en él como en el fuego en un horno. La inquietud de Etzwane aumentó en la misma proporción. Con objeto de reducir la amplitud de la autoridad de Finnerack, Etzwane fragmentó la dirección de las tropas en cinco fases. Finnerack *el Negro* se convirtió en capitán de estrategia; San-Sein fue nombrado capitán de operaciones en campaña; se nombraron, además, capitanes de logística, reclutamiento y entrenamiento, y armamento.

Finnerack protestó con una fría furia ante la nueva situación.

-¡Haces que las cosas sean cada vez más incómodas! En lugar de un Anomo nos impones un cuerpo de cien políticos; en lugar de un comandante responsable y eficiente, lo sustituyes por un comité de cinco personas. ¿Es eso lógico? Me pregunto cuáles podrán ser tus motivaciones.

-Soy muy simples -contestó Etzwane-. Un Anomo solo ya no puede controlar Shant; por eso se necesitan cien hombres. Por otra parte, la guerra, los ejércitos de Shant, su estrategia, táctica y objetivos, son tareas demasiado amplias para ser controladas por un solo hombre.

-Me estás subestimando -observó Finnerack, quitándose el sombrero negro y

arrojándolo hacia una esquina.

-Te puedo asegurar que no es ése el caso -dijo Etzwane.

Los dos se examinaron sin ninguna simpatía.

-Siéntate un momento -dijo finalmente Etzwane-. Quiero preguntarte algo.

Finnerack se dirigió a uno de los sofás, tomó asiento y extendió sus botas negras sobre la alfombra de Burazhesq.

-¿De qué se trata?

-Hace ya algún tiempo, desapareciste durante tres días. Cuando regresaste, no dijiste dónde habías estado. ¿Qué te ocurrió durante ese tiempo?

-No tiene ninguna importancia -dijo Finnerack con un gruñido.

-No lo creo así -dijo Etzwane-. Hace poco tiempo, cuando acudí a mis habitaciones fui drogado con alguna clase de gas, o al menos eso es lo que me figuro. Desperté tres días después, sin poder recordar nada de lo que había sucedido. ¿Es eso lo que te ocurrió a ti?

-Más o menos -contestó Finnerack, pronunciando las palabras de mala gana.

-¿Has notado alguna consecuencia de ese acontecimiento? ¿Te sientes diferente de algún modo?

-Claro que no hay diferencias -contestó Finnerack, tras haber guardado silencio por un instante-. ¿Acaso tú te sientes diferente?

-No, en modo alguno.

Finnerack se marchó y Etzwane se quedó sentado, tratando de descubrir lo que se ocultaba en la mente de Finnerack. Aquel hombre no parecía tener ninguna debilidad evidente: no ansiaba la comodidad, la riqueza, la bebida, las mujeres fáciles, la buena vida. Etzwane, por el contrario, no podía decir lo mismo de sí; aunque reconocía los peligros de la falta de moderación, trataba de vivir con relativa austeridad. Dashan de Szandales, ya fuera por iniciativa de ella o por la suya propia -Etzwane nunca se había sentido seguro al respecto-, acabó por convertirse en su amante. La situación agradaba a Etzwane debido a su conveniencia.

Con el transcurso del tiempo, cuando volviera a convertirse en un músico, sin lugar a dudas la situación se alteraría.

Una mañana, San-Sein, el capitán de operaciones en campaña, entró en el despacho de Etzwane con una serie de informes.

-Se nos presenta una oportunidad muy prometedora -dijo-. Los roguskhoi se han desmoronado; se retiran hacia el Hwan. Uno de sus grupos se mueve por el sur, a través de Ascalon y Seamus; otro, que se encontraba en Ferriy, se retira hacia Bastern, y la columna de Cansume ha penetrado en la zona sur de Marestiy y marcha hacia Bundoran. ¿Ves hacia donde se dirigen todos?

-Sí están planeando regresar a las tierras salvajes, es casi seguro que tendrán que pasar por el valle del Mirk.

-Exactamente. He aquí mi plan, que ya he discutido y aclarado con Finnerack. Supongamos que presionamos sobre la retaguardia de la columna para mantenerles distraídos, y al mismo tiempo preparamos una emboscada aquí, en el desfiladero de Mirk.

-Todo eso está muy bien -dijo Etzwane-, ¿pero cómo llevarás las tropas hasta el desfiladero?

-Fíjate en la ruta de los globos y en los vientos predominantes. Si tomáramos cuarenta globos de Oswiy y los dejáramos volar libremente, llegarían al desfiladero de Mirk en seis horas. Los conductores sólo tienen que descender para desembarcar a las tropas, para después continuar su camino hacia el sur, hacia la Gran Ruta de la Sierra.

La idea parece atractiva -dijo Etzwane tras considerarla un instante-. ¿Pero qué me

dices de los vientos? Yo he nacido en Bashon y, según recuerdo, los vientos lo mismo soplan hacia abajo que hacia arriba del desfiladero. ¿Has hablado con los meteorólogos?

-Todavía no. Aquí, sobre el mapa, están indicados los vientos predominantes.

-El proyecto depende demasiado de la buena suerte. Imagina que nos encontramos con los vientos en calma. ¿Qué hacemos entonces? Eso suele ocurrir en esta época. Nos encontraríamos con cuarenta globos llenos de hombres y perdidos en lo más intrincado de las tierras salvajes. En lugar de globos, lo que necesitamos son planeadores. -De pronto, Etzwane recordó a los constructores de planeadores del cantón de Whearn; reflexionó un momento y se inclinó después sobre el mapa-. El desfiladero de Mirk es la ruta evidente. Supón que los roguskhoi se enteran de la emboscada. En tal caso, podría muy bien girar a un lado, en Bashon, y avanzar hacia el este, pasar Kozan antes de volverse hacia el sur para entrar en las tierras salvajes. No existe ninguna dificultad para situar tropas en Kozan. La ruta de globos sólo pasa a unos treinta y dos kilómetros al oeste. Aquí, en los riscos de Kozan, es donde debemos tender nuestra emboscada.

-¿Pero cómo conseguimos que los roguskhoi se enteren de la emboscada del desfiladero de Mirk para obligarles a girar hacia un lado?

-Deja eso de mi cuenta. Conozco un método bastante sutil. Si tiene éxito, todo irá bien. Si fracasa, no estaremos peor que antes. Tus instrucciones son las siguientes: no confíes absolutamente a nadie el hecho de que la emboscada del valle de Mirk sólo es una estratagema. El secreto debe mantenerse entre tú y yo. Prepara a tus tropas en Oswiy; que suban a los globos, pero en lugar de hacerlos marchar libremente, envíalos hacia el sur, siguiendo su ruta hasta Seamus. Desembarcad, marchad hacia los riscos de Kozan y preparad allí la emboscada.

San-Sein se marchó. La estratagema había sido puesta en marcha. Una vez más, Brise sería el instrumento de una filtración de noticias hacia Aun Sharah.

Etzwane cogió el teléfono y llamó al operador de radio de la Agencia de Información.

-Ponte en contacto con Pelmonte, en el cantón de Whearn. Pide que el superintendente se ponga al aparato y notifícamelo después.

Una hora más tarde, Etzwane escuchaba la voz del superintendente de Whearn:

-¿Recuerdas la ocasión en que Gastel Etzwane, el ayudante del Anomo, pasó por Whearn hace ya varios meses?

-Sí, la recuerdo.

-En aquella época te recomendé construir planeadores. ¿Qué progresos has realizado en ese sentido?

-Nos diste la orden y hemos construido planeadores de acuerdo con los mejores diseños de que disponíamos. Tras haber fabricado una docena, y al no recibir más noticias tuyas, el proceso de construcción fue perdiendo energía y ahora es algo lento.

-Proceded de nuevo con toda urgencia. Enviaré a Whearn al personal necesario para recogerlos.

-¿Tienes planeado enviar aviadores?

-No tenemos a nadie a quien enviar.

-Entonces tendrán que ser entrenados. Selecciona un contingente y envíalos a Pelmonte. En poco tiempo serán capaces de conducir los planeadores a donde quieras.

-Eso es precisamente lo que se hará. Gracias a hombres como tú los roguskhoi se están retirando. Hemos hecho grandes progresos durante estos últimos meses.

12

-He seguido tus instrucciones -le dijo Brise a Etzwane-. Aun Sharah conoce la emboscada de Mirk. No es un trabajo para el que me considere muy adecuado.

-Yo tampoco. Pero el trabajo tenía que ser hecho. Ahora, esperaremos los acontecimientos.

Los informes llegaban cada hora al despacho de Etzwane. Una columna de roguskhoi formada por cuatro grupos que comprendían todas las fuerzas que habían tratado de someter la zona nordoriental de Shant, marchaba hacia el sur por el valle del Mirk, acompañada por un número desconocido de mujeres cautivas. Los Valerosos Hombres Libres, montados a caballo, hostigaban a los roguskhoi por los flancos y por la retaguardia, y ellos mismos sufrieron bajas como consecuencia de los contraataques de los Roguskhoi; el camino seguido por la columna quedaba marcado por una línea de cuerpos abandonados.

La horda se aproximó a Bashon, donde el templo, desierto y abandonado, ya estaba experimentando las primeras fases del desmoronamiento.

La columna se detuvo en el Rhododendron Way. Seis jefes, que se distinguían por los petos de metal que colgaban de su pecho, conferenciaron y decidieron avanzar por el valle del Mirk hacia el Hwan. Sin embargo, no se produjo ninguna indecisión entre ellos; giraron hacia el este, a lo largo del Rhododendron Way, pasando bajo los grandes árboles oscuros. Al escuchar estas noticias, Etzwane recordó a un pilluelo llamado Mur que tocaba su instrumento en el polvo blanco, bajo aquellos mismos árboles. Al final del Rhododendron Way, cuando se encontraron con el campo abierto ante ellos, los jefes se detuvieron de nuevo a conferenciar. Se pasó una orden a lo largo de toda la columna. Un grupo de guerreros salió del camino, introduciéndose en la maleza que lo bordeaba. La amenaza de sus cimitarras impedía una persecución demasiado estrecha por parte de la caballería, que ahora se tuvo que retirar, esperándolos hacia el norte o hacia el sur del camino.

Los roguskhoi abandonaron el camino principal y se deslizaron por el sur hacia las primeras colinas del Hwan. Sobre ellos se elevaban los riscos de Kozan, una sierra de piedra caliza gris, agujereada por antiguas cavernas y túneles.

Los roguskhoi se aproximaron a los riscos. Desde el oeste se les acercó una compañía de Valerosos Hombres Libres; desde el este avanzaba la caballería que había

estado hostigando su retaguardia. Los roguskhoi se lanzaron hacia el Hwan pasando muy cerca de los riscos de Kozan. Desde el interior de las cuevas y túneles surgieron de pronto los resplandores de las armas de fuego. Desde el este siguió aproximándose la caballería de los Valerosos Hombres Libres; y lo mismo sucedía por el oeste.

Unos carteles de colores púrpura, verde, azul pálido y blanco anunciaban la formación del nuevo gobierno de Shant:

«Los Valerosos Hombres Libres han liberado nuestro país. Nos regocijamos por ello y celebramos la unidad de Shant. Graciosamente, el Anomo ha dado paso a un gobierno abierto y responsable, compuesto por una Cámara Purpúrea de Patricios, y una Cámara Verde de los Cantones. Ya se han proclamado tres manifiestos:

»No habrá más collares.

»El programa de contratos va a ser reformado en profundidad.

»Los sistemas religiosos no podrán cometer más crímenes.

»Los patricios purpúreos incluyen a las siguientes personas. »

A continuación se citaban los nombres de los directores y sus funciones. Gastel Etzwane, director general, fue nombrado director ejecutivo. El segundo director general era Jerd Finnerack. San-Sein fue nombrado director de Asuntos Militares.

Aun Sharah ocupaba el piso superior de una antigua estructura de cristal azul y blanco situada tras la plaza de la Corporación, casi debajo de Ushkadel. Su despacho era muy grande, aunque estaba casi excéntricamente desprovisto de muebles. La elevada pared norte estaba compuesta exclusivamente por claros paneles de cristal. La mesa de trabajo se encontraba en el centro del despacho. Aun Sharah estaba sentado mirando hacia el norte, a través de las grandes vidrieras. Cuando Etzwane y Finnerack penetraron en el despacho, hizo una cortés inclinación de cabeza hacia ellos y se levantó. Durante cinco segundos reinó un tenso silencio; los tres permanecieron en pie, cada uno manteniendo su actitud, en la gran habitación casi vacía. Etzwane fue el primero en hablar y lo hizo solemnemente:

-Aun Sharah, nos hemos visto obligados a llegar a la conclusión de que estás trabajando en contra de los intereses de Shant.

Aun Sharah sonrió, como si Etzwane hubiese dicho un cumplido.

-Resulta difícil agradar a todo el mundo.

Finnerack avanzó un paso con lentitud, pero después volvió a retirarse, sin decir nada.

Etzwane, algo perplejo por la actitud de Aun Sharah, dijo:

-Hemos podido comprobar los hechos. Sin embargo, nos sentimos intrigados por conocer tus motivaciones. Al favorecer la causa de los roguskhoi ¿qué ganabas? ¿De qué te servía?

-¿Han quedado demostrados los hechos? -preguntó Aun Sharah, que seguía sonriendo de un modo muy peculiar, según pensó Etzwane.

-Por completo. Tus pasos han sido estrechamente vigilados desde hace varios meses. Avisaste a Shirge Hillen del Campo Tres, para que me asesinara; después, utilizaste espías para que siguieran mis movimientos. Como supervisor para Materiales y Suministros has disminuido sustancialmente y en varias ocasiones nuestros esfuerzos de guerra, dirigiéndolos hacia proyectos no esenciales. La emboscada que planeaste contra los Valerosos Hombres Libres en el desembarco de Thran sólo falló por simple casualidad. Pero ha sido en la acción de los riscos de Kozan donde hemos obtenido las pruebas decisivas. Fuiste informado de que el desfiladero de Mirk estaría guardado, con

lo que los roguskhoi se apartaron a un lado y fueron así destruidos. Se ha podido establecer de ese modo tu culpabilidad. Sin embargo, tus motivaciones son causa de perplejidad.

Los tres volvieron a quedar en silencio, en el centro de la enorme habitación.

-Sentaos, por favor -invitó Aun Sharah con un gesto agradable-. Habéis dicho tal cantidad de estupideces, que mi mente está confundida y mis rodillas se sienten débiles -Etzwane y Finnerack permanecieron en pie; Aun Sharah se sentó y tomó pluma y papel-. Por favor, repite tus acusaciones, si no te importa.

Así lo hizo Etzwane, y Aun Sharah las fue anotando.

-Cinco en total. Y ninguna de ellas tiene consistencia alguna. Muchos hombres han sido destruidos por mucho menos.

-Entonces, ¿te atreves a negar los cargos? -preguntó Etzwane, perplejo.

-Permíteme preguntarte más bien si puedes probar alguna de esas acusaciones -dijo Aun Sharah, manteniendo su curiosa sonrisa.

-Claro que podemos -contestó Finnerack.

-Muy bien -dijo Aun Sharah-. Las iremos considerando una tras otra, pero llamemos antes al jurista Mialambre:Octagon para sopesar las pruebas, así como al director de Transportes.

-No veo ningún inconveniente en que se haga así -admitió Etzwane-. Vayamos todos a mi despacho.

Una vez reunidos en el antiguo despacho, Aun Sharah invitó a todos a sentarse como si les hubiera convocado para celebrar una conferencia. Después, dirigiéndose a Mialambre, dijo:

-Hace apenas media hora, Gastel Etzwane y Jerd Finnerack entraron en mi despacho y me lanzaron cinco acusaciones distintas, cada una de ellas tan importante que sospeché de su sano juicio. Las acusaciones son las siguientes -Aun Sharah leyó a continuación la lista que él mismo había escrito-. La primera acusación en el sentido de que avisé a Shirge Hillen de la llegada de Etzwane no es más que una sospecha infundada, y lo peor de ella es que Etzwane no intentó encontrar una solución alternativa. Yo le sugerí que investigara las oficinas de la empresa de globos, pero él no quiso hacerlo. Por mi parte, hice unas pocas preguntas y al cabo de veinte minutos sabía que un tal Parway Harth había enviado un mensaje algo ambiguo e intempestivo que Shirge Hillen pudo haber entendido como una orden de matar a Gastel Etzwane. Puedo demostrarlo de tres modos distintos: a través de Parway Harth, a través del subordinado que llevó el mensaje al despacho de radio de la empresa de globos y a través de los ficheros de la propia oficina de la empresa.

»En cuanto a la segunda acusación, la de que ordené que espiaran a Gastel Etzwane, seguramente se está refiriendo a una vigilancia realizada por uno de mis hombres. Se trató simplemente de un acto de interés casual. No niego esa acusación; simplemente afirmo que es algo demasiado trivial como para tener algún significado.

»La tercera acusación afirma que, como supervisor de Materiales y Suministros, he disminuido en varias ocasiones el esfuerzo de guerra. En otros cientos de ocasiones he aumentado ese mismo esfuerzo de guerra. Me quejé a Gastel Etzwane, diciéndole que mi capacidad no se encontraba precisamente en esa dirección, a peor de lo cual, él se limitó a ignorar mi afirmación. Si el esfuerzo de guerra sufrió por algo, la responsabilidad es suya. En cuanto a mí, hice todo lo que pude.

«Veamos ahora las acusaciones cuarta y quinta, en el sentido de que organicé la emboscada de los roguskhoi en Thran y de que intenté traicionar un plan que se pensaba llevar a cabo en el valle del Mirk. Hace unos días pasé por el despacho del director

Brise. De una forma muy peculiar y desconcertante me hizo una extraña insinuación sobre una emboscada en el valle del Mirk. Yo soy, por naturaleza, una persona que, habituada a la intriga, sospecho con facilidad. Detecté inmediatamente un complot y así se lo dije a Brise; insistí, además, en que no me dejara solo ni un instante, ni de día ni de noche; debía asegurarse por completo de que yo no había transmitido ninguna información. Le convencí de que ése era su deber para con Shant, y de que, si era cierto que la emboscada iba a ser traicionada, debíamos descubrir al culpable. Para hacerlo así, teníamos que ser capaces de demostrar mi inocencia, fuera de toda duda. El es un hombre razonable y honorable, y se mostró de acuerdo con mi análisis de la situación. Y ahora te pregunto a ti, Brise. Durante el período en cuestión, ¿informé a alguien, en cualquier momento, de cualquier cosa?

-No lo hizo -contestó Brise-. Estuvo sentado en mi despacho, en mi compañía y en la de mis ayudantes, durante dos días completos. No se comunicó con nadie, ni informó a nadie sobre la emboscada.

-Recibimos noticias del transcurso de la batalla de Kozan -siguió diciendo Aun Sharah-. Entonces, Brise me confesó que se culpaba a sí mismo por el hecho de que se hubiera llegado a sospechar de mí. Y me informó de la conversación mantenida con Gastel Etzwane.

«Ahora comprendo que se me ha relacionado con la emboscada de Thran por una simple pregunta y una sencilla respuesta. Le pedí a Brise que enviara naves a Oswiy y me contestó que no, que yo debía enviar mis mercancías a Maurmouth. Sobre esta base tan débil se ha llegado a suponer mi culpabilidad en relación con la emboscada de Thran. La idea es inverosímil, aunque remotamente posible, excepto por un hecho secundario que, una vez más, Gastel Etzwane no tuvo en cuenta. Esa pregunta y esa respuesta, con mil variaciones, se ha convertido en una especie de broma muy usual entre Brise y yo cuando nos encontramos para coordinar nuestras funciones. Yo le pedía transporte para un lugar; él me contestaba que era imposible y que fuera a buscar el transporte a otro sitio diferente. ¿No era así, Brise?

-Así es, en efecto -contestó Brise con un tono de voz molesto-. Puede que en un mismo día la pregunta y la respuesta se repitieran cinco veces. Aun Sharah no podría haber deducido nada significativo de las observaciones concernientes a Oswiy y Thran. Informé de la cuestión a Gastel Etzwane porque así me lo pidió él, aunque por mi parte fui incapaz de relacionarlas con nada.

-¿Tienes alguna otra acusación que hacerme? -preguntó Aun Sharah, dirigiéndose a Etzwane.

-Ninguna -contestó Etzwane con una risa forzada-. Soy claramente incapaz de hacer un juicio racional sobre cualquier persona o cosa. Te pido disculpas y haré los mejores arreglos que pueda. A partir de ahora, tengo que considerar muy seriamente la posibilidad de dimitir de mi cargo en la Cámara Purpúrea.

-Vamos -dijo Mialambre:Octagon con un gruñido-, esta cuestión no tiene por qué ir más lejos de lo que ha ido. Ahora no tenemos tiempo para actos extravagantes.

-Excepto en esta única cuestión -dijo Aun Sharah-: Me has hablado de arreglos. Si estás hablando en serio, devuélveme a mi propio trabajo; devuélveme la dirección de los discriminadores.

-Por lo que a mí respecta -dijo Etzwane- son tuyos, al menos los que quedan, porque Finnerack ha vuelto el lugar del revés.

Los roguskhoi ya habían sido rechazados a las tierras salvajes y la guerra pareció detenerse durante un período. Finnerack presentó a Etzwane su informe sobre la situación.

-Están como en una fortaleza inexpugnable. Nuestro radio de penetración es de

unos treinta kilómetros; más allá de esa línea, los roguskhoi se rearman, se reagrupan y probablemente reconsideran su estrategia.

-Hemos capturado miles de cimitarras -musitó Etzwane-; son de una aleación desconocida para Shant. ¿Cuál es la fuente de suministros? ¿Es que disponen de fundiciones en lo más intrincado del Hwan? Es un gran misterio.

-Ahora nuestra estrategia es evidente -dijo Finnerack con un indiferente asentimiento de cabeza ante las observaciones de Etzwane-. Tenemos que organizar toda nuestra capacidad de combate para ocupar gradualmente el Hwan. Se trata de una tarea monótona y complicada, pero ¿acaso existe otro método?

-Probablemente no -contestó Etzwane.

-Entonces, arrojemos a esos brutos hacia Palasedra. ¡Y que sean los Palasedranos los que se encarguen de conjurar el peligro!

-Suponiendo que los Palasedranos sean los responsables, y eso todavía está por probar.

Finnerack se le quedó mirando, lleno de asombro.

-¿Quiénes pueden ser los responsables de todo, sino los Palasedranos?

-¿Quién sino Aun Sharah? Ya he aprendido mi lección.

13

El verano trajo consigo una tregua en la guerra, que se extendió hacia el largo y suave otoño. Shant reparó los daños sufridos, lloró a sus hombres muertos y la suerte de sus mujeres raptadas, y aumentó poderosamente su ejército. Los Valerosos Hombres Libres aumentaron en número y organización, se dividieron en grupos regionales, con la milicia cantonal cumpliendo funciones de ayuda y suministros. Las armas se fabricaban en grandes cantidades en los talleres de montaje; las cimitarras de los roguskhoi fundidas y moldeadas de nuevo, sirvieron corno lastre.

Los planeadores continuaron fabricándose en Whearn: eran de ala doble y tan ligeros como mariposas. Un cuerpo especial surgido del seno de los Valerosos Hombres Libres formó el núcleo de los Voladores de Shant. Al principio, su entrenamiento fue improvisado y despiadado; pero los que sobrevivieron instruyeron a los otros. Por pura necesidad, los Voladores se transformaron en una fuerza muy capaz y cohesionada y, como consecuencia de ello, sus miembros empezaron a realizar orgullosas demostraciones de desconsiderado atrevimiento.

Con objeto de armar los planeadores, los técnicos crearon una nueva y furiosa arma, una versión simplificada de la escopeta halcoide, pero sin necesidad de lastre. El proyectil estaba compuesto por halcoide y metal, y el cañón estaba abierto en ambos extremos. Cuando se disparaba, el halcoide era impulsado hacia adelante y el metal hacia atrás; en consecuencia, el arma actuaba en ambas direcciones, eliminando además el retroceso y la necesidad de lastre. Cuando era disparada desde el planeador, el misil eyectado solía consumirse de modo inofensivo en el aire; en el suelo, estas armas eran intolerablemente peligrosas.

Antes de enviar a los planeadores contra los roguskhoi, Finnerack adiestró a los Voladores en tácticas de combate, en técnicas de segundad con respecto a las armas de halcoide y en arrojar bombas con buena puntería.

Desde el principio, Finnerack quedó fascinado con los planeadores; aprendió a volar y después, ante la sorpresa de Etzwane, renunció a su mando sobre los Valerosos Hombres Libres para poder asumir el control de los Voladores.

A mediados de otoño, los ejércitos de tierra comenzaron a penetrar en el Hwan, presionando hacia el oeste desde Cansume, Haghead y Lor-Asphen, y recuperando los cantones de Surrume y Shkoriy. Una segunda fuerza se movió por el sur, a través de Bastern, Seamus y Bundoran, y penetró en las propias tierras salvajes. Otras compañías

se abrieron paso por el este y el sur, desde Shade y Sable, penetrando en la región del monte Misk, donde los roguskhoi ofrecieron una terrible resistencia. Ahora, la suya era una causa perdida. Ahulphs bien entrenados espiaban sus concentraciones, que eran bombardeadas o sometidas al fuego de los cañones de halcoide, montados en grupos de seis.

En otras ocasiones, los roguskhoi eran atraídos hacia emboscadas mediante la utilización de esencia femenina, a la que eran intensamente sensibles. En otra ocasión, los planeadores desparramaron una solución de esencia sobre un campamento de roguskhoi con un terrible efecto. Los roguskhoi confundidos por los contradictorios estímulos del olor y la vista, parecieron convertirse en seres locamente irritables; al cabo de poco tiempo estaban luchando entre sí hasta que casi todos quedaron muertos. Inmediatamente, los planeadores cruzaron las tierras salvajes de una parte a otra, cargados no con dexax, sino con recipientes llenos de esencia femenina.

Los ahulphs, utilizados tardíamente para espiar los movimientos de los roguskhoi informaron que su ruta de aprovisionamiento iba desde el Gran Pantano de Sal hasta las marismas del cantón de Shker, seguía después hacia el norte, pasando por unos densos bosques, subía las montañas Moaning y se introducía en el interior del Hwan.

El mando militar envió a una fuerza para cortar la ruta a la salida del bosque. Finnerack quiso reaccionar con mayor contundencia.

-¿Es que esto no es una prueba? Los responsables son los Palasedranos. El Pantano de Sal no es una barrera, ¿por qué no les damos a probar su propia medicina?

Los capitanes al mando consultaron sus mapas y les faltaron argumentos frente a unas convicciones expresadas con tanto entusiasmo. Finnerack, que de algún modo parecía haber escarmentado tras el chasco que se llevó con Aun Sharah, se había reanimado ahora con el nuevo papel que jugaba en los Voladores. Llevaba ahora un uniforme de volador, de elegante tela negra, cortado de un modo especial. Allí, pensó Etzwane, con los Voladores de Shant, se encontraba la función natural de Finnerack; nunca pareció tan enérgico y entusiasmado. El poder y la libertad del vuelo le habían exaltado. Andaba por el mundo como un ser aparte, superior en lo fundamental a los peatones normales que nunca conocerían los enormes atractivos de deslizarse suavemente y en silencio sobre las colinas, elevándose y descendiendo, trazando círculos, girando, descendiendo después como un halcón para destrozar a una columna de enemigos en marcha... Ya hacía tiempo que Etzwane había perdido el temor a que Finnerack volviera la fuerza de los Valerosos Hombres Libres contra el gobierno. Se habían instalado demasiados controles de seguridad. Considerando el pasado, Etzwane pensó que había sido demasiado cauteloso. Finnerack no mostraba ningún interés por las fuentes del poder; parecía sentirse satisfecho con destrozar a sus enemigos. Para Finnerack, un mundo sin enemigos sería un lugar muy aburrido, pensó Etzwane. Ahora, contestó a Finnerack con su tono de voz más razonable:

-No queremos castigar a los Palasedranos por, al menos, tres razones. Primero, porque todavía no hemos terminado con los Roguskhoi. Segundo, porque la responsabilidad de Palasedra en este asunto no está completamente demostrada. Y tercero, porque sería una pobre e innecesaria política embarcarnos ahora en una guerra contra los Palasedranos. Son un pueblo muy fiero que pega el doble de lo que recibe, como muy bien se ha visto obligada a aprender Shant. Supón que los roguskhoi son el producto de un descuido, de un error. No podemos lanzar a Shant a una nueva guerra de un modo tan imprudente. Después de todo, ¿qué sabemos de Palasedra? Nada. Ese lugar es como un libro cerrado para nosotros.

-Sabemos lo bastante -dijo Finnerack-. Han engendrado una carnada de soldados-bestias, eso lo sabemos por los marineros de Caraz. Hemos descubierto que la ruta de

aprovisionamiento de los roguskhoi conduce al Pantano de Sal, que es por donde se pasa a Palasedra. Eso son hechos.

-Cierto, pero no son todos los hechos. Necesitamos saber más. Enviaré a un emisario a Chemaoue.

Finnerack lanzó una risa amarga y casi saltó en su silla, haciendo oscilar el casco de los Voladores sobre sus rizos rubios.

-No necesitamos ser débiles ni truculentos -observó Etzwane-. No nos vemos obligados a hacer esa elección. Arrojaremos a los roguskhoi de nuestro territorio y, mientras tanto, debemos intentar enterarnos de cuáles son las intenciones de los palasedranos. Sólo un tonto actúa antes de pensar. Eso ya lo he aprendido muy bien.

Finnerack se volvió para mirar a Etzwane; los ojos azules mostraban un brillo frío, como el de la luz del sol reflejada desde un lejano canto de hielo. Después, se encogió de hombros y se volvió a arrellanar en su asiento, con la actitud del hombre que está en paz consigo mismo.

Los roguskhoi estaban en franca retirada. Las fuerzas de los Valerosos Hombres Libres que penetraban en el Hwan desde Shade, Sable, Seamus y Bastern de repente dejaron de encontrar resistencia. Las patrullas de planeadores y los globos libres de reconocimiento informaban lo mismo: los roguskhoi avanzaban hacia el sur en docenas de pequeñas columnas. La mayor parte de ellos se movía durante la noche, ocultándose todo lo que podía durante el día. Los planeadores les hostigaban continuamente, escupiendo halcoide y arrojando bombas de dexax. La esencia femenina había perdido su efecto inicial, pues aunque los roguskhoi se mostraban inquietos y agitados, ya no cometían paroxismos suicidas.

Los Voladores estaban en la cúspide de su gloria. Los uniformes azules y blancos despertaban un verdadero delirio de adulación; nada era demasiado bueno para un volador de Shant.

Del mismo modo, Finnerack había alcanzado el cenit de su fama. Observándole mientras trataba asuntos relacionados con los Voladores, a Etzwane le resultó difícil recordar al muchacho de rostro agradable que conociera en Angwin Junction. Para todos los propósitos prácticos, aquel muchacho había muerto en el Campo Tres... ¿Qué había ocurrido mientras tanto con el joven de rostro moreno y chupado que escapara de Angwin Junction? Mirándose en el espejo de humo de carbón, Etzwane vio un rostro de mejillas hundidas y cetrinas, con un rictus en la boca apretada. Desde luego, había llevado una vida de gran agitación, pensó. Si Finnerack se encontraba ahora en la cúspide de su carrera, Etzwane consideraba que ya había hecho su trabajo. Ansiaba abandonar todo aquello..., ¿para ser qué? ¿Una vez más un músico ambulante? De pronto, Shant le parecía demasiado pequeño y limitado. Palasedra era un territorio hostil y Caraz un vasto misterio. El nombre de Ifness surgió en su mente. Pensó entonces en el planeta Tierra.

Los roguskhoi dirigidos por sus vociferantes jefes, bajaron de las tierras salvajes, atravesaron el cantón de Shker y se dirigieron hacia el gran Pantano de Sal. Los Valerosos Hombres Libres, atacándoles por los flancos, les causaron una terrible mortandad, al igual que los Voladores, que proyectaban hacia ellos fogonazos de aire incandescente.

Las columnas quedaron diezmadas y finalmente desaparecieron. Los Valerosos Hombres Libres registraron todo el Hwan a lo largo y a lo ancho, y encontraron de vez en cuando a algún pequeño roguskhoi medio muerto de hambre o a grupos de mujeres, pero a ningún guerrero.

Shant había quedado libre de invasores. Los roguskhoi se habían retirado al gran Pantano de Sal, un lugar lleno de cieno negro, de estanques de color ocre, donde de vez

en cuando surgía alguna isla llena de árboles de coral, mientras que otras islas estaban desnudas, llenas únicamente de arena, juncos de un color verde pálido, pequeñas briznas de hierba y hojas negras y flexibles.

En el Pantano de Sal, los roguskhoi parecieron sentirse seguros, como si estuvieran en su propio ambiente, y avanzaron por el cieno revolcándose sin ningún esfuerzo. Los Valerosos Hombres Libres les persiguieron hasta que el suelo se hizo demasiado blando; después, de mala gana, se retiraron. Los Voladores, en cambio, no estaban sujetos a tales límites. Los pantanos negros, los trozos de brillante arena blanca, los bosques de árboles de coral y los vientos que venían del océano Azul y del Púrpura creaban corrientes de aire ascensional y descendente que les permitían elevarse y bajar; los planeadores se movían casi a su entera voluntad, sin realizar ya una tarea de persecución, sino más bien de destructiva venganza.

Los roguskhoi se fueron introduciendo cada vez más profundamente en el interior del gran Pantano de Sal, acosados por los implacables planeadores. Etzwane creyó llegado el momento de aconsejar prudentemente a Finnerack.

-Pase lo que pase, no penetréis en territorio extranjero. Persigue a los roguskhoi como quieras, de un lado a otro del gran Pantano de Sal, pero no provoques a los Palasedranos bajo ninguna circunstancia.

-¿Dónde están las fronteras? -preguntó Finnerack, mostrando una ceñuda sonrisa-. ¿En el centro del pantano? Indícame dónde se encuentran exactamente las líneas.

-Por lo que sé, no existen fronteras establecidas con exactitud. El Pantano de Sal es como un mar. Si avanzas demasiado hacia la costa del sur los Palasedranos nos acusarán de invasión.

-El Pantano es el Pantano -dijo Finnerack-. Creo que los Palasedranos están en desgracia y no les tengo ninguna compasión.

-Ése no es el caso -dijo Etzwane pacientemente-. Tus órdenes son no operar con tus planeadores a la vista de Palasedra.

Finnerack estaba frente a Etzwane como un animal en tensión. Etzwane sintió por primera vez el empuje del odio de Finnerack, hasta el punto de que tuvo una sensación de malestar físico. Finnerack odiaba a fondo. Cuando Etzwane se identificó ante él por primera vez, Finnerack admitió odiar al joven que había causado toda su desgracia, ¿pero acaso no se había equilibrado la balanza desde entonces? Etzwane suspiró profundamente. Las cosas estaban como estaban. Finnerack habló entonces con un tono de voz bajo y peligroso:

-¿Sigues dándome órdenes, Gastel Etzwane?

-Lo hago, con la autoridad de la Cámara Purpúrea. ¿Estás sirviendo a Shant o a tus pasiones personales?

Finnerack se quedó mirando a Etzwane durante diez segundos, después se volvió bruscamente y se marchó.

El enviado regresó de su misión a Chemaoue sin poder traer consigo noticias satisfactorias.

-No pude establecer ningún contacto directo con los duques-águila. Son personas orgullosas y difíciles de ver. No he podido descubrir cuáles son sus propósitos. He recibido un mensaje en el sentido de que no pueden tratar con esclavos. Si queremos negociar con ellos, debemos enviar al propio Anomo. Contesté diciendo que Shant ya no se encontraba bajo la autoridad del Anomo, que yo era un emisario de las Cámaras Purpúrea y Verde, pero no parecieron quedar convencidos.

Etzwane conferenció en privado con Aun Sharah quien, una vez más, ocupaba el antiguo despacho desde el que se veía la plaza de la Corporación.

-He estudiado en profundidad ambas series de circunstancias -dijo Aun Sharah-.

En relación con las dos emboscadas, los hechos esenciales están claros. En cuanto a la operación de Thran, había cuatro personas informadas: tú, San-Sein, Finnerack y Brise. Tú y San-Sein conocíais también la emboscada de Kozan, que tuvo éxito; en consecuencia, vosotros dos quedáis eliminados. Sin duda alguna, Brise tuvo que haber deducido que la emboscada del valle del Mirk era falsa, por lo que pudo haber supuesto con facilidad la de los riscos de Kozan. Él también puede ser eliminado en relación con la emboscada del valle del Mirk. Por lo tanto, debemos considerar a Finnerack como el traidor.

Etzwane guardó silencio un momento. Después dijo:

-Yo he pensado más o menos lo mismo. La lógica parece consecuente. Pero la conclusión me resulta absurda. ¿Cómo puede ser un traidor el guerrero más entusiasta de Shant?

-No lo sé -contestó Aun Sharah-. He vuelto a este despacho y, como ves, he arreglado las cosas para acomodarme a mi gusto. Durante el proceso del cambio descubrí toda una serie de instrumentos de escucha. Me tomé la libertad de inspeccionar tu *suite* en el Hrindiana, donde también descubrí otra serie de instrumentos. Desde luego, creo que Finnerack tuvo una buena oportunidad para colocarlos.

-¡Es increíble! -musitó Etzwane-. ¿Has localizado hacia dónde transmite el sistema?

-Va a parar a un transmisor de radio que emite continuamente a bajo nivel.

-Los instrumentos, la radio... ¿han sido fabricados en Shant?

-Son accesorios de tipo standard de los discriminadores.

-Hummm... Por el momento nos limitaremos a esperar y a observar. No quiero volver a hacer ninguna acusación precipitada.

Aun Sharah sonrió pensativamente y dijo:

-En cuanto a la segunda investigación, he conseguido enterarme de poca cosa. Finnerack desapareció simplemente durante tres días. Sólo he podido saber que dos hombres del cantón de Parthe ocupaban una *suite* próxima a la de Finnerack. He conseguido descripciones detalladas y creo que no eran parthanos, independientemente del color de sus collares; no colocaban fetiches en las puertas e iban vestidos de azul con frecuencia.

»Como es natural, llevé a cabo algunas investigaciones en el Roseale Hrindiana. Dos hombres parecidos ocuparon la *suite* ubicada sobre la tuya inmediatamente antes de la experiencia que me contaste. Después, se marcharon sin notificarlo siquiera a los empleados del Hrindiana.

-Estoy confundido -dijo Etzwane-, y también siento un gran temor... Le pregunté a Finnerack si se sentía diferente y me contestó que no. Yo tampoco me siento diferente, después de aquella experiencia.

Aun Sharah observó a Etzwane con una mirada de curiosidad y después hizo uno de sus delicados gestos.

-No te puedo decir nada más. Naturalmente, estoy buscando a los parthanos, y Finnerack es mantenido bajo una discreta vigilancia. Es posible que consigamos descubrir algo sugestivo.

Los Voladores de Shant presionaron a los roguskhoi, obligándoles a adentrarse aún más en el Pantano, sin darles ningún respiro; por encima de los grandes cenagales el aire olía a carroña. Los roguskhoi seguían moviéndose continuamente hacia el sur. ¿Con qué finalidad? ¿Para poner la mayor distancia posible entre ellos y los Voladores de Shant? Nadie lo podía saber, pero en aquellos momentos, toda la zona norte del gran Pantano de Sal se encontraba tan libre de roguskhoi como la propia Shant. Utilizando los brillantes colores de la victoria, los periódicos de Garwiy publicaron una declaración

de las Cámaras Purpúrea y Verde:

«Ahora, la guerra debe ser considerada como finalizada, aunque los Voladores continúan haciendo pagar a los roguskhoi sus incontables atrocidades. Resulta imposible tener piedad de esos monstruos.

»Sin embargo, debemos terminar nuestra campaña. Los gloriosos actos heroicos de los Valerosos Hombres Libres y de los Voladores de Shant vivirán para siempre en la historia de la raza. Ahora, estos hombres nobles deben dedicar sus energías a la regeneración de Shant.

»LA GUERRA HA TERMINADO. »

Finnerack llegó tarde a la reunión de la Cámara Purpúrea. Al entrar en la sala, avanzó lentamente hacia su puesto, en la mesa de mármol. Etzwane estaba hablando.

-Nuestro gran esfuerzo ha sido realizado y creo que con ello ha terminado mi responsabilidad. Siendo así...

-Un momento -le interrumpió Finnerack-, al menos para que no presentes tu dimisión cuando parece haber un malentendido. Acabo de recibir noticias de Shker. Los Voladores de Shant que operan en la zona sur del gran Pantano de Sal se han encontrado esta mañana con una densa columna de roguskhoi que avanzaba a toda prisa hacia las costas de Palasedra. Les hemos atacado, aproximándonos a Palasedra. Nuestras maniobras estaban siendo estrechamente vigiladas y puede que los movimientos de los roguskhoi tuvieran como finalidad el situarnos en una condición de incursión técnica. -Finnerack se detuvo un momento y siguió diciendo-: Así ha ocurrido, en efecto. Nuestros planeadores han sido interceptados por planeadores de los Dragones Negros de Palasedra, manejados con una gran habilidad. Durante el transcurso del primer encuentro, han destruido cuatro de nuestros planeadores, sin perder ninguno. Durante el segundo encuentro, hemos alterado nuestra táctica y conseguido derribar dos planeadores del enemigo, perdiendo nosotros otros dos. No he recibido más informes al respecto.

Mialambre fue el primero en romper el silencio que se produjo.

-Sin embargo, tenías instrucciones de evitar un excesivo acercamiento a las costas de Palasedra.

-Nuestro propósito fundamental -dijo Finnerack- es destruir al enemigo. El lugar donde se encuentre no tiene ninguna importancia.

-Puede que tú opines así, pero yo no. ¿Acaso debemos entablar una nueva guerra contra Palasedra a causa de tu intratable actitud?

-En realidad, ya hemos estado luchando contra Palasedra -observó Finnerack-. Los roguskhoi no fueron generados de la nada.

-¡Ésa es tu opinión! ¿Quién te dio el derecho a actuar en nombre de todo Shant?

-Una persona hace lo que le dicta su conciencia -contestó Finnerack, volviendo la cabeza hacia Etzwane-. ¿Quién le da a él el derecho de arrogarse la autoridad del Anomo? No tiene más derecho que yo mismo.

-La diferencia es muy simple y muy real -replicó Mialambre-. Un hombre ve arder una casa. Despierta a sus habitantes y apaga el fuego. Otro, con objeto de castigar al culpable, incendia todo un pueblo. El primero es un héroe; el segundo un maníaco.

-Jerd Finnerack -dijo entonces San-Sein-, tu coraje está fuera de toda duda. Desgraciadamente, tu entusiasmo resulta excesivo. La imprudencia destruye nuestra libertad de acción. Envía inmediatamente la siguientes órdenes a los Voladores de Shant: ¡Regresad a las bases de partida! ¡No volváis a realizar ninguna incursión sobre el gran Pantano de Sal a menos que así se os ordene!

Finnerack se quitó el casco y lo dejó sobre el mármol.

-No puedo dar esas órdenes. No son realistas. Cuando los Voladores de Shant son

atacados, combaten con extraordinaria ferocidad.

-¿Acaso debemos enviar a los Valerosos Hombres Libres para controlar a tus Voladores? -rugió San-Sein, poniéndose de pronto hecho una furia-. ¡Si vuelven a volar, les quitaremos los planeadores y les arrancaremos los uniformes! ¡Nosotros, las Cámaras Purpúrea y Verde de Shant, somos la autoridad!

En aquellos momentos entró un ujier en la sala.

-Se ha recibido un urgente mensaje de radio desde la ciudad de Chemaoue, en Palasedra: el canciller exige hablar con el Anomo.

Todo el consejo de patricios escuchó las palabras del canciller de Palasedra, pronunciadas con terrible acento y con una calidad de sonido algo alterada.

-Soy el canciller de los Cien Soberanos. Sólo hablaré con el Anomo de Shant.

-La época del Anomo ha terminado -contestó Etzwane-. Ahora te estás dirigiendo al consejo de patricios. Di lo que tengas que decir.

-Entonces, os pregunto: ¿por qué nos atacáis después de dos mil años de paz? ¿Es que cuatro guerras y cuatro derrotas no os han enseñado a ser prudentes?

-Los ataques iban dirigidos contra los Roguskhoi. Les rechazamos cuando aparecieron.

La atmósfera crujió suavemente mientras el canciller resumía sus pensamientos. Después, dijo:

-Los roguskhoi no son nada nuestro. Les estáis empujando desde el Pantano hacia Palasedra; ¿acaso no es ésta una acción ofensiva? Habéis enviado planeadores a nuestro territorio; ¿acaso no es esto una invasión?

-No, si como estamos convencidos, fuisteis vosotros los que enviasteis a los roguskhoi contra nosotros.

-Nosotros no realizamos esa clase de actos. ¿Podéis creerlo? Enviad a vuestros emisarios a Palasedra; lo veréis vosotros mismos. Ésta es nuestra generosa oferta. Habéis actuado con irresponsabilidad. Si no queréis saber la verdad, os consideraremos como personas rencorosas y estúpidas, y morirán muchos hombres.

-No somos ni rencorosos ni estúpidos -replicó Etzwane-. Pero lo más lógico es que discutamos y eliminemos nuestras diferencias. Acogemos de buena gana la oportunidad de hacerlo así, especialmente si podéis demostrar que no habéis estado implicados en nuestros problemas.

-Enviad a los emisarios -dijo el canciller-. Que vuelen en un solo planeador hasta el puerto de Kaoime. No sufrirán ningún daño. Allí, nuestra escolta se encontrará con ellos y mantendrá la conducta adecuada.

14

Palasedra estaba situada debajo de Shant, como una mano de tres dedos extendida, con el Pantano de Sal como muñeca. Las montañas de Palasedra formaban los nudillos de la mano. Se elevaban en alturas desnudas y en muchas de ellas estaban situados los castillos de los duques-águila. Los bosques de Palasedra cubrían los valles que bajaban hacia el mar. En ellos había gigantescos loutranos cuyos troncos negros se elevaban directamente hacia el cielo, sosteniendo parasoles desproporcionadamente pequeños de una pulpa pastosa. Alrededor de sus tallos había una espuma verde oscura de similax y de vainas crecidas, sobre las que se elevaban a su vez árboles gohovani, argove y jajuy. Las ciudades de Palasedra guardaban los valles que daban al mar. Las altas casas de piedra, con elevadas terrazas, se encontraban pegadas como los cristales de una roca, una al lado de la otra. ¡Palasedra! Un país extraño y horrible, donde todo el mundo se reconocía como noble y sólo aceptaba la autoridad de un «señorío» que todo el mundo reconocía, aunque nadie cumplía; donde no se encontraba ninguna puerta cerrada, donde todas las ventanas estaban abiertas, donde el cerebro de cada hombre era como una ciudadela tan tranquila como el castillo de un duque-águila.

El planeador de Shant llegó a Kaoime y aterrizó sobre una estrecha playa. Cuatro hombres saltaron del aparato. El primero era el piloto volador. Los otros tres eran Etzwane, Mialambre y Finnerack, que se había mostrado dispuesto a visitar Palasedra sólo después de que se hubiese ridiculizado y desafiado su coraje, su juicio y su inteligencia. Tras todo esto, Finnerack declaró su propósito de explorar hasta el lugar más lejano de Caraz si era necesario hacerlo.

Las austeras casas de Kaiome se encontraban detrás de la playa. Hacia ellos se adelantaron tres hombres altos que llevaban unos ajustados trajes negros y unos sombreros muy altos, también negros. Sus movimientos eran majestuosos y amanerados.

Eran los primeros Palasedranos a los que veía Etzwane, quien los examinó con interés. Pertenecían a una raza algo diferente de la suya. Su piel, pálida como el pergamino, mostraba una débil opacidad al brillo de la luz. Sus rostros eran alargados, delgados y convexos, con la frente y las mejillas echadas hacia atrás y la nariz como una proa. Uno de ellos habló con una voz amortiguada y gutural, formando las palabras en alguna parte de detrás de su paladar. Por esta razón, así como por el hecho de que utilizaba un dialecto terriblemente acentuado, sus palabras fueron casi incomprensibles.

-¿Sois los enviados de Shant?

-Lo somos.

-No lleváis collares. ¿Os habéis desprendido del yugo de vuestro tirano?

Mialambre comenzó a hacer una valoración didáctica. Etzwane le interrumpió:

-Hemos cambiado nuestro estilo de gobierno. Eso es todo.

-En tal caso, os saludo como representante oficial. Volaremos inmediatamente hacia Chemaoue. Venid conmigo al ascensor celeste.

Montaron sobre una plataforma de mimbre entretejido. Con cierta agitación y balanceo, un cable sin fin les elevó. Pasaron bajo los argoves a través de un túnel abierto entre el follaje, en medio de los grandes loutranos y los parasoles pastosos, bajo la luz lavanda de los tres soles.

Sobre el borde de un precipicio había una plataforma sostenida sobre alargadas patas; desembarcaron allí. Un planeador les esperaba: era un complicado aparato de puntales, cuerdas y paletas, con una cabina de mimbre debajo de unas alas batientes de vela.

El Palasedrano y los tres hombres de Shant entraron en la cabina. En la otra parte de la plataforma, un grupo de hombres enormes a los que se veía con bastante claridad arrojaron una cesta de mimbre llena de piedras sobre el precipicio. Un cable aceleró entonces el planeador, que se remontó muy suavemente en el cielo hasta que quedó libre en el vacío espacio.

El Palasedrano no mostró ninguna predisposición a conversar. Etzwane le preguntó:

-¿Sabes por qué estamos aquí?

-No tengo un conocimiento exacto -contestó el Palasedrano-. En cualquier caso, tus ideas no corresponden con las mías.

-¡Ah! -exclamó Mialambre-, has sido enviado para leer nuestras mentes.

-He sido enviado para dirigiros amablemente a Chemaoue.

-¿Quién es el canciller? ¿Uno de los duques-águila?

-No. Ahora formamos cinco castas, en lugar de cuatro. Los duques-águila sólo se ocupan del honor.

-Ignoramos cómo es Palasedra y cuáles son sus costumbres -dijo Etzwane-. Si el canciller no es un duque-águila, ¿cómo os dirige?

-El canciller no dirige a nadie. Actúa por su propia cuenta.

-¡Pero habla en nombre de Palasedra!

-¿Y por qué no? Alguien tiene que hacerlo.

-¿Qué ocurre si te obliga a realizar una acción impopular?

-Sabe muy bien lo que se espera de él. Ésa es la forma en que nos comportamos, haciendo cada uno lo que se espera de él. Si fracasamos, nuestros patrocinadores aguantan lo peor. ¿No está bien así? -Se tocó la cinta que rodeaba su sombrero y que mostraba una docena de distintivos heráldicos-. Todas estas personas me han patrocinado. Me han dado su confianza. Dos son duques-águila... ¡Fijaos allá abajo! El castillo del duque Ain Palaeio.

El castillo ocupaba un collado entre dos peñascos; era una estructura moldeada de acuerdo con el aspecto del terreno y que resultaba casi invisible entre las piedras que la rodeaban. A ambos lados se veía un puñado de cipreses negros. En la parte inferior de los muros crecían flores verdes. Quedó oculto tras las rocas y ya no se le pudo divisar más.

Subiendo impulsado por el viento y bajando cuando faltaba el aire, el planeador negro se deslizó continuamente hacia el sur. Las montañas se hicieron más bajas; desaparecieron los loutranos; los árboles de similax y de argove dieron paso a los

árboles verdugo, a unos robles negros y a algún grupo ocasional de cipreses.

Pasó la tarde. Los vientos y corrientes de aire fueron amainando. A medida que los soles se ponían tras las montañas occidentales, el planeador fue descendiendo con suavidad hacia el brillo plomizo del agua. Finalmente aterrizó, ya en la penumbra, tras la ciudad de Chemaoue.

Un vehículo de madera barnizada de color pálido, dotado de cuatro elevadas ruedas, les esperaba. Los animales de tiro eran hombres desnudos, de abultadas piernas y pecho, de dos metros de altura, con una piel de un peculiar color ocre rojizo. En las pequeñas cabezas faltaba el pelo; los rasgos embotados de sus rostros no tenían ninguna expresión. Finnerack, que había hablado muy poco durante el viaje -parecía sentirse inquieto y miraba con frecuencia hacia el lugar de donde venían con una expresión anhelante-, se volvió ahora hacia Etzwane con una mirada sardónica en los ojos, como si la visión de aquellos seres no hiciese más que confirmar sus teorías.

Mialambre preguntó al Palasedrano:

-Estas criaturas, ¿son la obra de vuestros constructores de hombres?

-Lo son, aunque el proceso no es el que tú supones.

-Yo no he hecho ninguna suposición. Soy un jurista.

-¿Es que los juristas no son nunca irracionales? ***¿Y*** especialmente los juristas de Shant?

-¿Y por qué precisamente los juristas de Shant?

-Vuestro país es rico; podéis permitiros el lujo de la irracionalidad.

-¡Eh, no tan aprisa! -exclamó Mialambre-. Al decir eso, logras que todas tus palabras parezcan sospechosas.

-Eso no tiene ninguna importancia.

El vehículo rodó en el anochecer. Observando las pesadas espaldas de color rojizo, Etzwane preguntó:

-Los constructores de hombres, ¿siguen haciendo su trabajo en Palasedra?

-Somos imperfectos -fue la escueta respuesta.

-¿Qué me dices de estas esforzadas criaturas? ¿Llegan a ser perfectas?

-Están bien tal como están. Su origen fue cretino. ¿Por qué vamos a desperdiciar carne que podemos utilizar? ¿Debemos matar a los cretinos y condenar a los seres sensibles a realizar tareas fatigosas? -Los labios del Palasedrano se curvaron en una sonrisa poco afable-. Eso sería como si colocáramos a todos nuestros cretinos entre las clases altas.

-Antes de que nos sentemos para participar en algún banquete ceremonial -dijo Mialambre-, permíteme preguntarte lo siguiente: ¿utilizáis a estas criaturas como alimento?

-No habrá banquetes ceremoniales.

El carruaje traqueteó a lo largo de la explanada y finalmente se detuvo ante una posada. El Palasedrano hizo un gesto.

-Podéis alojaros aquí durante algún tiempo.

Etzwane se quedó mirando altaneramente al Palasedrano.

-¿Traéis a los enviados de Shant a una simple taberna frente al mar?

-¿A qué otro sitio podríamos llevarles? ¿Quieres andar arriba y abajo de la explanada? ¿Acaso os íbamos a alojar en el castillo del duque Shaian?

-No somos personas exigentes en cuanto a las formalidades -explicó Mialambre-. Sin embargo, si vosotros enviaseis emisarios a Shant, serían alojados en un espléndido palacio.

-Acabas de indicar con exactitud la diferencia entre nuestras naciones.

Etzwane se bajó del carruaje.

-Vamos -dijo-. No hemos venido aquí para atender cuestiones de pompa o ceremonia.

Los tres penetraron en la posada. Una puerta de planchas de madera se abrió para dar paso a una habitación estrecha, recubierta de madera. A lo largo de una de las paredes brillaban lámparas amarillas; debajo de ellas había mesas y sillas. Un viejo, que llevaba puesto un chal blanco sobre la cabeza, se adelantó hacia ellos.

-¿Qué deseáis?

-Una cena y alojamiento para esta noche. Somos emisarios de Shant.

-Os prepararé una habitación. Sentaos y se os servirá la cena.

El único ocupante de la habitación, un hombre enjuto vestido con una capa gris, estaba sentado ante un plato de pescado. Etzwane se detuvo de pronto, intrigado por el aspecto familiar de su cabeza. El hombre miró a su alrededor, hizo un gesto con la cabeza y con un gesto de fastidio, volvió a enfrentarse con el pescado del plato.

Etzwane se quedó un momento indeciso y después se dirigió hacia la mesa del hombre.

-Creía que habías vuelto a la Tierra.

-Ésas fueron las órdenes del Instituto -respondió Ifness-. Sin embargo, envié una protesta urgente y ahora me encuentro en Durdane realizando una tarea algo diferente. Es más, me siento muy feliz de poder decirte que no he sido expulsado del Instituto.

-Eso sí que son buenas noticias -dijo Etzwane-. ¿Podemos sentarnos contigo?

-Claro.

Los tres tomaron asiento junto a la mesa y Etzwane hizo las presentaciones.

-Estas personas son patricios de Shant: Mialambre:Octagon y Jerd Finnerack. Este caballero -añadió, indicando a Ifness- es un terrestre y miembro del Instituto Histórico. Se llama Ifness.

-Así es -dijo Ifness-. He tenido una interesante estancia en Durdane.

-¿Por qué no nos avisaste de tu presencia? -preguntó Etzwane-. Después de todo, tuviste una gran responsabilidad en el desarrollo de la situación.

Ifness hizo un gesto de indiferencia.

-El tratamiento que diste a la crisis no sólo fue competente, sino local. ¿No es mejor que los enemigos de Shant teman a Shant antes que a la Tierra?

-La cuestión se puede considerar desde muchos puntos de vista -dijo Etzwane-. ¿Qué haces aquí, en Palasedra?

-Estudio la sociedad, que es de un gran interés. Los Palasedranos están realizando una serie de experimentos antropomórficos que apenas si son llevados a cabo en alguna otra parte. Son una gente muy frugal; adaptan material humano de desperdicio a una serie de funciones útiles. El infatigable recurso del espíritu humano es una continua maravilla. Dentro de un territorio austero, los Palasedranos han desarrollado un sistema filosófico en el que sienten placer por la austeridad.

Etzwane reconoció en aquellas palabras la antigua tendencia de Ifness hacia una evasiva prolijidad.

-En Garwiy no noté en ti ninguna tendencia hacia la austeridad, ni expusiste ninguna teoría glorificándola.

-Me observaste correctamente -dijo Ifness-. Como universitario, soy capaz de olvidar mis inclinaciones personales.

Durante un instante, Etzwane trató de captar el sentido de las palabras de Ifness, que le pareció enigmático.

-No pareces sorprenderte mucho de nuestra presencia en Palasedra.

-He aprendido que se pueden confiar toda clase de conocimientos a una persona

que sabe ocultar su curiosidad.

-¿Sabías que los roguskhoi han buscado refugio en territorio de Palasedra? ¿Que nuestros Voladores y los Dragones Negros de Palasedra se enzarzaron en un combate?

-Ésa es una información muy interesante -declaró Ifness, sin ofrecer ninguna respuesta directa a la cuestión-. Me pregunto cómo tratarán los Palasedranos a los Roguskhoi.

-¿Dudas que los Palasedranos han patrocinado a los Roguskhoi? -preguntó Finnerack con un gruñido de disgusto.

-Así es, en efecto, aunque sólo sea por razones sociopsicológicas. Considera por un instante a los duques-águila, que viven con esplendor; ¿qué necesidad tienen estos hombres de empeñar su tranquilidad contra un enemigo? Dudo mucho que lo hayan hecho.

-Teoriza todo lo que quieras, pero yo creo lo que me dicen mis instintos -observó Finnerack con sequedad.

La comida llegó a la mesa: pescado salado guisado con vinagre, pan tosco y frutas marinas en conserva.

-Los Palasedranos no tienen ninguna idea sobre gastronomía -observó Ifness-. Comen porque tienen hambre. El placer, según lo definen los propios Palasedranos, es la victoria sobre las privaciones, la afirmación del yo sobre el medio ambiente. Los Palasedranos se bañan al amanecer, antes de que salgan los soles. Cuando estalla una tormenta, suben a un risco. Como un logro secreto, un hombre puede conocer cinco operaciones de matemáticas. Los duques-águila construyeron sus propias torres con piedras que transportaron ellos mismos; algunos se procuran su propia alimentación. Los Palasedranos no conocen la música; para ellos, una comida es tan buena como otra. Sólo se adornan con los emblemas de sus patrocinadores. No son ni cordiales ni generosos, pero sí demasiado orgullosos para demostrar recelo -Ifness se detuvo para estudiar primero a Mialambre, después a Etzwane y finalmente a Finnerack-. El canciller no tardará en llegar. Dudo que muestre mucha simpatía por vuestros problemas. Si no tenéis inconveniente, me uniré a vuestro grupo en calidad de, digamos, simple observador. Yo ya me he presentado a ellos como un viajero que ha estado en Shant.

-Como quieras -dijo Etzwane, a pesar del gruñido de Finnerack.

-Cuéntanos algo del planeta Tierra -dijo Mialambre-, el hogar de nuestros perversos antepasados.

-La Tierra no es un mundo que valga la pena describir -dijo Ifness, con los labios apretados-. Nos encontramos quizás en una supercivilización; nuestras ambiciones ya no son grandes. Nuestros cismáticos son enviados al exterior, o a otros mundos; por alguna especie de milagro, seguimos generando aventureros. El universo humano se expande continuamente y he ahí, si es que está en alguna parte, la esencia fundamental de la Tierra. Es el mundo hogar, la fuente de la que deriva todo.

-Nuestros antepasados abandonaron la Tierra hace nueve mil años -dijo Mialambre-. Navegaron por el espacio, atravesaron una gran distancia y llegaron a Durdane, donde creyeron que podrían vivir aislados para siempre. Quizás ahora no nos encontremos muy alejados de otros mundos-Tierra.

-Así es, en efecto -dijo Ifness-. Durdane aún se encuentra más allá del perímetro humano, pero tampoco demasiado lejos... El canciller ha llegado. Viene a esta sencilla taberna a tratar con vosotros cuestiones de Estado, y quizá sea ése un sistema tan bueno como cualquier otro.

El canciller estaba ante el umbral, hablando con alguien en la calle. Después, se volvió e inspeccionó la estancia; era un hombre alto y delgado, con una mata de pelo

gris y una enorme nariz. Llevaba el traje negro usual, pero en lugar de sombrero, ostentaba un turbante blanco alrededor de la frente.

Etzwane, Finnerack y Mialambre se levantaron; Ifness se quedó sentado, mirando al suelo, como ensimismado de repente. El canciller se aproximó a la mesa.

-Sentaos, por favor. El asunto que vamos a tratar es muy simple. Vuestros pilotos han penetrado en Palasedra; los Dragones Negros les han rechazado. Afirmáis que nos habéis invadido con objeto de castigar a los roguskhoi quienes, según vosotros, son agentes de Palasedra. Yo digo: Los roguskhoi se encuentran ahora sobre territorio de Palasedra y seremos nosotros los que trataremos con ellos. Yo digo: los roguskhoi no son agentes de Palasedra. Yo digo: el enviar a vuestros pilotos a territorio de Palasedra ha sido un acto precipitado y estúpido... tan precipitado y estúpido que no hemos tomado represalias de tanto asombro como nos ha causado.

Ifness hizo un gesto de aprobación y expresó una observación algo sentenciosa que, al parecer, no iba dirigida a nadie en particular:

-Otro aspecto del comportamiento humano consiste en confundir y desalentar a nuestros enemigos, que es lo mismo que decir que poseemos un impredecible dominio sobre nosotros mismos.

El canciller frunció el ceño, sin encontrar en el gesto de aprobación de Ifness el grado exacto de docilidad y feliz gratitud que él podría haber esperado.

-Yo digo -continuó-: No haremos caso de vuestros actos pues no parece haber en ellos una premeditada malicia oficial. En el futuro, deberéis controlar a los pilotos. Éstas son, en resumen, mis afirmaciones. Ahora, escucharé la respuesta.

Mialambre se aclaró la garganta.

-Nuestra presencia aquí habla por sí misma. Esperamos fomentar unas relaciones tranquilas y fáciles entre nuestros países, y en beneficio mutuo. La ignorancia hace surgir el recelo. Por ello, no es sorprendente que algunos de nosotros vieran a los roguskhoi como una renovada amenaza surgida de Palasedra.

Fue entonces cuando Finnerack habló con un frío tono de voz.

-Los Valerosos Hombres Libres y los Voladores de Shant han derrotado a los roguskhoi quienes, después, buscaron un premeditado refugio en Palasedra. Tú afirmas que los roguskhoi no son vuestros agentes. Sin embargo, esto no supone falta de responsabilidad en cuanto a su existencia, cuando desvergonzadamente engendráis hombres para propósitos especiales, como si fueran ganado; puesto que es así, los roguskhoi siguen siendo una responsabilidad derivada de Palasedra. Han provocado graves daños en Shant y exigimos una indemnización.

El canciller se echó un poco hacia atrás; no había esperado observaciones tan enérgicas, como tampoco las esperaban Etzwane y Mialambre. Ifness hizo un gesto aprobador.

-Las exigencias de Finnerack -dijo- están sin duda alguna justificadas si es que, realmente, los roguskhoi son una responsabilidad de Palasedra. Aún no hemos escuchado ninguna declaración oficial en la que se admita o se niegue tal responsabilidad.

Las cejas del canciller se estrecharon sobre el puente de su enorme nariz. Habló, dirigiéndose a Ifness.

-Me siento intrigado por tu situación exacta en este coloquio.

-Soy un consejero independiente -dijo Ifness-. Gastel Etzwane confirmará mi presencia, aunque oficialmente no represento a Shant ni a Palasedra.

-Para mí es lo mismo -dijo el canciller-. Para aclarar por completo nuestra posición, los palasedranos negamos cualquier clase de responsabilidad con respecto a los Roguskhoi.

Finnerack desafió esta observación con una pregunta:

-Entonces, ¿por qué se refugian en Palasedra? ¿De dónde proceden, sino de Palasedra?

-Nuestros descubrimientos más recientes son éstos -dijo el canciller con una voz de mesurado tono-: se trata de criaturas enviadas aquí desde el planeta Tierra. Una nave las desembarcó en Engh, un valle remoto no muy lejos del Pantano de Sal.

Etzwane se volvió para mirar fijamente a Ifness, que contemplaba tranquilamente la lejana pared. Finnerack soltó una risa seca. El canciller siguió:

-Eso es al menos lo que hemos sabido a partir de las informaciones obtenidas de los ahulphs de la vecindad. Ahora, los roguskhoi regresan al valle de Engh. No llegarán hasta allí; una fuerza de guerreros Palasedranos se está dirigiendo en estos momentos contra ellos, para destruirlos. Mañana acudiré para asistir a la batalla y recoger más información. Si lo deseáis, me podéis acompañar.

15

El canciller extendió el mapa sobre la roca e hizo un gesto hacia las tinieblas que precedían al amanecer.

-Allí está el Engh. Desde aquí tiene el aspecto de un desfiladero o un barranco. De hecho, las montañas encierran una vega estéril, como se puede ver en el mapa -el canciller señaló el lugar con una afilada uña-. El planeador nos ha desembarcado aquí; ahora nos encontramos en este punto, sobre el valle del río Zek. Las tropas se han desplegado en aquel bosque; en estos momentos estarán avanzando.

-¿Y qué hacen los Roguskhoi? -preguntó Etzwane.

-La fuerza principal ha abandonado el gran Pantano de Sal y se está aproximando ahora. Las avanzadillas ya han penetrado en el valle del Engh, aunque no las hemos molestado -escudriñó el cielo de amanecer y añadió-: No hay viento para sostener a los Dragones Negros; nuestro reconocimiento es incompleto. Aún no se me ha informado de los planes de batalla.

Los tres soles comenzaron a iluminar el cielo; el valle se llenó de una luz violeta; el río Zek mostraba una serie de destellos coloreados.

-Allí aparecen las avanzadillas -observó Finnerack, señalando hacia un punto-. ¿Por qué no les atacáis por el flanco?

-Yo no soy el que dirige la batalla -contestó el canciller-. No puedo ofrecerte una opinión. Apartaos, no conviene que seamos observados.

Algunas patrullas de reconocimiento avanzaron lentamente por el valle; detrás de ellas, en la distancia, se pudo observar una masa negra que avanzaba como una marea incontenible.

En el cinturón del canciller sonó el pitido de un instrumento. Se lo llevó al oído y después escudriñó el cielo. Volvió a colocarse el instrumento en el cinturón.

Los roguskhoi se aproximaron, formando gruesas y largas columnas. Sus rostros miraban con fijeza, y eran inexpresivos. A los lados marchaban los jefes, con sus mallas pectorales.

El instrumento del canciller volvió a sonar y esta vez escuchó muy atentamente; después dijo:

-No hay alteraciones en el plan.

Volvió a colocarse la radio en el cinturón y se quedó mirando en silencio hacia el

Engh. Después, dijo:

-Anoche, la nave espacial regresó al Engh. Ahora está esperando allí. Únicamente podemos suponer cuáles son sus propósitos.

-¿Puedes darnos alguna explicación sobre esto?-le preguntó Mialambre a Ifness con un acento sardónico.

-Sí -contestó Ifness-, te la puedo dar. ¿Qué aspecto tiene la nave espacial? -preguntó, dirigiéndose al canciller-. ¿Han desembarcado hombres? ¿Cuál es su insignia, si es que tiene alguna?

-Me han dicho que la nave es un enorme disco redondo. Sus puertas están abiertas y tiene rampas que llegan hasta el suelo. Nadie ha abandonado la nave. Nuestras vanguardias atacan ahora la retaguardia de la columna.

A sus oídos llegó una sucesión irregular de explosiones. Los jefes de los roguskhoi fueron de un lado a otro y después dieron órdenes cortantes; gruñendo y gritando, los roguskhoi se dividieron para formar escuadrones de combate. Ahora se podía observar toda la longitud de la columna. Los guerreros adultos marchaban en vanguardia y retaguardia; el centro estaba ocupado por guerreros jóvenes, niños y quizás un centenar de aturdidas y ojerosas mujeres.

Desde el bosque escucharon el sonido de un cuerno. Las fuerzas de Palasedra avanzaron.

Etzwane quedó perplejo. Había esperado ver a unos guerreros gigantes capaces de enfrentarse cuerpo a cuerpo contra los Roguskhoi; pero los hombres de las tropas de Palasedra eran como él mismo, aunque tenían los hombros inmensamente anchos y el pecho hundido, con unos brazos que casi llegaban al suelo. Las cabezas eran muy cortas, los ojos miraban desde debajo de unos cascos negros, y parecía como si lo hicieran en dos direcciones distintas. Llevaban pantalones de color ocre, charreteras de fibra y chaquetas; en cuanto a su armamento, portaban sables, hachas de mango corto, pequeños escudos y rifles de dardos.

Los Palasedranos se abalanzaron hacia adelante, al trote. Los roguskhoi se detuvieron, desconcertados. Los jefes gritaron sus órdenes y las escuadras volvieron a formarse. Los Palasedranos se detuvieron y los dos ejércitos quedaron frente a frente, a unos cien metros de distancia.

-Una curiosa confrontación -musitó Ifness-. Cada solución al problema ofrece ventajas... Ogros contra duendes. Creo que la capacidad de las armas es equivalente. Evidentemente, el curso de la acción será decidido por la táctica y la agilidad.

Los jefes de los roguskhoi dieron unas repentinas órdenes. Abandonando a las mujeres y a los niños, los guerreros roguskhoi echaron a correr, con un pesado trote, hacia el Engh. Los Palasedranos también echaron a correr, a su lado, en dirección convergente, y los ejércitos se encontraron, no frente a frente, sino lado contra lado. Los roguskhoi lanzaban fuertes tajos con sus armas y los Palasedranos saltaban contra sus filas para volver a salir inmediatamente. Disparaban ocasionalmente sus dardos contra los ojos de los roguskhoi y, cuando se les presentaba la ocasión, bloqueaban las piernas de algún roguskhoi vulnerable, con objeto de hacerle caer. Las cimitarras hacían su trabajo y el camino no tardó en quedar lleno de brazos, piernas, cabezas y torsos; la sangre roja se mezclaba con la negra.

La batalla alcanzó la zona de entrada al valle del Engh. Allí, un segundo ejército Palasedrano se descolgó de las rocas. Los roguskhoi continuaron su avance, tratando de penetrar en el valle por la fuerza de las armas. Detrás de ellos quedaban las mujeres y los niños. Aquéllas fueron víctimas de la histeria. Recogieron las armas abandonadas y se lanzaron gritando contra los desvalidos diablillos, llenas de un maníaco placer.

Los guerreros roguskhoi habían llegado al fondo del Engh. Allí, disponiendo de mayor espacio para su agilidad, los Palasedranos fueron mucho más efectivos.

Primero Finnerack, y después Ifness y Etzwane, seguidos más tarde de Mialambre y el mismo canciller, se asomaron sobre un risco de escasa altura para mirar hacia abajo, a una zona irregular y plana de poco más de medio kilómetro cuadrado de diámetro, salpicada de pedruscos y rocas sueltas. En el centro de esta zona se encontraba la nave espacial: era un hemisferio plano de metal marrón, de unos setenta metros de diámetro.

-¿Qué clase de nave espacial es ésa? -le preguntó Etzwane a Ifness.

-No lo sé -contestó Ifness, que sacó su cámara e hizo una serie de fotografías.

Tres segmentos laterales de la nave estaban abiertos. De pie, junto a las aberturas, Etzwane creyó ver a unas criaturas antropomórficas, o quizá fueran hombres; no podía estar seguro a causa de las sombras.

La batalla se recrudeció en el Engh y los roguskhoi, paso a paso, se fueron acercando hacia la nave espacial, con los jefes en la vanguardia, como si los demás trataran de protegerles de los amenazadores Palasedranos.

De pronto, Finnerack lanzó un gruñido de angustia y se lanzó corriendo hacia adelante, colina abajo.

-¡Finnerack! -gritó Etzwane-. ¿Adonde vas?

Finnerack no le hizo ningún caso y siguió corriendo. Etzwane se lanzó tras él.

-¡Finnerack! ¡Regresa! ¿Estás loco?

Finnerack siguió corriendo, con los brazos extendidos hacia la nave espacial. Sus ojos estaban muy abiertos y abultados, aunque él no parecía darse cuenta; dio un tropezón y Etzwane le alcanzó. Le agarró por las ropas y Finnerack le empujó, tratando de apartarle de su camino.

-¿Pero qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco?

Finnerack gruñó, se agitó y luchó; lanzó sus codos contra el rostro de Etzwane.

Ifness llegó hasta ellos y golpeó con fuerza a Finnerack, que cayó sin sentido al suelo.

-Rápido, o nos matarán desde la nave -dijo Ifness.

Mialambre, que también había acudido, cogió a Finnerack por los brazos ayudado por Ifness, mientras Etzwane le sostenía por las piernas; le llevaron a la sombra de unos árboles. Utilizando las propias ropas de Finnerack, Etzwane le ató las muñecas y los tobillos.

En el Engh, los Palasedranos, mostrando una gran cautela ante la nave espacial, se retiraron. Los jefes roguskhoi y unos cien guerreros que habían conseguido abrirse paso subieron las rampas de la nave. Las puertas se cerraron inmediatamente. Como si fuera una lámpara incandescente, la nave lanzó a su alrededor una luminiscencia plateada. Después, emitiendo un chirrido áspero, se elevó en el cielo y no tardó en desaparecer.

Los roguskhoi que aún quedaban en el valle se movieron lentamente hacia el lugar ocupado anteriormente por la nave espacial; allí formaron en círculo y fueron rápidamente acorralados. Los jefes se habían marchado en la nave; de la horda que invadiera y casi venciera a Shant, habían sobrevivido menos de mil.

Los Palasedranos, que habían retrocedido, formaron un par de líneas a la derecha y a la izquierda de los Roguskhoi; se quedaron quietos, en espera de órdenes. Durante diez minutos, los dos ejércitos se contemplaron mutuamente, con soberbia, pero sin mostrar ninguna señal de hostilidad; después, los Palasedranos retrocedieron hacia el borde de Engh y se retiraron. Los roguskhoi permanecieron en el centro del valle.

El canciller hizo una señal a los hombres de Shant.

-Ahora adoptaremos nuestra estrategia original. Los roguskhoi están atrapados en

el valle y nunca podrán escapar de ahí. Hasta vuestro loco de ojos azules debe admitir que los roguskhoi son criaturas extrañas que no proceden de este mundo.

-En cuanto a eso, nunca ha existido la menor duda -observó Ifness-. El propósito de la incursión sigue siendo un misterio. Si el plan consistía en llevar a cabo una conquista convencional, ¿por qué sólo se armó a los roguskhoi con cimitarras? ¿Es que unas gentes que vuelan por el espacio no pueden concebir unas armas mejores? Parece algo irracional, al menos considerado superficialmente.

-Está claro que nos consideraron con ligereza -dijo el canciller-. O quizá sólo quisieron probarnos. Si es así, les hemos dado una buena lección.

-Todas esas conjeturas son razonables -dijo Ifness-. Sin embargo, aún tenemos que enterarnos de muchas cosas. Algunos de los jefes roguskhoi han muerto. Sugiero que envíes esos cuerpos a alguno de vuestros laboratorios médicos para realizar allí investigaciones en las que me gustaría participar.

-Ese esfuerzo no es necesario -contestó el canciller, haciendo un gesto brusco.

Ifness llevó aparte al canciller y habló con él con tranquilidad durante un momento. Al final, con un gruñido, terminó por mostrarse de acuerdo con las proposiciones de Ifness.

16

En un estado de repentina apatía, Finnerack volvió a bajar hacia el valle. En varias ocasiones, Etzwane trató de hablar con él, pero en cada una de ellas, de un modo extraño, no le contestó una sola palabra. Mialambre, algo menos imaginativo, le preguntó a Finnerack:

-¿Te das cuenta de que tu acto, ya fuera cuerdo o demente, nos ponía en peligro a todos?

Finnerack no le contestó y Etzwane se preguntó si acaso había escuchado la pregunta.

-Hasta los mejores de nosotros nos dejamos llevar a veces por extraños impulsos -dijo Ifness con un tono grave en su voz.

Finnerack siguió sin decir nada.

Etzwane había esperado que el planeador les llevara de nuevo a través del gran Pantano de Sal, pero en lugar de eso les llevó de vuelta a Chemaoue, donde el vehículo tirado por hombres les trasladó a la posada del puerto. Las habitaciones eran tan poco encantadoras como el vestíbulo; estaban dotadas de camas de piedra, sobre las que sólo se habían colocado unos cojines malolientes. A través de la ventana abierta les llegaba la brisa del aire salado y el sonido del agua del puerto.

Etzwane pasó una noche muy mala, durante la que no se dio cuenta de haber dormido. Finalmente, por la elevada ventana penetró con lentitud una luz de color gris-violeta. Etzwane se levantó, se despejó echándose agua fresca sobre la cara y bajó a la sala común, en donde no tardó en reunírsele Mialambre. Ifness y Finnerack tardaban en aparecer. Cuando Etzwane subió a sus habitaciones para ver lo que pasaba, las encontró vacías.

Ifness regresó a la posada al mediodía. Lleno de ansiedad, Etzwane le preguntó por Finnerack. Ifness le contestó con gran cuidado y deliberación.

-No sé si recuerdas que Finnerack mostró una irresponsabilidad muy peculiar. La pasada noche abandonó la posada y echó a andar a lo largo del muelle. Yo ya había supuesto que haría algo así, por lo que pedí que fuese estrechamente vigilado. Por lo tanto anoche fue detenido para mantenerle en custodia. He estado con las autoridades de Palasedra durante toda la mañana y creo que han descubierto el porqué de la extraña conducta de Finnerack.

Etzwane empezó a sentir el antiguo rencor que sintiera en otro tiempo hacia el

receloso Ifness.

-¿Qué han descubierto... y cómo?

-Será mejor que vengas conmigo y lo descubras tú mismo.

-Ahora -dijo Ifness con un tono de voz casual-, los Palasedranos están convencidos de que la nave espacial no es un producto de la Tierra. Eso ya se lo podía haber dicho yo mismo. Pero con ello les habría descubierto mi verdadera procedencia.

-Entonces -preguntó Mialambre con cierta irritación-, ¿de dónde procede esa nave espacial?

-Siento tanta ansiedad como tú por saberlo... De hecho, estoy trabajando en Durdane con este fin. Como los mundos de la Tierra se encuentran más allá de Schiafarilla, lo más probable es que la nave espacial proceda de la dirección opuesta, o sea de algún punto situado hacia el centro de la galaxia. Se trata de una clase de nave que nunca había visto.

-¿Has informado de eso a los Palasedranos?

-De ningún modo. Sus opiniones han quedado alteradas por los acontecimientos de esta mañana. No sé si recuerdas que los jefes de los roguskhoi llevaban un peto protector. Eso despertó mi curiosidad. Aquí están los laboratorios.

-¿Es aquí adonde trajeron a Finnerack? -preguntó Etzwane, sintiendo un estremecimiento de horror.

-Parecía el procedimiento más lógico.

Penetraron en un edificio de piedra negra que olía fuertemente a productos químicos. Ifness indicó el camino con seguridad. Avanzaron a lo largo de un extenso pasillo hasta llegar a una gran sala, iluminada por una serie de luces celestes. A derecha e izquierda se podían ver tanques y tinajas, y en el centro había unas mesas. En el extremo más alejado, cuatro Palasedranos, vestidos con batas grises, examinaban la masa de un roguskhoi muerto. Ifness hizo un gesto de asentimiento.

-Están comenzando una nueva investigación... Quizás os sea provechoso observar.

Etzwane y Mialambre se aproximaron, quedándose junto a la pared. Los Palasedranos trabajaban sin prisa, colocando el bulto en la mejor posición para ellos... Etzwane echó un vistazo por la sala. En el interior de dos vasijas de cristal se movían un par de insectos o crustáceos marrones. Las vasijas soltaban órganos flotantes, mohos y hongos, un enjambre de pequeños gusanos blancos y una docena de objetos desconocidos... Los Palasedranos, utilizando una sierra circular impulsada por aire, abrieron el gran pecho del Roguskhoi. Trabajaron en él durante cinco minutos, con gran destreza. Etzwane empezó a sentir una tensión casi insoportable; se volvió hacia otro lado. Sin embargo, Ifness estaba atento.

-Observad ahora.

Con gran habilidad y delicadeza, los Palasedranos extrajeron del interior del cuerpo un saco blanco del tamaño de dos puños cerrados. Un par de pesados tendones posteriores, o de nervios, parecían dirigirse hacia el interior de la nuca. Muy cuidadosamente, los Palasedranos abrieron canales en el interior de la carne oscura, atravesando los cartílagos y los huesos, con objeto de sacar intactos los tendones. Después, el órgano completo quedó sobre la mesa. De repente, demostró poseer una vida propia, pues se revolvió con violencia. El saco blanco se rompió; de él surgió una brillante criatura de color marrón, que se parecía a algo entre una araña y un crustáceo. Inmediatamente, los Palasedranos la introdujeron en una vasija que colocaron en una estantería, junto a sus otros dos compañeros.

-Aquí tenéis a vuestros verdaderos enemigos -dijo Ifness-. Durante nuestras conversaciones, Sajarano de Sershan utilizó la palabra «asutra». Su inteligencia parecía

ser muy elevada.

Lleno de una horrible fascinación, Etzwane se acercó para contemplar el interior de la botella. La criatura estaba retorcida y liada sobre sí misma, como si se tratara de un pequeño cerebro de color marrón. De la parte inferior del cuerpo surgían ocho patas muy juntas, cada una de las cuales terminaba en tres pequeñas pero fuertes extensiones. Las largas fibras o nervios se extendían a partir de un extremo, a través de un racimo de órganos sensoriales.

-Por el poco conocimiento que poseo de los asutra -dijo Ifness-, deduzco que se trata de un parásito. O, mejor aún, de la parte directriz de una simbiosis, aunque estoy seguro de que en su medio ambiente original no utiliza como huésped forzoso ni a criaturas como los roguskhoi ni a hombres.

-¿Habías visto estas criaturas? -preguntó Etzwane con un tono de voz que le fue difícil controlar.

-Sólo un espécimen. El que le quité a Sajarano.

Una docena de preguntas se acumularon en la mente de Etzwane; surgieron en él sombrías sospechas que no sabía cómo expresar y que quizá no deseaba comprobar. Apartó de su mente a Sajarano de Sershan y a su patético cuerpo destrozado. Miró de una vasija a otra, y aunque no podía identificar ojos, ni órganos visuales, tuvo la molesta sensación de que le estaban observando.

-Están altamente desarrollados y especializados -afirmó Ifness-. Sin embargo, al igual que el hombre, muestran poseer una sorprendente capacidad de adaptación y, sin duda alguna, pueden sobrevivir en ausencia de sus huéspedes.

-¿Qué me dice entonces de Finnerack? -preguntó Etzwane, aunque conocía la respuesta a su pregunta, incluso antes de hacerla.

-Éste -dijo Ifness, señalando una de las vasijas-, era el asutra que ocupaba el cuerpo de Jerd Finnerack.

-¿Está muerto?

-Está muerto. ¿Cómo podría haber sobrevivido? Una vez más -siguió diciendo Ifness con una voz nasal en la que se descubría un intenso aburrimiento-, insistes en que te dé información sobre cuestiones que no son de tu incumbencia, o de las que, sin duda, puedes prescindir perfectamente. Sin embargo, haré una concesión en este caso, y quizá pueda aliviar tu sensación de perplejidad.

»Como ya sabes, los representantes del Instituto Histórico me ordenaron abandonar el planeta Durdane al considerar que había actuado de modo irresponsable. Confirmé enérgicamente mis opiniones; gané a otros compañeros, que compartieron mis puntos de vista, y volví a ser enviado a Durdane con nuevas instrucciones.

»Regresé inmediatamente a Garwiy, donde quedé satisfecho al comprobar que tú habías actuado con decisión y energía. Al poco tiempo, disponiendo de líderes, los hombres de Shant reaccionaron a la amenaza con sus recursos humanos ordinarios.

-¿Pero por qué estaban allí los Roguskhoi? ¿Por qué atacaban el pueblo de Shant? ¿No era eso algo extraordinario?

-De ningún modo. Durdane es un mundo de seres humanos que se encuentra algo aislado. Es, por lo tanto, un lugar donde se pueden llevar a cabo, con alguna discreción, cierta clase de experimentos con poblaciones humanas. Los asutra parecían estar anticipándose a un eventual contacto entre su reino y los mundos de la Tierra; quizás hayan tenido experiencias desgraciadas en el pasado.

«Recuerda que son parásitos; tratarán siempre de llevar a cabo sus aspiraciones a través de otros seres. En consecuencia, primero intentaron crear un simulacro antihumano que dejaba preñadas a las mujeres humanas, de modo que el proceso las

convirtiera en estériles. De hecho, se trataba de un arma biológica como las que el hombre ha utilizado a menudo para las plagas de insectos.

»Su creación más notable fueron los Roguskhoi. Sin duda alguna, cientos, o quizá miles de hombres y mujeres ha conocido los laboratorios de los asutra; es éste un pensamiento capaz de obsesionarle a uno durante las noches de insomnio. Los asutra tuvieron que considerar que sus criaturas eran réplicas humanas aceptables, lo que, desde luego, no es cierto. La menos sutil de las miradas humanas les reconocía como monstruos; sin embargo, ellos cumplían sus funciones desde el punto de vista biológico.

»Para asegurar la realización de un fructífero experimento, a los roguskhoi se les debía conceder un adecuado período de no interferencia; desde entonces, el Anomo tuvo un monitor implantado en su cuerpo, lo que hizo que el benevolente ya no pudiese actuar de modo correcto. Por un sistema que todavía no está completamente investigado, el asutra controla las actividades de su huésped. Sajarano hablaba de su «alma secreta», de «la voz de su alma»; recuerdo que Finnerack mencionó en alguna ocasión su conciencia. No cabe la menor duda de que los asutra aprendieron a reprimir a sus huéspedes.

»Como arma, los roguskhoi eran un fracaso; el concepto esencial era una falacia. Una vez hubo terminado la pasividad artificial del Anomo, los hombres de Shant reaccionaron con la acostumbrada energía humana. No cabe duda de que los asutra podrían haber suministrado armas y subyugado a Shant, pero no era ése su propósito. Lo que deseaban era experimentar y perfeccionar técnicas indirectas.

»Imagina, por ejemplo, que los hombres pudieran ser inducidos a destruirse entre sí. Este concepto, y eso es lo que sospecho, aunque en este caso ya me encuentro en terreno resbaladizo, les condujo a implantar su control sobre Finnerack. De este modo se reforzaba su belicosidad; se vio impulsado a desafiar a los Palasedranos..., un acto que no fue del todo contrario a sus propios instintos internos. Sin embargo, este segundo experimento también condujo a un fracaso, aunque en principio parece tratarse de una táctica algo más razonable. La preparación no era suficiente. Supongo que todo este esquema no fue más que una precipitada improvisación.

-Todo eso está muy bien -dijo Mialambre, frunciendo el ceño-, ¿pero por qué iban a utilizar precisamente a Jerd Finnerack antes que, por ejemplo, a Gastel Etzwane, que en el fondo tenía mucha más influencia?

-Hubo una época en la que Finnerack parecía ser un hombre de un poder irresistible -observó Ifness-. Controlaba la Agencia de Información y también estaba al mando de los Valerosos Hombres Libres. Su estrella se encontraba en alza, con lo que, sin quererlo, certificó su propia desaparición.

-Así es, en efecto -admitió Mialambre-. De hecho, puedo establecer el preciso momento en que se produjo su alteración. Desapareció durante tres días... -su voz se desvaneció entonces y sus ojos se dirigieron hacia Etzwane.

Sobre la sala se extendió un pesado silencio.

Etzwane bajó lentamente los puños cerrados y los colocó sobre la mesa.

-Así tiene que haber sido. Los asutra también me han alterado a mí.

-¡Qué interesante! -exclamó Ifness-. ¿Eres consciente de escuchar voces extrañas, de tener oleadas de angustia, una sensación constante de descontento e inquietud? Ésos son los síntomas que, al parecer, impulsaron a Sajarano a suicidarse.

-No noto nada de lo que me dices. Pero, a pesar de todo, fui drogado del mismo modo que Finnerack. Llegaron a aparecer incluso los mismos parthanos. Estoy condenado, pero moriré con la satisfacción de haber cumplido mis objetivos. Vayamos al laboratorio y terminemos de una vez con este asunto.

Ifness hizo una señal tranquilizadora.

-Las condiciones no son tan malas como tú crees. Sospeché que ellos intentarían hacer una operación de ese tipo y estaba preparado para abortarla. En realidad, ocupaba una *suite* en Hrindiana, junto a la tuya. El intento fracasó, los parthanos murieron; el asutra en cuestión fue enviado a la Tierra en un tarro y tú te despertaste tres días más tarde, cansado e inquieto, pero sin haber sufrido el menor daño.

Etzwane se dejó caer sobre un asiento.

-En Shant -siguió diciendo Ifness-, los asutra han sufrido una pequeña, pero significativa derrota. Sus experimentos, gracias a lo alerta que se ha mantenido en todo momento el Instituto Histórico, han atraído precisamente esa atención que ellos intentaban evitar a toda costa. ¿Qué hemos aprendido? Que los asutra esperan o se preparan para unas futuras relaciones antagónicas con la raza humana. Quizá sea inminente una colisión entre un par de sistemas de mundos en expansión... Ahí viene el canciller, sin duda alguna para anunciar que vuestro planeador está preparado. En cuanto a mí, he comido pescado salado con demasiada frecuencia y ahora, si me lo permitís, os acompañaré a Shant...